

***La Casa grande* y la Novela histórica en Colombia como crítica a La Violencia**

Juan Carlos Payán Sáenz

Trabajo de grado para optar por el título de Licenciado en Literatura

Orientado por el profesor Andrés París Sánchez

Universidad del Valle

Facultad de Humanidades

Escuela de estudios literarios

Santiago de Cali, 2024

AGRADECIMIENTOS

A mi madre, a toda mi familia y amigos quienes han estado presentes y ayudándome a lo largo de esta carrera y han brindado además su apoyo incondicional en materia intelectual para la elaboración de este proyecto.

A la Universidad del Valle por aportar significativamente a mis conocimientos y ser parte integral de mi formación intelectual, profesional y personal.

TABLA DE CONTENIDO

Introducción.....	6
1. Antecedentes teóricos.....	12
2. Antecedentes críticos.....	21
3. <i>La Casa grande</i> y la Masacre de las bananeras	29
3.1. Panorama histórico y socio-político de Colombia	37
3.2. La United Fruit Company: sus acciones en Colombia	45
3.3. La familia y el poder patriarcal en <i>La Casa grande</i> . Una metáfora del Estado colombiano.	58
4. Historia y ficción en <i>La Casa grande</i>	65
4.1. Anotaciones teóricas sobre la Novela Histórica en Colombia	68
4.2. Distorsión de la historia en <i>La Casa grande</i>	73
4.3. Polifonía	76
4.4. Ficcionalización de personajes.....	83
5. <i>La Casa grande</i> y la Novela histórica en Colombia como crítica a La Violencia	85
6. Conclusiones.....	116
7. Bibliografía.....	118

Nombre del programa: Licenciatura en Literatura

Escuela de estudios literarios

Facultad de Humanidades

Sede: Cali-Meléndez

RESUMEN

Para este trabajo titulado *La Casa grande y la Novela histórica en Colombia como crítica a La Violencia*, tiene por objeto identificar la novela *La Casa grande* (1962) del autor Álvaro Cepeda Samudio desde su importancia como novela histórica indagando sobre el pasado socio-político de Colombia permitiendo comprender su papel en la tradición de las novelas sobre la violencia a través realizar una revisión de algunos rasgos de la trayectoria de la novela histórica en Colombia y reconociendo cómo este subgénero literario ha jugado un papel esencial para criticar las contradicciones políticas, económicas, sociales, religiosas e históricas de este país, siendo esta novela un reflejo contestatario frente a la realidad social de la nación cumpliendo con una labor histórica y política. Esta monografía pretende realizar un acercamiento mediante formulaciones teóricas que están presentes en *La Casa grande*, además de bosquejar como se mencionó, su relevancia como Novela histórica en Colombia, analizando ciertos estudios que definen a esta dentro de las Novelas de la Violencia (1946-1965) y demostrando su crítica en tres aspectos: en el sentido político al retratar la Masacre de las bananeras perpetrada en 1928 como una crítica a la violencia en Colombia y a las contradicciones del poder político y económico; la crítica que realiza hacia los estamentos del poder como un legado patriarcal de opresión económica e ideológica a través de una familia terrateniente y en el aspecto historiográfico, al criticar y evidenciar dichas problemáticas en

un ambiente represivo en que se publicó *La Casa grande* 1962, donde se buscaba de parte de las élites y del pacto Frente Nacional (1958-1974) tergiversar y omitir datos históricos sobre hechos ocurridos durante el periodo de La Violencia y de épocas anteriores.

Palabras clave: *La Casa grande*, La Violencia, Novela de la Violencia, tergiversación de la historiografía, crítica política.

INTRODUCCIÓN

Para este estudio titulado *La Casa grande y la Novela histórica en Colombia como crítica a La Violencia*, se hace una investigación sobre la importancia de la novela *La Casa grande* escrita en el año 1962 por el novelista, periodista, cuentista y cineasta barranquillero Álvaro Cepeda Samudio (30 de marzo de 1926-12 de octubre de 1972), que relata un hecho considerado como uno de los antecedentes de la época de la guerra bipartidista en Colombia denominada La Violencia (1946-1965), la Masacre de las bananeras perpetrada en el año 1928, siendo una Novela histórica que realiza una crítica política, social e histórica al retratar uno de los episodios más sangrientos de este país cuyo conflicto tuvo su origen en las contradicciones estatales y el problema común latinoamericano del capitalismo extranjero, en que este último ha manejado a la élite, gobierno colombiano, Iglesia católica, a las clases alta y media, banqueros, terratenientes, entre otros entes del poder para no solo explotar sino también violar, asesinar y masacrar, esto incluso desde periodos anteriores a esta matanza principalmente a las capas más pobres en su afán de lucro indiscriminado.

Así, esta investigación pretende valorar esta obra desde su crítica que se hace no solo en el terreno histórico para recordar los hechos de la masacre de los trabajadores bananeros, la explotación extranjera, el antipatriotismo y los vejámenes de la guerra como uno de los detonantes de La Violencia, siendo esto un síntoma de degradación política, económica, social y humana, puesto que también se critican estas mismas bases y falencias en la época en que se inscribe, 1962, ya que en el apogeo del régimen bipartidista denominado Frente Nacional creado en 1957 y que duró hasta 1974 en que se alternarían el poder los dos partidos tradicionales de Colombia, el Conservadurismo y el Liberalismo, para terminar con la ola de

violencia y la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla (1953- 1957), se gestó una política de indemnización y olvido frente a las víctimas de la violencia bipartidista los cuales estaban entre los principales responsables los partidos dominantes, conservadores y liberales, quienes además habían obtenido bienes materiales aprovechándose de este conflicto, lo que requería una técnica de control intelectual que subvirtiera y suprimiera hechos, actores, datos y cifras que permitieran revelar la realidad sobre los sucesos de La violencia y de épocas anteriores, entre estos la Masacre de las bananeras. Pues como se evidenciaba en la fecha en que se publicó esta obra, la élite principalmente, maniobraba no solamente a los medios de comunicación y la crítica literaria, sino que también buscaba tergiversar y omitir partes de la historiografía oficial (trastocación heredada desde las conquistas europeas y que seguiría gestándose hacia la época de la República del XIX y que se prolongaría hasta gran parte del siglo XX), al pretender borrar ciertos hechos y datos imprescindibles tanto de la época de la Violencia como de años anteriores para ocultar las contradicciones políticas y económicas, obstruir el pensamiento y la certeza frente a este y otros hechos.

Estos caracteres tradicionales de la historiografía se reforzaron durante las primeras décadas del siglo XX, en especial bajo la tutela de un cuerpo destinado principalmente a la preservación y conocimiento de las tradiciones del país: la Academia Colombiana de Historia. Pero desde el punto de vista del trabajo historiográfico en sentido estricto, la Academia ha operado primordialmente como centro de consolidación de una manera rutinaria de concebir la historia, y ha contribuido a conformar lo que, con evidente injusticia para algunos de sus miembros, resulta adecuado llamar «historia académica»... Al mismo fin contribuye el hecho de que esta historiografía sea en gran parte obra de «aficionados», de historiadores que se dedican a la investigación del pasado sólo en las horas que sus propias actividades profesionales les dejan. La ausencia de cierto «profesionalismo» en la

investigación histórica hace que la dedicación a estos estudios sea muchas veces el resultado de la vinculación personal de los autores con el tema de su investigación; con frecuencia se consagran a la historia miembros de familias con antecesores que tuvieron participación relevante en alguno de los acontecimientos claves de la evolución nacional. (Melo, 1996, pp.9-10)

Una de las dinámicas de control que se han elaborado en este país hace décadas por orden de estas élites en el que se ha configurado un tipo de dominación no solo en los ámbitos político y económico sino también en el intelectual para controlar fácilmente por el afán de poder y capital.

Por ende, *La Casa grande* es una novela histórica que al retratar el suceso de la Matanza de las bananeras, tal como señalan ciertos estudios históricos y teóricos que se abordan en este estudio, critica uno de los antecedentes de La Violencia en Colombia representando un compromiso político, social e histórico frente a la incidencia en la memoria nacional y desde su planteamiento respecto a formular otras dinámicas literarias que por su función contestataria al reflejar estos males no eran permitidas en el ambiente socio-político en que esta se publicó, ya que las élites, su gobierno y demás entes del poder habían sido manipulados desde años atrás por diversas multinacionales entre estas la United Fruit Company, compañía bananera estadounidense promotora de la masacre del 6 de diciembre del año 1928 y que venían ejerciendo fácilmente no solo un control material sino también intelectual gracias a la anuencia de la oligarquía colombiana que se beneficiaba económicamente de esta y otras empresas extranjeras y que para facilitar la opresión económica y social a las demás capas sociales ajenas a sus intereses y condición de clase, era necesario obnubilar el saber y la crítica a las contradicciones políticas, sociales y demás males del país quitando validez al pensamiento y a la literatura crítica, permitiendo a su vez obtener

un control en el terreno de la historiografía oficial tal como se ha planificado en Colombia desde la época colonial para tergiversar y ocultar ciertos sucesos y datos importantes por intereses de las potencias extranjeras y la oligarquía colombiana.

Con este trabajo además se pretende realizar un acercamiento mediante diferentes enfoques teóricos para analizar *La Casa grande* como Novela histórica en Colombia, que aunque ciertos estudios han enfatizado que ésta no se encuentra dentro de la clasificación de las Novelas de la Violencia (1946-1965), otros definen que se encuentra dentro de las de *Nouveau Roman*; por otra parte, como uno de los exponentes de la Nueva novela en Latinoamérica (1947-1967), otros dentro de la fase de la novela testimonial mientras otros teóricos la definen como precursora del *Boom latinoamericano* (1959-1971). Por ende, este estudio se enfoca en plantear la importancia de la obra de Cepeda Samudio como una obra testimonial y crítica no solo frente al exterminio de estos trabajadores siendo esto un síntoma de degradación estatal y económica conocido como la Masacre de las bananeras ocurridos entre los días 5 y el 6 de diciembre de 1928 en el municipio de Ciénaga, Magdalena, perpetrado por el ejército de Colombia por orden del gobierno hegemónico conservador de Miguel Abadía Méndez (1926-1930), cuyo Estado, élite, gobierno y entes principales estaban asociados entre otras a la compañía frutera norteamericana United Fruit Company creada en Boston, Massachusetts en 1899 y que a finales este siglo XIX también había abierto operaciones en Colombia, pero también critica a los estamentos del poder político y oligarquía de la época en la que fue publicada (1962), en plena formación del pacto político bipartidista Frente Nacional al proferir una política de amnistía y olvido frente a estos hechos, muertes y víctimas de La Violencia:

No obstante, el Frente Nacional no era solo un asunto de alternación y paridad, sino también

un acuerdo implícito de “perdón y olvido” frente a la responsabilidad por las atrocidades cometidas en nombre de los dos partidos en los años anteriores: silencio frente a lo ocurrido e interrupción de cualquier tipo de proceso judicial que estuviera en marcha. (Valencia, 2012, p. 6)

Por lo cual, entre cosas lo que se quería era librarse de responsabilidades políticas, económicas y sociales para indemnizar y reparar al país de la devastación y borrar así, en un tipo de consenso con las élites imperantes, Iglesia católica, gobernantes, clases alta y media, contando con ciertos “intelectuales” comprometidos con la elite y/o su “ideología” que eran contratados para manipular ciertos medios de comunicación y la educación (y en este caso la historiografía oficial colombiana) para fines materiales, tergiversar ciertos hechos históricos y testimonios de las víctimas antes y durante el periodo de “La violencia” entre los que se verían subvertidos y afectados hechos como la Matanza de las bananeras.

Por tanto, esta investigación sobre *La Casa grande* está enfocada en plantear como ésta en su crítica a las bases del poder político, a la degeneración social y humana y a dicha masacre que dejó, según documentos oficiales casi 2.000 muertos—otras fuentes cifran solo 100 muertes—, permite clasificarla como Novela histórica y como precursora de las nuevas narrativas literarias al plantear una de las problemáticas de Colombia de una forma diferente, pues aunque es una obra que no trata propiamente sobre la época de la Violencia permite rastrear una las causas que originaron este período y cómo mediante el recurso de ficcionalización de un hecho histórico fue además capaz de romper con las formas de la novela tradicional más emparentada con los intereses de clase, siendo esta novela un símbolo de crítica y testimonio para el país.

Para esta monografía se construyeron los siguientes capítulos: 1. Antecedentes teóricos. 2. Antecedentes críticos. 3. *La Casa grande* y la Masacre de las bananeras, que se divide en

Panorama histórico y socio-político de Colombia, La United Fruit Company: sus acciones en Colombia y La familia y el poder patriarcal en *La Casa grande*. Una metáfora del Estado colombiano. 4. Historia y ficción en *La Casa grande*, subdividida en Anotaciones teóricas sobre la novela Histórica en Colombia, Distorsión de la historia en *La Casagrande*, Polifonía y Ficcionalización de personajes. 5. *La Casa grande* y la Novela histórica en Colombia como crítica a La Violencia. 6. Conclusiones. 7. Bibliografía.

ANTECEDENTES TEÓRICOS

La Casa grande y la Novela histórica en Colombia como crítica a La Violencia

tratará esta obra como Novela histórica desde su importancia a razón de tres criterios: La Masacre de las bananeras de 1928 como una crítica a la violencia en Colombia y a las contradicciones del poder político y económico condicionados por el mal capitalista extranjero común en América Latina, lo que promovió en este continente una ideología y literatura contestataria al reflejar este y otros males como la pobreza, la corrupción, las dictaduras, la explotación desmedida, la degradación, problemas que también tenían sus raíces en estos dominios extranjeros y que a su vez como fórmula literaria buscaban una deconstrucción historiográfica mediante la ficcionalización de la historia para abarcar temáticas, hechos y personajes que habían sido ocultos y tergiversados por documentos oficiales como se observa en la obra al plantear el problema de la matanza desde una óptica ajena al discurso oficial representando una investigación periodística y testimonial; La crítica que realiza hacia los estamentos del poder en el que a través de una familia terrateniente se muestra el orden patriarcal no solo como un legado económico sino también ideológico que ha posibilitado un control desmedido sobre la población más pobre y que ha permitido solo un ascenso económico a las clases media y alta de este país, en que esta representación familiar funciona como una metáfora de lo que ha sido y cómo ha funcionado el Estado colombiano y por último, cómo esta es un referente para el país en cuanto a analizar dichas problemáticas en un contexto de dominación política, económica y cultural creado por las oligarquías en la fecha que se publicó, 1962, donde obras como *La Casa grande* que reflejasen estos males y tomaran una posición filosófica y política frente a la violencia bipartidista y sobre las contradicciones

estatales suponían una clara amenaza para las bases del poder, sus intereses y su “ideología” imperante, ya que a la luz de las políticas del “perdón y olvido” ideadas por el pacto frentenacionalista fue necesario hacer replanteamientos y estudios certeros también en materia sociológica e historiográfica para corroborar aquellos vacíos y falencias ideadas por los académicos de la élite sobre documentos históricos que permitieran dilucidar las causas y hechos fieles sobre la época de La Violencia y el número exacto de muertes, sus ideólogos y perpetradores y conocer a fondo sucesos anteriores a esta guerra como lo fue la Matanza de las bananeras, que se ha examinado históricamente como uno de los grandes acontecimientos que engendró odios hacia las clases dirigentes y la oligarquía, promovería ciertos levantamientos populares más violentos y que se considera como uno de los precedentes de la era de La Violencia.

Por ende, *La Casa grande* al pertenecer al género de Novela histórica supone considerar ciertos rasgos que se alejan del discurso historiográfico para dar cabida por medio de la ficción a las omisiones y tergiversaciones que documentos históricos han planificado y planteado como ciertos, ya que una de las funciones de las novelas de género histórico reside en mostrar la parte oculta de la historia al revelar otros hechos, personajes, lugares, ideologías, problemáticas para ahondar y corroborar la verdadera historia; ficcionalización que ha permitido además que escritores de este tipo de obras no corriesen el peligro de ser vetados o perseguidos al develar ciertas verdades de forma directa y enfrentarse con los exponentes de la élite dominante y a sus ideólogos como ha ocurrido en Colombia.

Las novelas históricas latinoamericanas del XIX se constituyen, entonces, no sólo en instrumentos didácticos y de complemento de la historiografía, típico de la novela clásica, sino fundamentalmente en discursos de legitimación de la ideología liberal, de ratificación

del poder y de una búsqueda para confirmar la identidad de las nacientes repúblicas frente a un pasado colonial. Y en cuanto tales, estas nacientes repúblicas no tenían historia; ésta también tenía que ser construida. Por supuesto que, en cuanto a la construcción del futuro, la novela histórica acompaña a la incipiente historiografía latinoamericana en esa tarea. (Pons, 1999, p. 142)

Por otra parte, Donald Mc Grady y Seymour Menton han realizado estudios analizando el auge, historia, crítica y rasgos de la Novela histórica permitiendo reconocer cómo este subgénero evolucionó hacia una Nueva novela histórica con características propias y distintas a las novelas históricas tradicionales de corte testimonial, en que primaba el hecho histórico sobre el estilo narrativo y cuyos rasgos y formulaciones se escogen para esta monografía para tratar la forma en que confluyen historia y ficción, criticándose los fallos planteados por la historiografía mediante el recurso ficcional creados por este nuevo subgénero en que la estructura del relato subordina al hecho histórico. Al igual que la historia, la novela histórica es capaz de indagar y corroborar el pasado pues a pesar que han existido numerosas novelas de corte histórico, sólo hasta finales del siglo XVIII y principios del XIX al fundarse la historia como ciencia, su registro y recolección cuidadosa de documentos, es en el siglo XIX en el Romanticismo¹ “cuando el sentimiento de escapismo empujaba al escritor a huir del presente y refugiarse en el pasado, buscando un mundo más perfecto” (McGrady, 1961, p.8), que se configura el concepto de Novela histórica con la publicación de *Waverley* en 1814 del

1. “La novela romántica se caracterizó por su falta de rigor histórico. Al contrario de Walter Scott, que era un investigador inalcanzable, la mayoría de los románticos no se interesaron por este aspecto y caían en grandes fallas históricas y arqueológicas. Otras veces siguiendo el ejemplo de Scott, supeditaban la fidelidad histórica a la trama novelesca.”

McGrady. *La novela histórica en Colombia (1844-1959)*.

escocés Walter Scott (1771-1832) donde se muestra el problema de las contradicciones de clase, ciertos hechos históricos, presentando personajes ficticios y dando voz a los relegados por la historia. A partir de esta obra es cuando se empiezan a definir las características de la Novela histórica:

1. Las novelas históricas no deben verter mucho material histórico, pues su elaboración debe ser en parte inventada al igual que tomar situaciones y personajes ficticios, para dar cuenta de ciertos hechos ocultos en vez de plasmar de forma “fidedigna” hechos propuestos por la historia oficial.

2. Tanto personajes, principales y héroes, como los relatos no deben ser históricos sino ficticios, donde no deben dominar los hechos y personajes reales y solo se les da cabida mediante un suceso trascendental en la historia, permitiendo cambiar, omitir y distorsionar parte de la historia documentada.

3. Tampoco se debe reproducir un lenguaje propio de la época representada, solo en ciertos casos como de los que se vale Scott, se emplea un vocabulario arcaico, rico y acorde a la época creándose así un ambiente fantástico para novelar el pasado.

4. Se deben conservar y plasmar fielmente ciertos matices locales, ideologías y hechos arqueológicos pero que al ser tratados por el novelista no deben desembocar en dilataciones que puedan contener un fin en sí mismo.

5. La novela histórica no debe tener algún propósito directo, aunque se puedan exponer ciertas ideas filosóficas, políticas, históricas y morales que el autor considere importantes.

6. Las novelas históricas tratan de plasmar una época pretérita, lo que no se permite la intromisión y/o solución de problemas contemporáneos.

7. Para Scott, las novelas históricas tienen una función de evocar el espíritu de una época, costumbres, sentimientos y prejuicios, más que representar ciertos hechos históricos concretos. (McGrady, 1961, pp.16-17)

Dichos cánones, profusión y según el modelo de la novela *Waverley* e *Ivanhoe* (1820) también escrita por Scott y cuya trama reúne personajes y episodios ficticios—su argumento gira alrededor de la figura del Rey Ricardo Corazón de León tomando algunos acontecimientos de la Edad Media como trasfondo pero compuesta por algunos hechos y personajes imaginados—, sentarían las bases para definir el estilo de la Novela histórica que se difundió en toda Europa y luego en América, ya que “después del auge del Romanticismo se impone el Realismo y acorde a las normas literarias de dicha época, la novela histórica sufre transformaciones, es decir, de la historia falsificada de la novela romántica se pasa a la historia documentada basada en exhaustivas investigaciones históricas y arqueológicas” (McGrady, 1961, p.11); luego en el periodo modernista estas novelas se comprometieron a recrear de forma casi fehaciente ciertas épocas pasadas y ya en el periodo criollista (1915-1945) se regresaría al ideal de la época romántica pero a su vez se buscaba una identidad nacional como una problemática a tratar afín con la realidad coetánea: “la lucha entre la civilización urbana y la barbarie rural, la explotación socioeconómica y el racismo”² (Menton, 1993, p. 37).

Para América Latina, Seymour Menton afirma que la primera novela histórica de corte romántico en este continente e inspirada no solo por Walter Scott también por las

2. Para este trabajo se analiza *La Casa grande* desde ciertas concepciones propuestas por Seymour Menton en *La Nueva Novela Histórica de la América Latina. 1979-1992*. (1993). Aunque *La Casa grande* no cumple con la fecha estipulada para abarcarla dentro de este subgénero, si cumple con ciertos rasgos propuestos por el crítico estadounidense como se analizará más adelante.

crónicas coloniales, el enciclopedismo francés y en algunos casos por el teatro del Siglo de Oro, comienza con *Xicoténcatl* (1826) de autor anónimo en que se elogia al pueblo tlaxcalteca y se denuncia a sus antiguos aliados, los conquistadores españoles (Menton, 1993, p.35), agregando y acorde con Anderson Imbert, define que “llamamos novelas históricas a las que cuentan una acción ocurrida en una época anterior a la del novelista” (Menton, 1993, p.33).

A razón de estas concepciones, se destaca el texto del crítico húngaro György Lukács (1885-1971) *La Novela histórica* escrita en 1955 en el que estudia el surgimiento de este género a partir de los condicionamientos socio-económicos, políticos e históricos en que se produjeron determinadas obras desde la época decimonónica europea, pues advierte que los grandes acontecimientos históricos, transformaciones y el tipo de “conciencia” burguesa subyacen en la novela de carácter histórico que a su vez permiten replantearse la posición reconocida por la documentación oficial. Estas transformaciones, desde lo político, económico hasta lo intelectual y cultural desde la Revolución Francesa y posteriormente con las guerras de independencia, supusieron una formación del historicismo en la novela que criticaba las bases del poder hegemónico y que se fueron gestando en Europa y posteriormente en América Latina.

Noel Jitrik señala algo similar al considerar la cuestión de identidad como uno de los objetos de estudio de la Novela histórica, ya que después de las obras de Scott la emergencia para reflejar males propios de América Latina permitieron concebir la importancia de este tipo de textos en este continente a mediados del siglo XX examinando las concepciones que se tenían sobre la novela histórica en Latinoamérica en el siglo XIX, al tratar de alejarse de las bases europeas de identidad económica, social y clasista imperantes para dar cabida a los conceptos y fines de identidad nacional que se consolidaban en los procesos de legitimación

en la independencia.

Ahora bien, la historiografía de base no es homogénea por definición; los documentos desocultados muestran, en sus relaciones recíprocas, contradicciones en relación con el poder que pretendían sustentar; eso permite a las novelas históricas trabajar sobre tales contradicciones para situarse en la problemática presente del poder y socavar el poder que la historiografía defiende de manera imperfecta. (Jitrik, 1995, p.84)

Para el caso de Colombia, el problema con la historiografía estaba casi a la par en relación con el resto de Hispanoamérica, es decir que se presentaba una historia heredada por los españoles que perduró desde el siglo XIX hasta gran parte del siglo XX direccionada por las élites y letrados con la intención de construcción de nación y dominio para preservar sus privilegios además su ideología en un tipo de asenso en que se presentaba un pasado falseado acorde e idólatra con Occidente para unificar un proyecto de legitimación a futuro de imágenes y personajes para el designio “de la patria de los criollos”:

El sujeto cultural que en la Conquista y la Colonia escribía los textos de mayor difusión social que llevaban adelante la tarea de narrar-inventar-construir en la lengua escrita la sociedad y la historia americana era el letrado-cronista. Su escritura —el género “Crónica de Indias”— había funcionado como una bisagra narrativa con que la mente europea unía el antes y el después de 1492. En esa función cultural la narración allana los caminos de la ficción y eso por dos razones. En primer lugar porque la Crónica siempre va a justificar la empresa de conquista configurando una relación de “lo que pasó” que previamente ya ha establecido como finalidad el elogio del imperio y agencia entonces un funcionamiento teleológico del relato. En segundo lugar, porque el europeo sólo conoce la parcela del mundo de la que él es el centro y protagonista y su narración no deja de basarse en su conciencia constructora y deseante que lo conduce a doblar la realidad narrada a sus pretensiones, es decir, su narración no es principalmente acto de referencia de la realidad sino más bien su

ficcionalización. (Moreno, 2015, pp.29-30).

La novela histórica en Colombia fue evolucionando desde el siglo XIX cumpliendo con ciertas funciones políticas al cuestionar la historia conscientemente falsificada, desembocando en modelos más subjetivos para una novela histórica moderna con ciertas orientaciones y modelos propuestos por el postmodernismo, fijando una literatura nacional comprometida ya no con los presupuestos americanistas planteada desde el siglo anterior, sino una novelística contestataria en términos políticos e históricos patente en los escritos a partir de los sesenta del siglo XX.

Se ha constatado que la primera novela histórica colombiana tiene por título *Yngermína* (1844), del militar y político Juan José Nieto, basadas en algunas crónicas de la época entre 1533 y 1537 que cuenta la historia de un amor en el periodo de la conquista en el que se relata parte del sometimiento y rebelión de los indios calamares en Cartagena de Indias.

Al realizar un breve estudio sobre el nacimiento, evolución y consolidación de la novela histórica como género y tomando ciertos conceptos de algunos exponentes teóricos se pueden declarar los objetivos funcionales y estéticos de este subgénero que van más acorde con la crítica política e historiográfica, a saber que cuando este tipo de novelas sufrió cambios a partir de una asimilación de ciertos procedimientos narrativos planteados por la novelística contemporánea, también se pudo notar que tanto historiografía como Novela histórica y la Nueva novela histórica, esta última que Seymour Menton abarca desde 1979 a 1992 para América Latina³, evolucionarían para dar cabida a una nueva concepción de la historiografía basada ya no en las aspiraciones elitistas sino a partir de los presupuestos planteados por los

3. Según el crítico y escritor estadounidense el nacimiento de la Nueva novela histórica se dio con la obra *El reino de este mundo* escrita por Alejo Carpentier publicada en 1949.

postmodernos, surgiendo una novela histórica que integró conceptos como ruptura, tiempos cíclicos, identidad, la concepción del “Otro”, distorsión y subordinación de la historia, metaficción, conceptos bajtinianos como lo carnavalesco, la parodia, lo dialógico, etc., que definen el carácter ficcional de este subgénero algunos presentes en *La Casagrande*, puesto que dichos rasgos permiten una narración que abarca lo que documentos oficiales han logrado tergiversar y omitir, a su vez cumpliendo con un propósito político, intelectual y cultural.

Para este trabajo, también se escogen otros estudios teóricos y postulados sobre la Novela histórica y la Nueva novela histórica como los propuestos por Leo Pollmann, Lucien Goldmann, Fernando Aínza y otros planteamientos que permiten relacionar y ubicar *La Casa grande* dentro de este canon de Novela histórica de Colombia y su importancia para la memoria nacional y su crítica política.

ANTECEDENTES CRÍTICOS

Álvaro Cepeda Samudio escribe la obra *La Casa grande* entre 1953 y 1961, publicándose en el año 1962 por Ediciones Mito en la ciudad de Bogotá con 220 páginas de los cuales se sacaron 1.000 ejemplares numerados de 1 a 1.000 más 29 fuera de circulación y comercio. La obra de Cepeda contiene una gran labor periodística y testimonial ya que al igual que su amigo y compañero el escritor Gabriel García Márquez (1927-2014), la Masacre de las bananeras fue parte de su infancia en que Cepeda dos años después de ocurrida la matanza llega de Barranquilla a Ciénaga y cuyos testimonios, entrevistas, relatos de amigos y conocidos, ciertos lugares y personajes, coadyuvaron a la elaboración de *La Casa grande* y *Cien años de soledad* en 1967 para Gabriel García Márquez, en que se retoma el tema de la masacre, el incesto, la opresión capitalista, la explotación extranjera y el espacio de la casa como un símbolo de las acciones e ideologías cuestionables de la vida privada y el entorno del Caribe colombiano.

La obra de Álvaro Cepeda está conformada por una exhaustiva carrera periodística entre las que sobresalen un considerable número de crónicas, columnas informativas, deportivas, críticas cinematográficas, de variedad, entre otros, en los periódicos *El Herald*, *El Nacional*, *El diario del Caribe* y *The Sporting News*. Aparte de haber trabajado como vendedor de automóviles y electrodomésticos para la firma distribuidora Westinghouse Hardware Latin America & Caribbean y laborar como publicista y colaborador para la familia Santo para La Cervecería Águila adquirida por Mario Santo Domingo en el año 1933, se destacaría como escritor publicando tres libros, *Todos estábamos a la espera* (cuentos, 1954), *La Casa grande* (1962) y *Los cuentos de Juana* (1972).

También resaltó como dramaturgo en 1948 al graduarse de bachiller con la obra *Prohibido suicidarse en primavera* de Alejandro Casona donde además lideraba la asociación del Teatro Experimental; cineasta en el proyecto de cortometraje de ciencia ficción *La langosta azul* que realizaría junto a su amigo Gabriel García Márquez en 1954 e hizo tres documentales de la mano de Luis Ernesto Arocha entre estos *Carnaval de Barranquilla*, *Barranquilla y el Atlántico* y *La Subienda* producidos a inicios de 1972.

La Casa grande trata el hecho de la Masacre de las bananeras ficcionalizando y cruzando con personajes y ciertas situaciones y lugares tomados de la realidad—una influencia narrativa y periodística que Cepeda tomaría de escritores como William Faulkner, John Dos Passos, Ernest Hemingway, John Steinbeck, James Joyce, Tom Wolf, Norman Mailer, James Jones y Truman Capote a su viaje a Estados Unidos en el año 1949 y que además de definir su estilo periodístico y literario, traería a su regreso a Colombia en 1951⁴ estas fórmulas como renovadoras para las letras del país—, como el arribo de los soldados a la Zona bananera y la casa donde transcurre la obra que había pertenecido al General Francisco de Labarcés Perea jefe del radicalismo, cuya trama está unida a la historia de una familia terrateniente poderosa de Ciénaga, Magdalena, cuyo padre del cual desconoce su nombre como la mayoría de los personajes presentes, se narra una historia de 10 capítulos en el que se intercalan diferentes voces entre los que están de parte del poder y los subalternos, documentos y datos oficiales y un solo personaje real como es la mención que se hace del general Carlos Cortés Vargas en el capítulo 5. La novela se divide en: “Los soldados”, “La Hermana”, “El Padre”, “El pueblo”,

4. “Escribo esta nota y a prácticamente en la temporada necesaria para esperar a ese Álvaro Cepeda que se fue para los Estados Unidos y que hoy regresa, sin lugar a dudas, con todo lo que sirve de Norteamérica guardado en las maletas.” Nota exhibida en la sala García Márquez del Museo del Caribe.

El “decreto”, “Jueves”, “Viernes”, “Sábado”, “El Hermano” y “Los hijos”.

Para el año 1956 *El Diario del Caribe* fundado por Luis Paccini Santo Domingo, sobrino Julio Mario Santo Domingo y quien este último compraría el periódico en 1961, publicaría el capítulo “La Hermana”, revista donde Álvaro Cepeda se desempeñaría como editor. Hacia noviembre 1958 la revista *Mito* publicaría en su tirada número 22 el capítulo “Los soldados”, primera parte la novela *La casa grande*; ese mismo año el 16 de abril el *Magazín Dominical* de *El Espectador* publicaría el capítulo “El Padre” con el título “La muerte del Padre” y una tirada sección número 34 por la revista *Mito* para ese mismo año con el mismo título, “La muerte del padre” y que después la misma publicaría por completo en 1962. El capítulo “Los soldados” también se sacó en el *Magazín del diario Revolución* de Cuba en una invitación a Álvaro Cepeda y a sus amigos por el director de la misma y escritor Guillermo Cabrera Infante el 15 de marzo de 1960 para un número dedicado a las letras colombianas (Bancelin, 2012, p.127).

La Casa grande contó también con una edición por La Casa de las Américas para 1975, La Habana; otra publicación en búlgaro, *In casa grande*, traducida por Mariana Dimitrova y Violeta Daskalova para el año 1977; una edición francesa de *La Casa grande* traducida por Jacques Gilard denominada *Le Maître de la Gabriela* en 1984; una siguiente edición traducida al inglés por Seymour Menton para 1991 y publicada por la Texas University Press por el doctor en leyes John O’Leary de la Universidad de Yale cuyo prólogo fue escrito por Gabriel García Márquez. También cuenta para una novena edición para 1993 por Ediciones Áncora de Bogotá.

Existe una edición de parte de la Editorial Jorge Álvarez de Buenos Aires, Colección Narradores Americanos para 1967 que aunque contiene los diez capítulos, posee un error en su

índice en el capítulo 5 denominado “El Decreto” en que no aparece, además lista incorrectamente el capítulo 4 “El pueblo” que se observa en la página 95 en vez de 89 y que contiene un prólogo en su contraportada por Gabriel García Márquez.

En *La Casa grande*, como escribe John Brushwood en *La novela hispanoamericana del siglo XX: Una vista panorámica* (1984):

La profundidad de la experiencia tiene sus fuentes en la comunicación de un hecho tal como ha quedado en la memoria, pero siempre en el contexto de pertenecer a una familia y a un pueblo. La novela de Cepeda Samudio supone el hecho de la masacre, pero no la presenta. (p. 227)

Pues en la obra se desplaza el hecho histórico para que opere una función discursiva que permite una multiplicación de voces que expanden las perspectivas para ahondar en la realidad socio-política y en la psicología de los actores vinculados al conflicto. Augusto Escobar Mesa en *Literatura y violencia en la línea de fuego* (1996) asegura que:

Lo espacio-temporal, instancia en que se desarrolla el texto narrativo, está regulado por leyes específicas, algunas veces por el proceso mental de quien proyecta uno o varios puntos de vista sobre el acontecer. Es el ritmo interno del texto lo que interesa, que se virtualiza gracias al lenguaje; son las estructuras sintáctico- gramaticales y narrativas las que determinan el carácter plurisémico y dialógico de esos discursos de ficción. Es lo que se puede comprobar en novelas tales como *La mala hora* (1960), *El coronel no tiene quien le escriba* (1958) y *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez; *Marea de ratas* (1960) y *Bajo Cauca* (1964) de Arturo Echeverri Mejía; *El día señalado* (1964) de Manuel Mejía Vallejo; *El gran Burundún- Burundá ha muerto* (1952) de Jorge Zalamea; *La casa grande* (1952) de Álvaro Cepeda Samudio. (pp. 326-327)

La novela en esta técnica de crítica política y social mediante la fragmentación de discursos, transposición del hecho histórico, anacronismos, polifonía, que denominamos como

propia del método faulkneriano, permiten representar una realidad distinta mediante acciones más veraces al mostrar una aproximación a los contextos, las acciones, consciencia y la psicología de sus personajes. Miguel Zapata Ferreira (2004) afirma que:

La casa grande se convierte en una alternativa que presenta de todas maneras cierta crítica social sin ser maniqueísta, incluyendo distintas voces del conflicto histórico sin que la voz autorial tome partido explícitamente en la presentación de los hechos históricos. No se olvide que el asunto narrativo de la obra se nutre del recuerdo de los personajes, recuerdos contados a la manera de la tradición oral y que ésta última discrepa de la historia oficial. (pp. 183-184)

Todo este periodo de guerra bipartidista se estudió en la literatura a través de autores como Hernando Téllez, Eduardo Zalamea Borda, Héctor Rojas Herazo, Manuel Zapata Olivella, Manuel Mejía Vallejo que dieron inicio a la denominada “Novela de violencia en Colombia” que inicia como una forma de testimonio centrándose en el hecho histórico en el que se plasma el material historiográfico de forma fiel, pero que logra con el tiempo denunciar las problemáticas sociales por medio de una fórmula narrativa en que el estilo prima sobre el tema y el discurso histórico. Mauricio Vélez Upegui en *Novelas y no-velaciones. Ensayos sobre algunos textos narrativos colombianos* del año 1999 afirma:

Por nuestra parte, empero, creemos que la obra (*La Casa grande*) de Álvaro Cepeda Samudio no se sitúa por completo del lado del realismo maravilloso. Diríamos mejor, que participa no sólo de algunos elementos del realismo crítico (en concreto el rasgo de la preferencia de los personajes arquetípicos y simbólicos para expresar el destino incierto de los individuos), sino también de rasgos del realismo maravilloso (en concreto, los rasgos del extrañamiento de las situaciones vivenciales y de naturalización de lo maravilloso) y, por qué no, de algunos rasgos del realismo testimonial, último momento de los tres que median en Colombia el paso de la tendencia de observación a la tendencia experimentalista. (p.212)

Dentro de estas producciones aparecerá la novela *La Casa grande* como forma de denuncia pero con un estilo que rompe con la tradición narrativa y propone otras formas de ver la realidad más allá de plasmar las tensiones sociales, proponiendo mostrar la psicología de los personajes como forma de reflejar tanto el deterioro socio-político como humano, algo que se analizará en capítulos posteriores y que Lucila Inés Mena en su artículo *La Casa grande: El fracaso de un orden social* (1972) señala:

Insistentemente se coloca a Álvaro Cepeda Samudio junto a Gabriel García Márquez como uno de los novelistas colombianos más sobresalientes de la década del sesenta.

Indudablemente hay una serie de puntos comunes entre estos dos autores, pues por medio de la renovación del lenguaje, la experimentación técnica y la transmutación mítica de la realidad, ambos tratan de dar un enfoque más universal a los temas sociopolíticos que han sido tradicionales y casi exclusivos en la novelística colombiana de las últimas décadas.

(pp. 3-4)

Por su parte, Claudine Bancelin en su libro *Vivir sin fórmulas: la vida intensa de Álvaro Cepeda Samudio* del año 2012 afirma:

Sobre este hecho cruento Cepeda fue edificando su novela, inspirado además en personajes locales, en enfermedades que padeció, en vivencias que tuvo, en escenarios por los que se paseó. Al parecer, el Padre, el personaje de la novela, estuvo inspirado en un miembro de la familia Riascos Labarcés, terrateniente bananero que hacía negocios con La United Fruit Company en 1928. (p.124)

Para el año 2015 la Colección Archivos en asocio con la editorial colombiana Sílabas Editores publican el proyecto de edición crítica *Álvaro Cepeda Samudio. Obra literaria*, iniciado desde el año 2005 en el que además de recopilar sus cuentos y su única novela *La Casa grande*, recoge datos sobre el autor y estudios de éste por renombrados escritores y

artistas siendo tal vez el más elaborado sobre este escritor hasta la fecha y por su gran valor académico y patrimonial para las letras en Colombia, del hispanista y americanista francés Jacques Gilard (1943-2008) en colaboración con Teresa Manotas de Cepeda, ex esposa de Álvaro Cepeda y con una introducción del pintor y escritor bogotano nacionalizado en Italia Fabio Rodríguez Amaya (1950).

Para la edición del año 1967 de *La Casa grande* en su prólogo escrito por Gabriel García Márquez titulado *Un experimento arriesgado*, el nobel advierte:

La casa grande es una novela basada en un hecho histórico de la Costa Atlántica colombiana en 1928, que fue resuelto a bala por el ejército. Su autor, Álvaro Cepeda Samudio, que entonces no tenía más de cuatro años, vivía en un caserón de madera con seis ventanas y un balcón con tiestos de flores polvorientas frente a la estación del ferrocarril donde se consumó la masacre. Sin embargo, en este libro no hay un solo muerto y el único soldado que recuerda haber ensartado a un hombre con una bayoneta en la oscuridad no tiene el uniforme empapado de sangre “sino de mierda”. Esta manera de escribir la historia, por arbitraria que pueda parecer a los historiadores, es una espléndida lección de transmutación poética. Sin escamotear la realidad ni mistificar la gravedad política y humana del drama social, Cepeda Samudio lo ha sometido a una especie de purificación alquímica y solamente nos ha entregado su esencia mítica, la que quedó para siempre más allá de la moral y la justicia y la memoria efímera de los hombres. Los diálogos magistrales, la riqueza viril y directa del lenguaje, la compasión legítima frente al destino de los personajes, la estructura fragmentada y un poco dispersa que tanto se parece a la de los recuerdos, todo en este libro es un ejemplo magnífico de cómo un escritor puede sortear honradamente la inmensa cantidad de basura retórica y demagógica que se interpone entre la indignación y la nostalgia. (pp.15-16)

La Casa grande ha tenido adaptaciones para teatro presentada en su mayor parte por capítulos, como la que realizó la fundación Casa de la Cultura de Bogotá—hoy teatro La Candelaria—donde se dirigió “Los Soldados”, primera obra puesta en escena por este grupo dirigido por Carlos José Reyes estrenada el 30 de junio de 1966; al igual que el capítulo “Los hijos” bajo el rótulo de “La derrota” a cargo del grupo Los quince de Cartagena para el año 1967 y dirigida por José María Amador. Jacques Gilard en su artículo *Zone Bananière de Santa Marta: les planteurs de l'or vert* (2005) declara:

Ce choix peut être dû au fait que les planteurs se trouvaient au coeur de *La casa grande*, roman du grand ami de García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio. Grand livre méconnu, *La casa grande* est le premier, l'exemplaire roman de la Zone et de la grève. Assez exemplaire pour avoir cristallisé tout un aspect de l'histoire, ce que García Márquez semble avoir compris: Cepeda Samudio a centré son récit sur la mauvaise conscience d'une famille de planteurs divisée entre ceux qui revendiquent le crime et ceux qui le stigmatisent. Peu soucieux d'exactitude factuelle, désinvolte envers la chronologie interne de sa propre trame fictionnelle, il donne à voir les Atrides des tropiques, avec la haine comme ciment des continuités familiales. Evoquée dans des faits à peine esquissés (parfois inventés, souvent remodelés), la tuerie est une affaire de créoles: rares, et fugaces, sont les allusions à la compagnie, présence feutrée inspirant une soumission. (pp. 99-100)

LA CASA GRANDE Y LA MASACRE DE LAS BANANERAS

La Casa grande fue escrita entre 1953 y 1961, dedicada a Alejandro Obregón (1920-1992) pintor y escultor colombo-español quien fue miembro del Grupo de Barranquilla (1940-1950) y amigo de Álvaro Cepeda Samudio, obra en que el escritor barranquillero se erige como novelista- cronista al abordar el episodio de la matanza bananera ocurrida entre los días 5 y 6 de diciembre de 1928 en Ciénaga, Magdalena, eventos que tuvieron sus raíces en uno de los males comunes en América Latina, la dominación capitalista extranjera. Según datos históricos, señalan que estos homicidios fueron perpetrados por el Ejército nacional para terminar con una huelga que había iniciado hacia finales de noviembre del mismo año con casi 25.000 trabajadores de las plantaciones que se negaron a cortar plátano y otras frutas para The United Fruit Company y por productores nacionales bajo contrato con esta compañía y que a pesar de tal presión, este trust norteamericano y sus trabajadores no llegarían un acuerdo colectivo y cuyas tropas por orden del general Carlos Cortés Vargas (1883-1954), jefe civil y militar de Santa Marta, asesinarían a una multitud que agrupaba a huelguistas, operarios, mujeres y niños asociados al enclave bananero establecido por la United Fruit Company en Colombia a inicios del siglo XX.

El número de muertos hasta ahora son inexactos a pesar de los vastos estudios sociológicos e historiográficos al respecto, al igual que declaraciones que han manifestado incluso que tal masacre no existió, como señalaría la congresista María Fernanda Cabal durante un debate en 2017 con Alexander López Maya sobre la JEP a través de La W calificándola como un “mito histórico”, frivolidades que sugieren tener una cierta impunidad sobre los hechos. Algunas fuentes mencionan solo trece muertos, mientras en otras la cifra se

eleva a cientos o miles; en otras se habla de una cantidad que oscilaba entre 100 y 300, lo que significa una falta de información fiable sobre esta aniquilación, también una tergiversación, omisión y desidia por parte de historiadores frente a este acontecimiento y preocupante es que hasta ahora no se haya podido precisar un número determinado de víctimas lo que prueba además cierta dificultad sobre su investigación: número inexacto de víctimas y falta de todos los nombres de quienes participaron en este homicidio, número impreciso y datos de personas involucradas de parte del Estado colombiano y de la compañía estadounidense en su totalidad, nombres de todos los soldados quienes estaban en el lugar cumpliendo este mandato, sitios inexactos donde las víctimas mortales fueron enviadas y enterradas, quien o quienes dieron estas órdenes para desaparecer los cadáveres, etc.

Se estudia cómo esta obra tiene una función de verificar estos hechos de la historia colombiana y de compromiso político y social al narrar una memoria individual, una memoria histórica referente a la masacre y una memoria nacional, cuyo ejercicio literario en la construcción de sentido acerca del pasado de esta Nación se vincula con una labor histórica que privilegia un aporte en tanto producción cultural debido a que no se busca comunicar una sola versión sobre los hechos y no sigue las mismas pautas de la historiografía oficial en un sentido, considerando que la novela toma partido por los registros testimoniales para corroborar ciertos vacíos premeditados por la historia de Colombia frente a estos hechos.

Pues un problema sobre *La Casa grande* como novela histórica radica en que es una creación que plasma una crítica para dos tiempos: los hechos históricos que narra, la matanza de 1928, haciendo una crítica a la injusta dominación económica y social debido a la explotación extranjera cuyo gobierno de turno estaba sujeto a sus políticas y a la violencia y en el tiempo en que se publica y difunde, 1962, en plena construcción del Frente Nacional en que

existía un control de las élites prácticamente en todos los ámbitos, político, religioso, medios de comunicación, educación, crítica literaria, etc., que además de subvertir y ocultar ciertos hechos como ha ocurrido con la historiografía en Colombia y mediante su “política del olvido” era por tanto difícil publicar obras que detractaran a estos entes hegemónicos y trasnacionales, reflejasen los innumerables problemas económicos y socio-políticos, dieran cuenta de la verdad y de los acontecimientos que afectaron al país durante la época de la Violencia y de épocas pasadas y para 1962, al recusar las versiones oficiales de la historia, por lo que el novelista asume estas problemáticas del presente haciendo una aproximación y una reinterpretación del pasado distinta a la del historiador desafiando la crónica oficial mediante análisis filosóficos, políticos y testimoniales.

La Violencia de mediados del siglo pasado ha sido presentada por sus protagonistas principales (los partidos tradicionales) y algún sector de la historiográfica nacional, ligada a la ideología del Frente Nacional, como una suerte de “fatalidad telúrica” que anegó al país en un turbión de sangre, sin autores ni responsables conocidos de su génesis y desarrollo.
(Echeverri, 2007, p.139)

Investigación que tratará además *La Casa grande* como literatura de ficción, relato testimonial y crítica política, pues esta obra permite comprender los problemas y los detrimentos estatales y humanos desde una perspectiva filosófica y sociológica sobre las contradicciones del capitalismo como parte fundamental del “progreso”, legado de la civilización occidental, demostrando el enfrentamiento entre las clases sociales en Colombia como señal del deterioro socio-económico, político, además religioso que vivía el país a comienzos del siglo XX, también a causa de la corrupción estatal afín a los intereses de la United Fruit Company y a otras compañías extranjeras como La Tropical Oil Company—que en el año 1917 emprenderían sus primeras exploraciones y operaciones en el Magdalena

Medio—, plasmando una realidad en que se trata el hecho de la Matanza de las bananeras como un producto del mal capitalista donde el gobierno adecuaba sus políticas, economía y leyes acorde a estos intereses foráneos. Problemas que *La Casa grande* representa pues deja entrever como a través de ciertas herramientas del poder se detentaba un dominio hacia una población civil explotada y empobrecida, como la cuestión terrateniente patriarcal, un subproducto del Estado colombiano y que sirvió como ente de control para la preservación de estos intereses, que en el contexto de la obra en 1928, se plasma la ideología del “Otro” como constancia de este mal quedando en la ficción literaria determinados problemas como la pobreza, la degradación humana, la explotación, la alienación, la violencia y la muerte como formas de mantenimiento del poder y un control totalitario sobre una población.

Esta obra se caracteriza por demostrar una renovación estética a razón con la literatura colombiana tradicional y en consecuencia tiene un compromiso de denuncia propio de la literatura de la Violencia, pero su estilo difiere con el fenómeno estético que esta obra propone al hacer un desplazamiento diegético del hecho histórico de la matanza para recuperar y vincular diferentes voces y agentes que fueron parte de estos sucesos y de la realidad social, siendo catalogada como una obra antecesora del *Boom* latinoamericano.

La Casa grande se inscribe precisamente en un momento histórico conocido como la época de La Violencia (1946-1963), conflicto que tuvo sus raíces en las ininterrumpidas guerras civiles del siglo XIX entre los grupos que habían heredado el poder (hacendados de índole conservadora, terratenientes, contra la naciente burguesía liberal y los grandes comerciantes) desde las guerras de independencia, denominada la Guerra de los Mil Días, en que se buscó un esclarecimiento sobre las causas y hechos relacionados con la ola de violencia como el número de víctimas fatales y nombres de los actores de este conflicto que hasta la

fecha no se han resuelto totalmente. Cabe destacar que fue en ese mismo año en que se publicó el libro *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social (1962-1964)* por monseñor Germán Guzmán Campos, el sociólogo Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, abogado penalista y liberal de izquierda, tres años después de la labor emprendida por el gobierno liderado por una Junta Militar denominada Comisión Nacional Investigadora de las Causas y Situaciones Presentes de la Violencia en el Territorio Nacional, de la que hicieron parte los partidos Liberal y Conservador, la Iglesia Católica y Fuerzas Militares para facilitar la pacificación, rehabilitación y asistencia humanitaria en las zonas afectadas por “La violencia”, recogiendo testimonios de personas afectadas y algunos actores del conflicto como campesinos, familiares de víctimas y líderes políticos, algo que no se había hecho hasta entonces por instituciones gubernamentales y publicado por la Editorial Iqueima para julio y una segunda edición dos meses después por Tercer Mundo, producto de un trabajo exhaustivo sobre estos hechos en que el régimen bipartidista presumió que no se establecieran sanciones frente a responsabilidades por los crímenes, masacres y demás acciones cometidas por los actores en conflicto en este y en años anteriores a La Violencia.

Para este período se había unificado un tipo de control tanto en los terrenos político y económico, como en lo social y cultural de parte de las oligarquías, en que la literatura denominada Literatura de la Violencia suponía una amenaza para los sectores hegemónicos pues al revelar y reflejar estos problemas que acontecían en el país se podía dar cuenta que tenía sus raíces en las contradicciones políticas, económicas, religiosas y de clase, por lo que se evidenció vetar estas obras que trataban el tema de la violencia y sus causas. De acuerdo con Mena en *Bibliografía anotada sobre el ciclo de la Violencia en la literatura Colombiana* (1978):

La definición de la novelística de la violencia no debe limitarse solamente a aquellas obras que

recrean específicamente “la época de la violencia”, sino que debe extenderse también a aquellas novelas que, remontándose a épocas anteriores, buscan a través de la historia las raíces de la violencia. (p.99)

Novelas que trataron el tema de La Violencia y sus raíces permitieron promover un sentido histórico y político sobre estos acontecimientos al ahondar estos males como una consecuencia de las falsas garantías gubernamentales, el factor religioso dominante, la explotación capitalista, el despotismo de las élites, el antipatriotismo, entre otros factores, coadyuvando además a romper con la tradición literaria de la novela y de las novelas de la Violencia hasta ese momento infravaloradas por el control que dicha élite ejercía sobre la crítica literaria que cumplían más con una función estética que para la toma de consciencia sobre los problemas reales en Colombia.

Por eso, obras que señalan el problema de la masacre bananera como *La Casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio, *Cien años de soledad* (1967) por Gabriel García Márquez, trazan un estudio para una revisión histórica profunda de este genocidio y una búsqueda por un lenguaje para expresar el tema de esta matanza y de La Violencia en un oficio testimonial y periodístico donde se observa además la influencia de escritores como William Faulkner, Ernest Hemingway, Erskine Caldwell y Truman Capote, asimiladas por estos escritores colombianos y que en el caso de Cepeda fueron unos referentes a su viaje por Estados Unidos en el año 1949, para complementar su ejercicio periodístico y narrativo que a su regreso a Colombia dos años después logró inculcar estas dinámicas en sus trabajos, una visión periodística que presenta la vox populi para contradecir las versiones oficiales de La Masacre de las bananeras.

La Casa grande interpreta la Violencia remontándose a uno de los detonantes de este conflicto armado que dejaría un saldo aproximado de 300.000 personas asesinadas, en que se

construye un relato ficcional que se aleja de la versión oficial tomando partido por la memoria al dar voz a personajes imaginados, unos representantes del poder y otros desde el discurso de los marginados, pero que en su universo convergen en una misma realidad: La Masacre de las bananeras representado desde distintas ópticas mostrando la psicología y el deterioro intelectual de estos personajes innominados develando los graves problemas socio-económicos y políticos en Colombia y corrupción estatal por la explotación en el Caribe de parte de la multinacional United Fruit Company, la élite, los diferentes entes del poder y familias terratenientes dominantes como se reproduce en la obra, haciendo una reinterpretación de la historia y una crítica sobre los horrores de la guerra en medio de una etapa convulsa de control tanto material como ideológico hacia 1962.

Una obra que representa no solo un efecto estético, sino también político y social en una búsqueda testimonial para la memoria nacional mediante una deconstrucción historiográfica que permite analizar las causas de este exterminio como afín a las estructurales corruptas que suscitó La Violencia, en medio de un control ejercido por las élites gobernantes en que no se permitía un tipo de crítica filosófica, económica, sociológica o literaria hacia estos entes de poder en su afán de preservar su “ideología” para controlar y ocultar no solo parte de la historia y datos claves sino también para obstruir la toma de consciencia frente a las realidades de este país. Referente a esto Bancelin declara:

Algo tomó Cepeda de la historia oficial. El resto proviene de la tradición oral, de los chismes que escuchó y que le llegaron por boca de los que vivían en la zona por ese entonces. [...].

Hacía escalas en las casas de las amigas de su madre donde todavía se comentaba la terrible matanza de las bananeras luego del paso de los años. Pero eran conversaciones casi clandestinas, porque en la calle el suceso era innombrable. (Bancelin, 2012, p.121)

Por tanto, este trabajo pretende analizar *La Casa grande* desde estos cuestionamientos

críticos que permiten ahondar más en la función de ésta como obra histórica y cómo se presenta en un panorama que permite acceder a otros postulados para su definición como Novela histórica y su importancia para Colombia sobre su función política, siendo esto significativo para formularla dentro de este género literario. Pues como señala Viñas Piquer (2002):

Para [León] Trotski, el arte tiene un papel secundario en el proceso social, tiene que ayudar a dar forma a la nueva perspectiva espiritual que empieza a advertirse dentro del proletariado y esto no es, para él, tener una mentalidad dogmática, no se trata de una orden estatal, sino de una necesidad histórica, una exigencia histórica que no puede ser eludida. (p.417)

La Casa grande logra formular otros cuestionamientos sobre cómo novelar la historia en un ejercicio literario y periodístico entre una crítica política y social, pues se están corroborando las falencias de la memoria histórica planteadas por las políticas del consenso bipartidista Frente Nacional dentro del control de la oligarquía en los ámbitos político, económico y cultural; una obra donde no se toma partido por un bando u otro—referenciando el tema de los partidos políticos y las clases sociales—, sino que se hace una ambivalencia entre quienes hicieron parte de la guerra y el orden establecido y entre quienes tuvieron que sufrir con la violencia y la degradación política, social y patriarcal imperantes en este periodo como se expone en la obra.

Por ende, es imprescindible valorar esta obra desde los problemas y condicionamientos sociales e históricos que suscitó la Masacre de las bananeras y que como novela histórica reafirma una crítica hacia los estamentos del poder y su autoritarismo ejercido por años en el terreno material y que posteriormente pudieron afianzar un control intelectual para preservar su ideología y predominio de clase, pues como señala la sociología genética de Goldmann en que afirma que toda obra estructura la visión del mundo (*Weltanschauung*) que circunda al escritor, más no la ideología del escritor, sino la visión del mundo del grupo social

al que pertenece.

Panorama histórico y socio-político de Colombia

Colombia ha sido un país con un vasto territorio con tres grandes cordilleras en que se dividen Los Andes suramericanos, con una variedad de climas y cuencas hidrográficas extensas, pero fragoso, áspero y doblado y enfermo para los cronistas de la conquista que caracterizaron de esta manera el territorio que denominaron Nuevo Reino de Granada. Colombia que posee una extensa geografía, desde la época prehispánica ha presentado una difícil intercomunicación y que desde los primeros imperios coloniales impuestos por Portugal y España desde el siglo XVI hasta XVIII (España y sus posesiones perduraron en Hispanoamérica hasta comienzos del siglo XIX), se habían aprovechado y adecuado algunos recursos de cada una de estas regiones para generar un “desarrollo” que beneficiara en primera instancia la economía de la Corona española. Durante este periodo la monarquía española no solo fue consolidando su economía exterior y un poderío para sus sociedades nacientes, sino que se configuraron nuevas estructuras políticas, institucionales, religiosas y culturales de Hispanoamérica, piedra angular de las civilizaciones.

Para eso, los regímenes coloniales implantados por Europa para apoderarse de los territorios en América, los cuales como en el caso de la Corona de España se concedía a conquistadores y colonos por medio de una gracia o poder denominado Cédula real (funcionando entre 1493 y 1591 y cuya propiedad sobre la tierra se adquiría después de 5 años), utilizaron una “técnica” para favorecer un comercio interior y exterior gestándose entre otros males occidentales la esclavitud y explotación de la población aborígen que quedó

reducida de casi 4 millones que habían en el territorio colombiano a 600.000 hacia inicios del Siglo XVII y que posteriormente pasaría a unos 130.000 aproximadamente a fines del Siglo XVIII, algo que se hizo con todas las culturas prehispánicas cuya mengua se debió además por enfermedades provenientes de los europeos y la violencia indiscriminada por la conquista que suscitó la trata, comercio, esclavitud y violaciones de todo tipo a negros africanos traídos al continente americano—en Colombia esta población negra provenía del Níger, Senegal y Guinea—, solidificándose así la conquista española y portuguesa cuya metodología se siguió hasta ya entrado el desarrollo moderno en Colombia.

Tres siglos (1508-1810) de dominación española en este territorio denominado Nueva Granada, con una economía dependiente de las colonias extranjeras y cuyo comercio y comunicaciones entre España y sus colonias durante los siglos XVI y XVII se hacían por medio del sistema de flotas comerciales, que en el caso de Nueva Granada este tipo de comunicación de la Corona se daba a través del río Magdalena siendo la vía más importante para el comercio—no obstante, Cartagena de Indias fue el principal puerto de Hispanoamérica durante el periodo colonial—, basada en primer lugar en la extracción y exportación minera de metales preciosos principalmente oro y plata, además de productos elaborados cuyas formas de trabajo facilitaron la mano de obra barata (esclavitud, encomienda, mita) y que consolidó el poderío de las colonias surgiendo así las estratificaciones sociales en América a su vez su legitimidad en todas las instituciones políticas, económicas, jurídicas y religiosas.

Posteriormente, durante la primera y segunda mitad del siglo XVIII empezaría la decadencia de la potestad colonial en Europa y América pues diferentes reacciones contra el absolutismo, contra la nueva burguesía y la mala situación internacional además del nacimiento de La Ilustración en el continente europeo, favorecieron las ideas y movimientos

que no solo removieron aquel orden político, económico y social imperante, sino que también se vio a la razón como fuente del conocimiento y para liberar al hombre de sus problemas, la opresión, la tradición que además subyugaba a la educación y para creer en la ciencia como un valor y generadora del verdadero progreso, hechos que contribuirían a crear la independencia de Nueva Granada donde sobrevinieron movimientos políticos, sociales y culturales opuestos a la soberanía política y eclesiástica que se vivía en el virreinato formándose a la postre una de las primeras reacciones populares contra la dominación colonial, la Rebelión de los Comuneros (16 de marzo 1781-8 de junio 1781) dirigida por Juan Francisco Berbeo. Un periodo de revoluciones mundiales a causa de las ideas de La Ilustración que inició en 1770 con la sublevación de las colonias inglesas en Norteamérica extendiéndose a varios países de Europa y terminando con la Revolución Francesa en 1789; hechos que al declararse la independencia de los Estados Unidos influyeron en las ideas de autonomía y libertad que ayudaron a formar movimientos de emancipación como el Ejército patriota de este país—unida con la Legión Británica conformada por 5.000 soldados ingleses—entre 1810 y 1819, en que se empezó a gestar una nueva República, La Gran Colombia, un ejemplo para todo el continente americano.

Aunque para Enero de 1821, se redactaría la Constitución de La Gran Colombia y se anexarían los países independentistas en una sola república, Nueva Granada, la Capitanía General de Venezuela y la Presidencia de Quito cuyos ideólogos fueron Simón Bolívar, Francisco Miranda y Francisco Antonio Zea, plan consignado en la Carta de Jamaica y decretado en el nuevo Congreso para enero de 1821 en la Constitución de la Gran Colombia en la Villa del Rosario de Cúcuta, para impedir intentos de reconquista española y protegerse de países poderosos cuya burguesía naciente requería afianzarse. Pero el legado socio-

económico, político y eclesiástico se prolongaría y afianzaría nuevamente hasta la mitad del siglo XIX y La Gran Colombia decaería en su proceso independentista y sería dominado además en casi todos los aspectos por los nuevos imperios como Francia y Gran Bretaña, éste último reconociendo la independencia de Colombia para 1825 e invirtiendo capitales y venta de productos industriales a cambio de recursos y materias primas y que por ser escasos llevaron a un endeudamiento con los británicos entre 1819 y 1824.

Colombia y su situación política entre 1830 y 1845 fue precaria, ya que en materia económica por ejemplo se oscilaba entre un liberalismo económico y un proteccionismo ante todo administrativo, cuyas industrias—ante todo pequeñas—de hierro, vidrio, loza, textiles fracasaron, siendo necesaria la penetración de capital extranjero en su mayoría de Gran Bretaña y que a la postre impondría un liberalismo económico para Colombia hacia la primera mitad del siglo XIX transformando al país de una economía colonial a una capitalista y dependiente, intensificándose la explotación también a raíz de la aparición de las máquinas y el liberalismo manchesteriano dando origen al proletariado, en que los nuevos propietarios no tomaban parte del proceso de producción ni tenían relación con trabajadores quienes no tenían un salario estable y la vez mínimo, seguridad social y se encontraban sumidos en la extrema pobreza, una nación deteriorada internamente pero próspera para los capitalistas extranjeros, gobierno y élite. Paradojas planteadas por algunos escritores colombianos como el banquero y político Miguel Samper quien afirmó que Colombia por su población era la primera en América, pero por su explotación para enriquecer ante todo a ciertas potencias internacionales y a su élite, la pobreza y la demanda cada vez más intensa de mano de obra barata, era la última (Samper, 1969).

Estos intereses para consolidar un Estado liberal bajo la consigna manchesteriana, supuso el triunfo de los librecambistas nacionales y extranjeros y demás propietarios absolutos en que se formó la Constitución de Rionegro dando origen al periodo radical de Los Estados Unidos de Colombia (1863-1886), que además mediante la ley 40 de 1864 expedida por el Congreso para las construcciones viales y de comunicación y mejoramiento, se comenzarían los primeros traspasos de tierras a compañías extranjeras y la iniciación de obra del Canal de Panamá, una labor que empezó en 1878 y fracasaría en 1885, cuyo presidente de turno era Aquileo Parra (1876-1878).

Se pasaría posteriormente al periodo de la Regeneración, que según el liberal Rafael Núñez para su reelección de 1884-1886 (antes para los años de 1880-1882 con el apoyo de conservadores y un sector del liberalismo), supondría un centralismo y un equilibrio entre el poder político y las libertades individuales y con su consigna de Libertad y Orden formulaba la alternancia entre los partidos políticos conservadores y liberales mediante una racionalización de los recursos pero que daría grandes privilegios ante todo al poder ejecutivo, pues la política de la Regeneración reorganizó los aparatos de control administrativo e ideológicos del Estado para entregarlos a la Iglesia Católica para reprimir a su población. Para estas últimas décadas del siglo XIX, el país vivió la Guerra de los Mil Días desde 1899 hasta 1903 donde intervinieron los Estados Unidos que según estudios se dio a causa del monopolio de los conservadores en el poder y en la tierra, el conflicto entre partidos para mantenerse e independizarse el Estado del Clero y la separación de Panamá. A su vez se vio un florecimiento de la arquitectura, el arte, la literatura, la música y se dieron los inicios de la fotografía.

Para el siglo XX, la época industrial gestada desde el siglo anterior se desarrolló

dando nacimiento a la aviación y un aumento de las vías férreas y los procesos económicos aunados con las crisis internacionales, que consistió en una aceleración de las exportaciones e importaciones especialmente de productos mineros y de consumo, formándose un sistema capitalista que dependió de las grandes potencias extranjeras y respaldadas por el gobierno, neoliberales y conservadores, grandes comerciantes, banqueros y élite que incluso tenían acciones en otros países e incluso firmaban grandes contratos con otras empresas como la petrolera norteamericana Tropical Oil Company cuyas acciones y concesiones se hicieron a la par con los pagos de la indemnización por Panamá, donde los prestamistas americanos se vieron a la tarea de abrir más créditos e ilimitados tanto a particulares como a las distintas entidades del gobierno y para mejorar obras públicas.

Todo esto, en aras del dominio conservador desde su poder en 1880 hasta 1930 que en plena expansión económica suscitó transformaciones políticas y sociales como la difusión y establecimiento de redes de comunicación y servicios públicos, pero a su vez problemas como la demanda de mano de obra, conflictos sociales como las huelgas proletarias, la migración hacia las ciudades de la década de los años 40 debido al conflicto bipartidista denominado La Violencia que se podrían dividir en tres etapas: la violencia oficial de carácter conservador entre los años 1946 y 1953; la violencia militar de tendencia conservadora entre 1953 y 1958 y la violencia frentenacionalista entre los partidos Conservador y Liberal desde 1958 y que dejaría según datos oficiales en Colombia un número aproximado de 300.000 muertos, centenares de heridos, la mayoría clase campesina entre mujeres y niños cuya población ocupaba un 85% a comienzos de siglo de cuatro millones de habitantes existentes y donde en materia socio-económica no existían estratos medios fuertes sino una minoría propietaria y élite quienes poseían a su vez el poder político.

Para frenar la ola de violencia, en la década siguiente se dio la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) para desarmar a los movimientos guerrilleros con ideas marxistas y “pacificar” así al país, pero que al desatarse un autoritarismo y despotismo militar se crearía el Frente Nacional en una reunión que se celebró el 24 de julio de 1956 en Benidorm y un año después en Sitges (España) entre el líder del partido liberal Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo aprobándose mediante plebiscito nacional y firmado el 1° de diciembre de 1957, en que votaron 4.169.294 personas y donde por primera vez en Colombia se daría el derecho al voto a la mujer con 1.835.255 concurrentes entre una población aproximada de 14'329.355 habitantes.

Esta coalición otorgó la alternancia a la presidencia de la república por un periodo de 16 años otra vez el poder a los partidos tradicionales y a la vez dominantes, Conservador y Liberal, que duraría hasta 1974 con los gobiernos de Alberto Lleras Camargo, liberal, (1958- 1962), Guillermo León Valencia, conservador (1962-1966), Carlos Lleras Restrepo, liberal, (1966-1970) y Misael Pastrana, conservador (1970-1974). Tipo de progreso, desarrollo político, económico, social y hasta cultural que han sido legados y una de las raíces de los males en Colombia y los conflictos sociales.

Esto demuestra, con la explotación y muerte de la población aborígen, negra y mestiza en la época colonial, posteriormente a las clases más pobres, campesinas y al proletariado en la época capitalista, un legado occidental de falso progreso que siguió consolidándose en este país por las demandas requeridas por multinacionales y demás sistemas imperialistas asentados en este continente que a la postre en Colombia se hizo con anuencia entre grandes empresas extranjeras y élite, gobierno, banqueros, oligarquía, etc., que inyectaron capital, industria, tecnología entre otros bienes para no solo forjar y mantener un

control económico, sino también político y jurídico que detentaba por la adecuación de obras como el transporte fluvial y marítimo, algunas vías de acceso terrestre, comunicaciones, carreteras, puertos, etc., para consolidar la exportación e importación de productos que provenían de los distintos territorios. Un tipo de degeneración humana que representa la condición real tanto de los primeros colonos españoles como de los gobernantes y parte de su pueblo de la época capitalista, puesto que dichos gobernantes manejados a su vez por esta élite que se habían consolidado porque ha estado dominada desde épocas pasadas por los Estados Unidos en primer lugar y por otras grandes empresas extranjeras, han vendido y ofrecido estos territorios y mano de obra a los grandes capitalistas extranjeros por décadas para su explotación indiscriminada, un país donde ha reinado tanto el afán de lucro como el fanatismo de clase, político, religioso y de muerte subvalorando la Nación y a su misma población en defensa de intereses ajenos para también lucrarse a costa del capital y beneficios ante todo internacionales, siendo este el tipo de formación económica, política, jurídica y social que se ha creado en Colombia y que se plasman en *La Casa grande*.

La United Fruit Company: sus acciones en Colombia

A finales del siglo XIX, había desaparecido el control inglés sobre los territorios latinoamericanos mientras que Estados Unidos, como se mencionó, en su afán capitalista incursionó en nuevos continentes como Asia, África y América Latina, siendo este último el predilecto para invertir capital para la producción de materias primas, controlando el 64% del comercio de Guatemala, el 39,4 % para México, el 26,8% del brasileño, el 41,6% del de Venezuela y el 36,6% de Colombia. Por ende, grandes empresas multinacionales estadounidenses se arriesgaron en estos territorios y tuvieron su auge y control debido en su mayor parte por pactos económicos que se hicieron entre extranjeros y gobernantes de estos países quienes a su vez crearon políticas legislativas, territoriales y judiciales entre otras para satisfacer los intereses de estas empresas que oprimieron y se posesionaron en Latinoamérica. Y es para esta época en que esta deformación económica y social, a su vez jurídica y religiosa, estructuraron la era moderna en Colombia permitiendo que la industria colombiana creciera un 5,8% entre 1925 y 1928 con una tasa superior al 4,9% para dicho periodo y para este lapso de tiempo, siendo más precisos entre 1914 y 1930, que la situación política interna era muy inestable donde los derechos económicos de conservadores y liberales moldearon incluso el sistema electoral que favorecía claramente a conservadores aunque gran número de comerciantes, grandes propietarios y productores de café eran liberales, controlando así el poder político y económico a la vez tomando otros privilegios como participación en el parlamento, jefatura y mantenimiento de una prensa diaria, parte del control del ejecutivo, etc., en que el proteccionismo industrial mantendría las tarifas aduaneras de años anteriores incrementando el libre cambio hechas por ministros y burguesía.

A inicios del siglo XX, empresas multinacionales estadounidenses como la Ford, Standard Oil y la United Fruit Company se consolidaron en la región latinoamericana y del Caribe insular para producir y explotar los recursos naturales para mantenerse en el mercado mundial. Asimismo, dentro del proceso de las dinámicas implantadas por las corporaciones multinacionales durante buena parte de este siglo, estas y otras empresas más pequeñas legitimaron un modelo hacia sus empleados denominado bienestar corporativo. La United Fruit Company, transnacional que nació en 1899 entre el consorcio Andrew Preston, Minor Cooper Keith y el capitán Lorenzo Dow Baker— transformándose en 1969 en Chiquita Brands International y que según investigaciones judiciales entre los años 1997 a 2004 esta multinacional financió a los Autodefensas de Colombia con más de 1.7 millones de dólares y que el lunes 10 de junio del 2024, un jurado de Estados Unidos encontró a la multinacional bananera Chiquita Brands culpable de financiar a las Autodefensas Unidas de Colombia ordenándose una indemnización para sus víctimas y familiares de personas desaparecidas por el paramilitarismo colaborador de esta multinacional—, fue una de esas empresas que adecuó la política colombiana para la explotación en masa principalmente dedicada a la producción y exportación del banano y en menor medida del cacao, caña de azúcar, coco, abacá, palma africana, cítricos y viajes recreativos para el público estadounidense.

Para la década de 1920 en Colombia esta deformación política, económica y social se dio por el auge del capitalismo extranjero que encauzó la vida de muchos colombianos en que las exportaciones aumentaron al igual que el auge cafetero, que como en 1910 y entre 1924 y 1928, se dieron los términos de intercambio y aumento de inversión extranjera para la producción de otros productos como el petróleo y el banano. La United Fruit Company al llegar a Colombia fue consolidando una monopolización de las tierras y sus recursos para la

producción y exportación de banano. La Zona Bananera del Magdalena se encuentra ubicada entre la Sierra nevada de Santa Marta y Ciénaga grande, en que hacia las últimas dos décadas del siglo XIX predominaba un control de la clase terrateniente y cuyos ingresos primarios de estos entes provenían de la usurpación de bienes terrenales y la extracción del cultivo de productos como cacao y algodón para el mercado destinado a las urbes de Santa Marta y Barranquilla principalmente, a pesar que las tierras que no estaban ocupadas por haciendas y uso público eran consideradas baldías.

Para 1928 La United Fruit Company poseía en Hispanoamérica aproximadamente 1'409.733 hectáreas de tierra de las cuales solo cultivaba un 20% y tenía en su poder 2.500 kilómetros de vías férreas, contratos para alquiler de otras líneas más locomotoras, líneas telegráficas y telefónicas, contando además con 90 barcos y 102 almacenes en los que vendía comida y artículos. Para Colombia, la compañía fue dueña de 59.500 hectáreas de tierra de la zona bananera del Magdalena, aproximadamente 50% de la tierra de esta región, más las extensiones hipotecadas a la compañía, el ferrocarril de Santa Marta, los muelles bananeros del puerto y toda la flota de barcos que transportaban banano, control que se ejerció también en Aracataca.

Para este mismo año, la United Fruit Company contaba con 25.000 trabajadores y Para este mismo año, la United Fruit Company contaba con 25.000 trabajadores y controlaba las fincas grandes y medianas de la región ya que sus dueños dependían de la compañía para su comercialización, pues desde un comienzo supo que para tener éxito en otras tierras de otros países suramericanos y debido a la corrupción estatal, debía monopolizar también tres elementos: el transporte, la irrigación y el crédito.

Por ende, la compañía al requerir la irrigación y la adecuación de tierras para su

producción empezó a apoderarse de estas y a aprovecharse de los recursos y las cuencas hídricas de forma ilegal lo que estimuló un alza en los precios de las tierras bananeras que para 1925 alcanzaría un precio de venta entre 400 y 500 pesos por hectárea provocando a su vez un daño de estos recursos para acondicionarlos y deteriorando la calidad de vida de los habitantes donde la compañía tenía sus bienes, hechos que ocurrieron no solo en Colombia. Algo que se hizo con concesiones con los entes estatales a causa de la ineficacia y corrupción gubernamental y de las autoridades colombianas suscitando reclamos ante los gobiernos nacional y departamental de parte la población que reiteraba la salida de esta y otras multinacionales del país por esta y otras razones, rechazo que se materializó con las huelgas de principios del siglo XX y que terminaría en la matanza de 1928.

La Masacre de las bananeras tiene un influjo tanto ideológico como de carácter político de la Revolución bolchevique de Rusia de 1918, pues al concluir la Primera Guerra Mundial y consolidarse la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como primera república socialista en el mundo, se materializaron las corrientes ideológicas comunistas que buscaron el amparo de una clase explotada desde hacía décadas, el proletariado. Hacia 1915, el gobierno colombiano promulgaría leyes para regularizar las condiciones laborales pero la United Fruit Company renunció a garantizar la situación de sus trabajadores en las plantaciones porque manifestaron que estos no tenían contratos directos con esta compañía ni eran empleados suyos; para 1928 el liberalismo que pese a ser una minoría en el Congreso, defendería los intereses de las masas: clases obreras, campesinos, algunos intelectuales, estudiantes de clase media, entre otros sectores que buscaban la igualdad ante todo económica y reformas que permitiesen derrumbar la explotación del hombre por el hombre, vieron en un primer instante al Partido Liberal su salvación.

Por su parte, el sector Conservador—cuyos jefes de la Iglesia eran sus verdaderos jefes—conformado por grandes terratenientes, comerciantes, banqueros, élite colombiana, quienes eran manejados por varios consorcios extranjeros y que a su vez tenían acciones en estas y otras multinacionales, formaron uno de los grupos más fuertes y despóticos en toda la historia de Colombia y tuvieron que adoptar medidas desesperadas para controlar a “los liberales comunistas”, proclamando la Ley 69 para disminuir las acciones políticas de las masas. Dicha ley apodada “Ley heroica”, trazada por el jurista, político y diplomático Antonio José Uribe (1869-1942), fue acogida por la jerarquía Católica para que los “comunistas” no atacasen la propiedad privada y a su vez para que los colombianos no desconociesen la legitimidad del Estado, se erradicara la lucha de clases y el derecho común del actuar de los sindicatos obreros y las huelgas, cuya ley fue sancionada por el presidente de la época Miguel Abadía Méndez (1926- 1930) ligado con los intereses de la United Fruit Company también denominada Compañía Frutera de Sevilla, “El Pulpo” o “Mamita Yunai”. La hegemonía de la prensa colombiana liderada por el *El Tiempo* dirigido por Eduardo Santos no se hizo esperar y declaró en mayo que “deploraba que se hubiesen tolerado las constantes agitaciones socialistas y los sermones sobre la eliminación de la burguesía y los capitalistas” (*El Tiempo* 1 de mayo de 1928).

Así, la compañía estadounidense amparada por la ley 69 del 30 de octubre de 1928 rechazó las peticiones de estos “subversivos” como la abolición del sistema de contratistas, aumento salarial—los obreros ganaban menos de 100 pesos mensuales—, reparación por accidentes de trabajo, habitaciones higiénicas, pago semanal, abolición del sistema de contratistas, un mejor servicio hospitalario y descanso dominical. Para el día 6 de octubre se reuniría una asamblea de delegados obreros de la zona bananera que conformarían la Unión

Sindical de Trabajadores del Magdalena –USTM–. Aproximadamente 25.000 trabajadores con el sindicato obrero de las bananeras dirigido por Raúl Eduardo Mahecha ante esta negativa se declararon en paro para el día 12 de noviembre y terminándose como sublevación en la madrugada del 6 de diciembre cuando los directivos de la United, quienes por medio de influencias con las élites departamentales y locales, derogaron al gobierno y al Ministro de Defensa Ignacio Rengifo a desplegar un contingente de unos 300 soldados al mando del general Carlos Cortés Vargas (1883-1954) para proteger tanto las propiedades bananeras como las vidas de los directivos de dicha compañía y sus familias.

Documentos y testimonios presentan como fue la llegada de los soldados a Ciénaga. Según informes desde el día 12 de noviembre cuando estalló la huelga general Thomas Bradshaw, gerente de la United Fruit Company, envió un telegrama urgente al presidente Miguel Abadía Méndez declarando lo siguiente:

Como movimiento está muy lejos de ser huelga ordenada, pacificada, ajustada a las leyes, disposiciones que promotores han abstenido observar, indudablemente al gobierno le compete intervenir oportuna y enérgicamente, refrenar asonadas cuyo alcance y consecuencias desastrosas en general es imposible prever. (Castrillón, 1929)

A raíz de esto el gobierno de los Estados Unidos amenazó al gobierno de Miguel Abadía Méndez que si este no era capaz de proteger los intereses de la United Fruit Company y su inminente muerte de empresarios estadounidenses y sus familiares, se verían obligados a mandar su cuerpo Marines. Para noviembre 28 de 1928 más de 25.000 trabajadores de la zona bananera de Ciénaga entraron a una huelga masiva, por lo que el general Carlos Cortés Vargas por orden del ministro de Guerra Ignacio Rengifo Borrero se establecieron cuarteles en Santa Marta y dirigió sus tropas a Ciénaga, Aracataca, Orihueca, El Retén y Fundación, donde tomarían el control del ferrocarril de Santa Marta. La Oficina General del Trabajo entre

los días 3 y 4 de diciembre antes las negativas y persecuciones decidió no romper con las huelgas desencadenando paros masivos de trabajadores y obreros en general de la Zona. En uno de los apartes de la obra se muestra cómo fue la llegada de los soldados a Ciénaga:

Carmen siguió contando que la estación estaba llena de soldados: (llena de cachacos que habían llegado de Barranquilla en la madrugada y que iban para La Zona a defender los intereses de la Compañía y aunque estaban bien armados y muchos de los que habían sido cachacos decían que las balas eran balas dum-dum, de las que atraviesan un riel, los trabajadores que habían ido a verlos a la estación decían que no pasaría nada porque los huelguistas estaban esperándolos en Sevilla para presentarle al General el pliego de peticiones, porque el Gobierno los había mandado para que la Compañía no siguiera abusando de los jornaleros, y la verdadera que los soldados se parecían mucho en el modo de hablar a la mayoría de los cortadores que la Compañía había traído para el primer corte en La Gabriela, después de que tendieron los ramales y los vagones cargaban al lado mismo de las matas, y decían que los cortadores hasta tenían conocidos entre los soldados porque también eran cachacos, pero había una cosa y era que habían quitado las mesas de fritos de la estación y habían cerrado las cantinas del otro lado de la línea, y decían que había orden de no volverlas a abrir hasta cuando se fueran los soldados, pero esta orden no sabían si la había dado el Alcalde o el General, porque el General no había llegado todavía aunque fue el primero que desembarcó, pero ya lo estaba esperando un motor y había salido inmediatamente para la Gerencia a hablar con los gringos...(Cepeda, 2015, p. 143)

The New York Times señaló para comienzos de diciembre que había un aproximado de 1.200 soldados escoltando la Zona y que venían en camino otros tantos⁵. En un informe posterior el mismo periódico reportó que nueve batallones estarían funcionando en la zona bananera⁶. *El Tiempo* por su parte publicó en diciembre 6 que se trasladarían a Ciénaga un número de 250 soldados desde Bucaramanga, Flandes y Medellín⁷.

Mientras se declaraba por medio de telegramas sobre una restauración del orden público mediante el envío de marines y barcos de guerra norteamericanos, el general Cortés Vargas quien tenía fe en la soberanía colombiana consideró que su deber era frenar las huelgas y los actos violentos por medio de la ley antes que soldados extranjeros llegaran a este territorio.

Según documentos oficiales, desde el mediodía del 5 de diciembre, entre hombres, mujeres y niños llegarían a Ciénaga para esperar al nuevo gobernador y delegado por los conservadores José M. Núñez Roca, quienes recibirían la noticia a las cinco y treinta de la tarde que este no llegaría para hablar con los huelguistas. Poco después llegaron a la estación varios vagones cargados de banano cortado por los esquirols y algunos hombres, mujeres y niños se acostaron sobre los rieles para detener este envío. Cortés Vargas describió este acontecimiento en un telegrama enviado el 5 de diciembre:

La organización de los huelguistas es sorprendente. Preséntanse de improviso en masas enormes y aunque armados de machetes ni huyen ni atacan, pero rodean tropas con la esperanza de que los oficiales simpaticen con ellos. (*El Espectador*, diciembre 10 de 1928)

5. *New York Times*, diciembre 8 de 1928.

6. *New York Times*, diciembre 10 de 1928.

7. *El Tiempo*, diciembre 6 de 1928.

Agregando luego: “Toda la ciudad era patrullada por grupos amotinados que infunden el terror entre los habitantes. La ciudad estaba prácticamente en manos de un soviét irresponsable.” Hacia las once de la noche del 5 de diciembre las autoridades se percataron de este asunto y se decretaría el acta legislativa número 1 de 1928 declarando la ley marcial para la provincia de Santa Marta en que se nombraba jefe civil y militar al general Carlos Cortés, arribando a la una y treinta de la mañana a la Zona un destacamento militar la mayoría de Antioquia, para replegar a los subordinados quienes se encontraban en las estaciones aguardando a que llegaran más personas para a la mañana siguiente marchar hacia Santa Marta. *La Casa grande* reconstruye en forma testimonial este suceso:

Y cuando los grupos se juntaron en la estación, y ya eran una muchedumbre, se subieron a los vagones, a la locomotora. Y cuando ya no había sitio en los vagones se subieron a los techos de los vagones y al techo de la locomotora. Ocuparon el tren, llenándolo con sus vestidos limpios, sus sombreros cortos de paja amarillosa y sus machetes quietos dentro de las vainas manoseadas. Cubrieron el tren, apretujándose en los carros abiertos y sobre los techos de los vagones cerrados, colgándose de las escalerillas de los freneros y de los estribos de la locomotora. Y se quedaron sobre el tren, en silencio, con determinación y en paz. (Cepeda, 2015, p.133).

Posteriormente para la madrugada del 6 de diciembre se dio la orden de disparar contra los manifestantes quienes fueron tachados de “bolcheviques” y “manipulados” por “agitadores comunistas”, matando también a mujeres y niños cuya justificación del general Cortés fue que los huelguistas habían puesto como protección a las mujeres y a sus hijos pues así estos no se atreverían a dispararles. Los obreros que salieron ilesos se apoderaron luego de los cuarteles de Ciénaga para asesinar a los soldados y desatando otras acciones violentas como incendios a comisariatos e incautación de armamento militar. En este contexto comienza *La Casa grande*:

—Viste que nadie se asomó cuando pasamos. Ni siquiera los pelaos.

—Es que ya saben para qué estamos aquí: ya nos tienen rabia.

—Por qué nos van a tener rabia: no es culpa de uno.

—Quién sabe.

—Es culpa de los huelguistas.

—De los huelguistas no: de la Compañía.

—Bueno, pero de nosotros no es.

—Quién sabe.

—¿Viste la casa de al lado? Es grande, da hasta la otra calle; por ahí nos podemos volar esta noche. Y está toda cerrada; ¿tú crees que hay gente?

—Sí hay.

—No importa: el patio da con el patio del cuartel y la paredilla es bajita; por ahí nos podemos volar.

—Yo no, no tengo ganas.

—Yo sí, yo me vuelo esta noche. (Cepeda, 2015, p.126)

Como se advierte en el primer capítulo, la técnica polifónica de los soldados, la voz autorial militar y la descripción de los lugares concuerdan con los hechos oficiales plasmando cómo fue la llegada de los soldados a la Zona, la confrontación con los huelguistas terminando con los asesinatos acaecidos en la Plaza del ferrocarril en Ciénaga.

En *La casa grande*, los diálogos que refieren a los poderes emparentados con La Compañía demuestran los defectos de inteligencia de los soldados en primer lugar y la motivadora del odio hacia el poder representado en un cabecilla, El Padre:

La Muchacha: Le tienen miedo, pero ahora lo odian

más. El Padre: Siempre me han odiado.

La Muchacha: Siempre odian a los que tienen plata.

El Padre: No, no es por la plata: siempre odian a los mejores que ellos. Yo soy mejor. La Muchacha: No es por la plata, a usted no lo odian por la plata: es por lo de la huelga. El Padre: ¿La huelga?

La Muchacha: Mataron muchos en la estación: los soldados dispararon desde los vagones: no se bajaron: el tren paró y los soldados dispararon sobre los que estaban en la estación y el tren arrancó después: los soldados no se bajaron pero mataron un montón.

El Padre: Bien hecho. (Cepeda, 2015, p.166)

Jorge Eliécer Gaitán haría una denuncia contra el gobierno conservador que promovió la matanza:

Aparece bien claro que los obreros sí quisieron transigir y fue la compañía la que negóse. La compañía quería seguir explotando a los obreros, a quienes tiene en la miseria. No quería entrar en transacciones y por eso pedía el estado de sitio, lo mismo que el señor Cortés Vargas, para solucionar por la bala un problema económico y defender su miserable codicia. Naturalmente no hay que pensar que el gobierno ejerció ninguna presión para que se reconociera la justicia de los obreros. Estos eran colombianos y la compañía era americana, y dolorosamente lo sabemos: que en este país el gobierno tiene para los colombianos la metralleta homicida y una temblorosa rodilla en tierra ante el oro americano. (Gaitán, 1988, p.111)

Después de la masacre del 6 de diciembre en Ciénaga por orden del general de la provincia Carlos Cortés Vargas se dispersó a los sobrevivientes a punta de bala, este crimen dejó un saldo inicial de trece muertos y diecinueve heridos quienes fallecerían luego en el hospital hacia las ocho de la mañana. Posteriormente se contabilizaron unas 1.000 muertes y un sinnúmero de heridos debido a los enfrentamientos y persecuciones en Ciénaga y en regiones vecinas con la fuerza pública según el informe del cónsul Jefferson Caffery al secretario de Estado norteamericano quien calificó a los huelguistas como “cuadrilla de malhechores”, en

una matanza y persecuciones que continuarían por un lapso de 120 días en que las tropas del gobierno arrasaron, saquearon e incendiaron todo lo que hallaron. Los trenes de la United Fruit Company además cargaban los cadáveres de los rebeldes y los echaban al mar.

Una masacre que se desató por la explotación desmedida de la United Fruit con la autorización del Estado colombiano y las fuerzas militares constatando la descomposición característica de esta élite y sus gobernantes que han antepuesto sus intereses económicos que proteger a la población cada vez más oprimida y pobre y que desde el 12 de noviembre trabajadores y obreros de la Zona y aledaños quienes habían parado operaciones para reivindicar sus derechos, no les quedó otra salida que responder de forma violenta presentándose incendios a comisariatos y viviendas, asaltos a trenes militares y muertes de soldados y a algunos empleados de la compañía. Una insurrección como respuesta a esta opresión en la que el Estado se dedicó con el gobierno estadounidense a proteger los intereses de estos últimos y a perseguir al pueblo proletario siendo uno de los crímenes de lesa humanidad perpetrados en Colombia y que aún no se han podido esclarecer en su totalidad.

Por último, considero importante destacar el testimonio del propio Cortés Vargas quien revela más que alevosía el grado de ignorancia de estas autoridades y verdaderas intenciones y desidia del gobierno por regirse y hacer cumplir leyes ajenas a este país, demostrando además la forma en que se actuó contra una población indefensa y pacífica donde había mujeres y niños, en una huelga donde se pedía a gritos que se valoraran sus derechos laborales pero ante todo humanos:

La columna desembocó por la calle más cercana a la Estación del ferrocarril; era la una y media de la madrugada del día seis de diciembre, los amotinados al percibir la presencia de las tropas intensificaron sus gritos, la columna se formó en línea y se ordenó resguardar algunas bocacalles para tener cubierta nuestra espalda; los tambores tocaron bando por más

de cinco minutos; luego el señor Capitán don Julio Garavito, con vibrante voz, leyó el Decreto Ejecutivo de declaratoria del estado de sitio y luego el Decreto número 1 de la Jefatura civil y militar; a renglón seguido, advirtió a los amotinados que debían retirarse a sus hogares antes de tener que proceder por la fuerza. Esas palabras fueron contestadas con grandes gritos en que llamaban a los soldados a confraternizar con ellos; dimos orden de que se diera un toque de atención con la corneta; el capitán les advirtió en alta voz: “tienen cinco minutos para retirarse”; nuevos gritos e insultos a los oficiales; pasados los cinco minutos se dio un toque corto; “un minuto más y se romperá el fuego”, gritó el capitán; al minuto otro nuevo toque; nadie se movió de supuesto, un nuevo toque, hacían mofa de las prevenciones; en el transcurso de ese último minuto gritamos nosotros mismos: “¡señores, retírense, se va a hacer fuego!”. “Le regalamos el minuto que falta”, gritó una voz de entre el tumulto. Habíamos cumplido con el Código Penal. El último toque rasga los aires, la multitud parecía clavada en el suelo. Era menester cumplir la ley, y se cumplió, ¡¡Fuego!!, gritamos. Una voz dentro de la multitud grito al mismo tiempo: “¡¡Tenderse!!” (Cortés, 1979)

En *La Casa grande* se ilustra el acontecimiento de este genocidio recreado sin formalidades y desde una narrativa distinta de la literatura de la Violencia para representar temáticas, escenarios, personajes, causas y efectos de la degradación humana y socio-política, demostrando a su vez un ejercicio documental y de elaboración literaria fuera de los cimientos de la literatura anterior y de la narrativa politizada por los medios de la época, bajo la óptica ficticia de personalidades, experiencias y perspectivas que permiten articular lo testimonial con la forma de hacer memoria al representar las actitudes, intelecto, valores, ideologías y cultura que nos lleva a ahondar en las realidades sociales desde una psicología degradada de sus personajes, en que se demuestran como en los distintos diálogos de la obra la falta y deformación intelectual, alienación y ansia de poder de unos y la opresión y miseria de los

“Otros”; donde unos soldados por ejemplo, devotos para la nación pero ignorantes y alienados en la realidad y en la obra, ahora veían a la población civil no como sus iguales o para protegerlos, sino peor aún, como mierda:

Estaban sentados sobre el techo del vagón. Yo me acerqué. Uno bajó los brazos. No sé si iba a saltar. Cuando alcé el fusil, el cañón casi le tocaba la barriga. No sé si iba a saltar pero yo lo vi bajar los brazos. Con el cañón casi tocándole la barriga disparé. Quedó colgando en el aire como una cometa. Enganchado en la punta de mi fusil. Se cayó de pronto. Oí el disparo. Se desenganchó de la punta del fusil y me cayó sobre la cara, sobre los hombros, sobre mis botas. Y entonces comenzó el olor. Olía a mierda. Y el olor me ha cubierto como una manta gruesa y pegajosa. He oído el cañón de mi fusil, me he oído las mangas y el pecho de la camisa, me he oído los pantalones y las botas: y no es sangre: no estoy cubierto de sangre sino de mierda. (Cepeda, 2015, p. 134)

La familia y el poder patriarcal en *La Casa grande*. Una metáfora del Estado colombiano

*La Casa grande*⁸ comienza en su capítulo primero con la llegada de unos doscientos soldados para acabar con una huelga en Ciénaga, Magdalena, pero la trama no posee un orden lógico de los acontecimientos sino que en la obra de manera pragmática se introducen los acontecimientos de forma independiente en el que cada capítulo es una historia distinta en que se exponen distintos discursos y donde se expresan las ideologías y las marcas textuales de cada individuo y su consciencia de clase. La novela trata sobre una familia de un pueblo

8. *La Casa grande* se divide en su orden en estos diez capítulos: Los soldados - La Hermana - El Padre - El pueblo - El Decreto - Jueves - Viernes - Sábado - El Hermano - Los hijos.

localizado en la costa colombiana en una casa que colinda con un cuartel militar, compuesta por el padre, la madre, tres hijas y un hijo, donde el primero representa al poder patriarcal cuyo legado y poderío se imponen tanto a los demás miembros de la Casa Grande como a los habitantes del pueblo de Ciénaga que incluso le temen. Además el Padre ha creado unas relaciones de consanguinidad mediante el incesto para perpetuar su poder, por el que desecha a su esposa después del nacimiento de los hijos y escoge a su hija mayor como figura de autoridad después de él para representar el poderío dentro y fuera de esta casa, donde el autoritarismo excesivo de parte del padre crea un ambiente de odio y tristeza:

El Padre: Siempre me han odiado.

La Muchacha: Siempre odian a los que tienen plata.

El Padre: No, no es por la plata: siempre odian a los mejores que ellos. Yo soy

mejor. La Muchacha: No es por la plata, a usted no lo odian por la plata: es por lo de

la huelga. El Padre: ¿La huelga?

La Muchacha: Mataron muchos en la estación: los soldados dispararon desde los vagones: no se

bajaron: el tren paró y los soldados dispararon sobre los que estaban en la estación y el tren

arrancó después: los soldados no se bajaron pero mataron un montón. El Padre: Bien hecho.

(Cepeda, 2015, p.165)

Estas formas de autoridad representan una relación entre el poder estatal y el familiar, los cuales poseen como características distintivas la violencia para mantener la soberanía económica y el control sobre una población, la idea de perpetuar su linaje por medio del cruce entre su misma clase social y la permisividad frente a actos injustos y amorales para su beneficio tanto en el ámbito exterior como dentro de su clase social y familiar. La historia gira alrededor a esta familia, cuyo poderío ejercido por el Padre, actos injustos, formas de control económico, corrupción, ideologías materialistas, crueldad, perpetuación de una estirpe, etc., se

asemejan a la forma en que el Estado colombiano se ha estructurado y ejercido su poder político y económico. El Padre tiene un gran poder sobre los habitantes de La Zona y su familia; el hijo, denominado el Hermano en la obra y quien representaría a la clase joven intelectual y ávida de justicia, es enviado a Bruselas cuando este cumple doce años para realizar sus estudios, “El Hermano no decidió nada como no decidiremos nosotros; cuando volvió de Bruselas y se unió a los huelguistas lo hizo por odio al Padre no por convencimiento” (Cepeda, 2015, p.252). Este viaje del Hermano a este país representa la vida lujosa y una actividad propia de las familias más prestantes de Ciénaga ya que estas por provenir de una ascendencia italiana, judía sefardí, de curazao, siria, palestina y libanesa al arribar a lugares como el Caribe colombiano, abrieron pequeños comercios de los cuales muchos al obtener cada vez más poder económico invirtieron en tierras. Hacia 1915, los más ricos de Ciénaga tenían la oportunidad de viajar y a la vez establecerse en países como Bélgica.

Transcurren a partir de su regreso dieciocho años, lapso en que el Padre se ha enriquecido explotando y subyugando al pueblo obteniendo capital también por su colaboración con la compañía bananera estadounidense United Fruit Company lo que le daría más poder y control que lo llevaría a enfrentar un juicio por abusos a cuatro obreros. Estas tres instituciones del poder, a saber, el Estado colombiano, las entidades extranjeras en este caso la United Fruit y el poder terrateniente representado por el Padre y su familia, son las que han configurado la economía, la política y la autoridad tanto en la historia real como en *La Casa grande*.

El Padre acompañado por su hija mayor quien tiene que heredar su poder y perpetuar su sangre, debe comparecer ante el alcalde para rendir indagatoria pero este queda absuelto y días

después estos trabajadores aparecen muertos:

No supimos lo que dijo el Padre ni lo que hacías tú allí. Pero al cuarto día ustedes habían vuelto más temprano, oímos decir al Padre: Esos eran los últimos, hemos acabado con ellos. Y luego tú: Y los que quedan, y los hijos de ellos, y los hijos de los hijos, no volverán a intentar una huelga, no se atreverán. Y eso fue todo. Lo del juicio terminó ahí. (Cepeda, 2015, pp.151-152)

Todo esto aludiendo a un tipo de inestabilidad estatal y al favoritismo del que han gozado los poderosos en que los atropellos, las injusticias de todo tipo, la corrupción y sus asesinatos han sido permitidos—una clara alusión al Estado colombiano—, en sí por su riqueza y por su unión con los grandes capitalistas extranjeros que a su vez patrocina y con los que debe simpatizar, donde la hija mayor representaría a las mujeres de clase alta que por su condición deben callar los atropellos cometidos por sus familias, su clase y deben servir como vehículos para procrear y hacer perdurar su progenie. “Que ni siquiera podría llamarse incesto: apenas la propia sangre libertada dentro de un cuerpo que podía ser su mismo cuerpo: que no necesitó mezclarse porque era su misma sangre retornando” (Cepeda, 2015, p. 146).

El pueblo, la clase proletaria dominada e ignorante, siendo la mayoría poblacional en Colombia hacia la década de 1920, sabe que estos jornaleros fueron asesinados por orden del Padre y las viudas se dirigen a la casa donde la hija compra su silencio. El Padre y la hija mayor se unen en una relación incestuosa y para ocultarlo éste obliga a un hombre a que tenga sexo con su hija a quien asesina luego de haber procreado tres hijos: “Porque el Padre al asesinar al hombre que tres años antes había escogido vindicativamente para que le diera un nombre diferente a lo que él creía la deshonra de su hija, no hizo más que cerrar el ciclo del castigo preparado: el doble castigo de la entrega forzada y del arrebatarse súbito; entonces, ¿quién ha derrotado a mi hermana?” (Cepeda, 2015, p. 232).

Por otra parte, la ira del pueblo se acrecienta y van a la huelga debido a los atropellos de la compañía estadounidense. El gobierno central por petición del alcalde envía doscientos soldados hacia Ciénaga para acabar con los obreros amotinados (escena en que comienza la obra) quienes cuentan con el apoyo del hijo del Padre quien había regresado de Bélgica y ha tenido conocimiento de las acciones de su padre también en materia económica. Antes del arribo de los soldados a La Zona que es una significación de la ignorancia de las clases bajas por su simpatía por el poder y su fácil alienación y manipulación y que a su vez representaría otro tipo de degradación, la Hermana segunda confiesa a su familia el secreto del incesto entre el Padre y su hermana mayor quien ha tenido tres hijos con un personaje desconocido y en un ataque de ira el Padre rasga la cara de su segunda hija con una espuela de su bota y se dirige luego donde una de sus amantes y parte del pueblo lo sigue porque quieren asesinarlo en respuesta a la masacre de los obreros bananeros. Unos hombres penetran furtivamente en la casa donde está el Padre matándolo con cavadores, “Cuando lo soltaron ya los otros tenían los cavadores rodeándolo: lo golpearon con los hierros hasta tumbarlo. Cuando llegaron todavía tenía los cavadores clavados en todo el cuerpo” (Cepeda, p.154) y la hija mayor al saber de la muerte de su progenitor manda a traer el cadáver y lo sepultan. Transcurridos nueve días de este crimen, el Hermano por orden de la hermana mayor trae a sus tres hijos para criarlos y perpetuar así el apellido del padre “He regresado a su cuerpo muerto y a sus tres hijos vivos: he regresado a él: he regresado a mí. Estoy nuevamente en el comienzo” (Cepeda, p.229) y es en esa noche cuando los soldados llegan al pueblo quienes pernoctan en el cuartel, donde uno de ellos traspasa la tapia del cuartel y viola a una de las mujeres de la casa.

Posteriormente, el pueblo requiere de los favores del hijo para la cuestión del paro y la huelga. Al día siguiente, los soldados en orden se dirigen a la estación del Ferrocarril de

Ciénaga y encuentran a una multitud airada reunida con tentativa de armar una huelga y acorde a un decreto expedido por orden del gobierno se autoriza disparar contra la gente desencadenando la masacre.

La Casa grande termina con la matanza de los obreros; luego muere la Hermana segunda y en la Casa grande quedan los hijos restantes ilegítimos desligándose del legado paternal y los odios pasados. La historia termina así con una gran metáfora en que los hijos han sacado los ojos a su propia madre, significando que después de tantos años de luchar por el bien todo ha sido en vano pues la violencia también ha dañado a Colombia, nuestra madre, donde además se ha matado a su población ante todo a los más pobres, declarando esto como un tipo de derrota.

Y esta vez el Hermano los trajo. Y te los entregó para que tú los criaras y los hicieras parte de la casa. Y se quedó para ver cómo te sacaban los ojos y te derrotaban. Porque el Hermano sabía que todo intento tuyo para perpetuar al Padre fracasaría. Por eso ahora te está mirando simplemente. No a ellos: a ti. Esperando que aceptes que están derrotados: que el Padre y tú están derrotados definitivamente. (Cepeda, 2015, p.156)

Se observa como la narración en *La Casa grande* estructura toda la historia, pues la técnica polifónica además de insertar otras dinámicas diegéticas como monólogos, decretos, heteroglosias, descripciones de una voz objetiva, permiten mostrar puntos de vista diferentes demostrando una visión de mundo para cada personaje inserto. Al existir diferentes voces de distintas clases sociales se evidencia una consciencia de clase para cada protagonista, así la obra al incluir un procedimiento de inversión de un orden secuencial de los acontecimientos en que algún hecho que se cuenta en el presente solo tiene explicación antes o después en la historia y mediante la técnica de subordinación del hecho histórico de la matanza de 1928, se presentan no solo las posiciones, el intelecto y actos de cada personaje, sino también varias

realidades que no excluye a una sola visión de los hechos y sobre las problemáticas de la época, sea política, ideológica o sobre la concepción que se tenga sobre la violencia, pues es de saber que cuando se publicó *La casa grande* en 1962, la Violencia había arrasado con Colombia y, además de requerir una solución óptima para acabar con este flagelo que tenía sus raíces en los odios bipartidistas que luego encontraría su “salida” con El Frente Nacional, se optó por modernizar una literatura colombiana contestataria que plasmara los horrores de la guerra y los problemas del país sin entrar en los riesgos de criticar estos desde una sola perspectiva e ideología, ya que era peligroso en aquel entonces tener una idea política o adhesión a cierto partido y a su vez criticar tanto a estos partidos, conservadores, liberales, comunistas, al mismo problema de la Violencia, las contradicciones económicas, religiosas y sociales y a las problemáticas reales del país pues como se advirtió, existió un control de las élites tanto en materia política, económica, ideológica y hasta cultural, siendo inaccesible y peligroso aquellos discursos y escritos que criticaran la falsedad y corrupción de estos poderes.

La Casa grande constituye una nueva visión crítica sobre La Violencia y sus raíces siendo la Matanza de las bananeras uno de los hechos que dejó entrever la clara anuencia del gobierno y la oligarquía con los intereses extranjeros y problemas como la pobreza, la ignorancia, la enajenación, la barbarie, el incesto, la injusticia, la degradación y la muerte que han sido propios de esta sociedad y que a su vez han configurado al Estado y sus bases socio-políticas en Colombia.

HISTORIA Y FICCIÓN EN LA CASA GRANDE

Se entiende por novela histórica a aquel escrito que relata uno o varios hechos del pasado en el que se exponen caracteres, ideologías, ambientes y personajes de forma casi fidedigna recreados en un mismo conjunto integrando sucesos reales con los ficticios en el que muchas veces se representan ciertos datos históricos y sucesos trascendentales que la historia no ha plasmado. La importancia de la novela histórica para América Latina ha radicado en presentar ciertos hechos históricos y problemáticas de cada país para denunciar y dar constancia de las contradicciones políticas, económicas, sociales, religiosas y filosóficas para revelar también los orígenes de estos males y sus consecuencias para el continente y el ser humano. Según György Lukács (1955):

De este análisis se desprende claramente la actitud ambigua de los autores clásicos de novelas históricas. Tienen que aplaudir la exterminación de los nobles indígenas americanos, del sencillo, decente y heroico *Leather Stocking* como necesario progreso, pero no pueden dejar de ver y configurar la mediocridad humana de los vencedores. Y éste es el destino ineludible de toda cultura primitiva que entra en contacto con el capitalismo. (p.437)

Develando las incongruencias del pensamiento europeo de esta época por revelar las problemáticas reales en que la preocupación por su estilo narrativo estaba signada y comprometida por las capas altas de la sociedad más que por denunciar estos males precisamente como obstáculo de un verdadero progreso. Hacia finales de las últimas décadas del siglo XX a raíz de la proliferación de los estudios antropológicos, sociológicos, históricos y literarios se promovió un estudio más profundo en estas materias y en el campo histórico se empezó a indagar sobre las cuestiones de veracidad y omisiones de la historiografía oficial. Lukasz Grützmacher (2006) al respecto analiza que:

De modo que el proceso de reescribir la historia no se limita a cuestionar la versión del pasado transmitida por la historiografía y la literatura europeas, sino que quiere reemplazarla con una descripción de la historia de América hecha desde el punto de vista de los perdedores y de los marginados. La nueva imagen de la historia, que pretende sustituir lo falso por lo verdadero, aspira a convertirse en la base de una identidad independiente para los hispanoamericanos. (p.149)

Esta tergiversación de la historia promulgó por una revisión de los documentos oficiales, pues aparte de omitir datos fundamentales también borraba ciertos hechos y resaltaba solo a personajes que pertenecían o habían pertenecido al control hegemónico europeo no registrando sucesos que eran considerados peligrosos para este sistema y personajes marginados o no conocidos, que podrían señalar indicios sobre una historia más profunda y real.

Cuando las nuevas naciones latinoamericanas se desligan de España, surge la necesidad de refutar tanto su legado colonial como su ideología en que los jóvenes románticos sugieren deben romper con los cimientos europeos, pero a pesar de exponer estos pensamientos América Latina no renunció totalmente a las concepciones de Occidente valorándolo como un modelo de construcción para futuro y que a la postre se identificarían incluso con la burguesía europea y es por esta misma época en que las élites en su necesidad de fundar su independencia, las instituciones y justificar su “nacionalidad” a partir del modelo occidental, urge una tarea reevaluar tanto la historia como la literatura, donde la novela histórica jugó un papel fundamental para criticar la historiografía latinoamericana decimonónica que negaba la identidad y la propia objetividad y que se transmitía a su vez como algo legítimo y norma a nivel educativo para consumo; una pseudo-historia escrita para los “grandes hombres” de parte de una minoría letrada afín con los procesos dominantes de

construcción de nación y clara consciencia europea.

La Casa grande es una novela histórica que ficcionaliza la Matanza de las bananeras, cuya dinámica plasma este acontecimiento como secundario desde una construcción narrativa en que la trama se desarrolla a partir de la fragmentación de voces polifónicas, diálogos, subordinación del hecho de la matanza, decretos, lugares y acciones reales para criticar el tema de la violencia en Colombia, la crisis política, económica y social que se vivió en esa época a causa no solo de la degradación estatal, su ineficacia y corrupción característica desde décadas pasadas, sino también humana.

Pero *La Casa grande* no solo hace una representación crítica a aquellos estamentos del poder de forma directa, sino que como novela histórica acude a técnicas narrativas como la Distorsión de la historia que expande o exagera el orden temporal y espacial de los acontecimientos que Roland Barthes denomina *Estructura de fuga* y que está planteado por Seymour Menton (1993) como una de las características de la Nueva novela histórica; el recurso de la *Polifonía textual*, concepto sugerido por Mijaíl Bajtín en *Problemas de la poética de Dostoievski* (1929) que en la obra funciona como material realista de reflejo tanto de las sociedades capitalistas como las oprimidas, pues como define el crítico ruso “toda sociedad es heteroglósica” pero el control de la clase dominante y el sistema capitalista hace que la sociedad parezca monoglósica, donde la interactividad mediante la pluralidad de discursos permiten entender tanto los problemas socioeconómicos y la psicología de los personajes como una consecuencia real de estas fallas y que definen la obra al igual que la posición del autor y, mediante la *Ficcionalización de personajes*, como el tercer rasgo de la Nueva novela histórica planteado por Menton, todos ficcionalizados a excepción de uno tomado de la realidad como el caso del coronel Carlos Cortés Vargas.

Anotaciones teóricas sobre la Novela histórica en Colombia

La situación política, económica, religiosa e ideológica en América Latina promovió las primeras novelas históricas que presentaron cambios respecto al modelo scottiano, ya que a diferencia de éste, la novela histórica del siglo XIX en Hispanoamérica se configuró con una misión, crítica e ideología específica acorde a unas funciones políticas e históricas afines con los problemas reales. Es de señalar que la historia representada por los ideólogos de Occidente influenció en la formación ideológica—no se puede decir intelectual—de las masas letradas en América Latina, compartiendo su ideal que les ayudaría a la postre a configurar sus planes de civilización y Nación manteniéndose al margen de las problemáticas reales que desencadenaron precisamente estos males europeos; una doble contradicción que supuso un legado de falso de política, economía, historia y cultura que formaron y degradaron a su vez al hombre latinoamericano enajenándolo y oprimiéndolo material e intelectualmente para hacerlo parte de este legado occidental como materia prima primero en las conquistas, luego por el sistema colonial pasando por el sistema capitalista hasta quedarse fundido en el hombre actual como en todos los países que han conquistado los europeos, robando la identidad y promoviendo un sinsentido y una degradación conocida como progreso. Como señala Noel Jitrik en *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género* (1995):

En América Latina, en cambio, y quizá a causa del vacío político y cultural que se abre bruscamente, las preguntas también se formulan en relación con la identidad pero se especifican en el aspecto nacional. Dicho de otro modo, la novela histórica latinoamericana se pregunta por el ser ni por el destino de los individuos ni por su procedencia mítica sino por lo que es una comunidad frente a la identidad bien establecida y operante de otras comunidades. (p. 41)

Esta reconstrucción literaria de la historia también parte de la necesidad de mostrar otras realidades y versiones que la historiografía oficial instaurada y legada por Occidente han ocultado, tergiversado y amañado para fines materiales y a la postre ideológicos y para la construcción de las naciones que siguieron viendo a estas colonias como un modelo político, económico y cultural superior en que estas deformaciones políticas hasta la escritura de la historia se adecuaban para obtener más poder y ensalzar a sus “grandes personalidades”, tergiversando hechos trascendentales e invisibilizando sucesos y personajes que no pertenecían al sistema hegemónico y que por ende no eran tomados en cuenta degenerando en una historiografía que definía una sola versión de los hechos. Donald McGrady (1961) define este problema:

Después que pasó el auge del Romanticismo y se impuso el Realismo como moda literaria, la novela histórica se adaptó a las normas de la nueva escuela. De la historia falsificada y fantástica de la novela romántica se pasa a la historia documentada, basada en exhaustivas investigaciones históricas y arqueológicas. La fantasía cede al documento comprobante. (p.169)

Por ende, algunas novelas históricas en América Latina y en Colombia surgieron para promover una reescritura de la historia y para criticar la realidad y problemas afines cuyo factor común eran la pobreza, las contradicciones políticas y económicas, la explotación, las dictaduras, la violencia y el capitalismo que controlaban las estructuras estatales y económicas y por consecuencia a la sociedad, testimoniando lo que la historiografía ha omitido para que existiera un conocimiento a futuro sobre las raíces de estos hechos ayudando con la construcción de memoria e identidad americana, según Fernando Aínza en *Nueva novela histórica y relativización transdisciplinaria del saber histórico* de 1994 afirma:

En resumen, aunque se escriba *en forma literaria*, la historia no es ficción, porque

depende del pasado en cuyos indicios y trazas se apoya y de los métodos propios del oficio del historiador. La forma de utilizar documentos y archivos, por un lado y el ejercicio profesional por el otro, la diferencian “epistemológicamente” de la ficción literaria. (p. 13)

Así la novela histórica de América Latina posee un gran componente testimonial al reflejar la parte oculta de la historia, sus problemas reales, pues esto hundiría las bases económicas sobre las que se han formado las naciones y la política. Para hablar sobre este tipo de novelística en Colombia en el siglo XIX y gran parte del siglo XX, Juan Moreno Blanco menciona en su libro *Novela histórica e historiografía teleológica a finales del siglo XX colombiana* que:

Gracias a la férrea estructura de la ciudad letrada de la que habla el crítico uruguayo Ángel Rama, la historia teleológica dio consistencia a una imagen de lo nacional que se institucionalizó en la memoria sino colectiva por lo menos oficial. Esta historia, que fue principalmente biográfica y política al comienzo, no solamente perpetuó una imagen sino que en ella el relato del pasado, tesoro de la nación, [tuvo] por encargo también el trazar ese porvenir y por consecuencia cerrar el tiempo. (Moreno, p.24.

Citando a Furet, 1982: 73)

Por su parte en Colombia, se destacan cuatro circunstancias que contribuyeron a crear un nuevo impulso literario:

- La aparición de la revista Mito en 1955 que marcó el arranque de una nueva literatura, especialmente en el ensayo y la crítica literaria.
- En 1959 se funda la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, la primera en su género en América Latina, con la que se consolidaron las disciplinas sociales y humanas. Surgió una Nueva Historia, caracterizada por explorar nuevas fuentes documentales.

- Un crecimiento importante de la industria editorial y un carácter más profesional de los escritores, en que han asumido la literatura como un ejercicio estético y a su vez crítico.
- En 1967 se publicó *Cien años de soledad*, lo que determinaría un impulso sobre las novelas de la violencia y de los escritores antes de esta obra y del momento en que se criticaban las contradicciones gubernamentales y los problemas sociales y humanos. (Rueda, 2016, p.21-22)

Para hablar sobre la novela histórica en Colombia se siguen estos aspectos en que se tratan críticamente deterioros como La Violencia, la pobreza, los odios partidistas, el capitalismo, las dictaduras y la explotación de parte de la oligarquía y las trasnacionales. Hacia las primeras décadas del veinte del Siglo XX Colombia pasaba por una etapa convulsa de problemas económicos, políticos y sociales, donde se observó además las primeras manifestaciones obreras de índole marxista que venían del siglo XIX a raíz de la Guerra de los Mil Días. Estos acontecimientos suscitaron investigaciones a nivel político, sociológico, histórico y literario para determinar las raíces y estudiar más a fondo el periodo conocido como La Violencia.

El término Novela de la violencia fue utilizado por el periodista, ensayista, escritor y político colombiano Hernando Téllez (1908-1966) por primera vez en el año 1959 en el diario *El Tiempo* sobre un artículo de Gabriel García Márquez denominado *Dos o tres cosas sobre "La novela de la violencia"*. Este tipo de novelística podría dividirse en dos etapas: la primera que se enmarca aproximadamente entre 1945 y 1955 caracterizada por un alto nivel testimonial y la anécdota en la que aparece la voz de un autor-protagonista y a veces escenarios y situaciones reales donde se describen hechos crudos como masacres, asesinatos y violaciones que están por encima de la estructura narrativa plasmando los acontecimientos de

Forma mecánica en un sentido lineal en que convergen el tiempo de la historia y el tiempo del relato, obras como *Ciudad Enloquecida* (1951) de Pablo Rueda Arciniegas, *Sangre* (1953) de Domingo Almova, *Las Memorias del Odio* (1953) de Rogerio Velásquez, *Los Cuervos tienen Hambre* (1954) de Carlos Esguerra Flórez, *Tierra sin Dios* (1954) por Julio Ortiz Márquez, *Raza de Caín* (1954) de Rubio Zacuén y *Cadenas de Violencia* (1958) de Francisco Gómez.

La segunda fase iría desde 1955 hasta 1967 en que la estructura del relato subordina al hecho histórico y existe una construcción ficticia de personajes, del espacio y las narraciones donde existe un distanciamiento entre el tiempo histórico y el de la escritura. Estas obras según la crítica literaria colombiana fueron escritas por la “generación de los hijos de La Violencia”. Novelas que hacen parte de este grupo se encuentran *El Coronel no tiene quien le escriba* (1958), *La Mala Hora* (1960) y *Cien Años de Soledad* (1967) por Gabriel García Márquez, *Marea de Ratas* (1960) y *Bajo Cauca* (1964) de Arturo Echeverry Mejía, *El Día Señalado* (1964) de Manuel Mejía Vallejo y *La Casa grande* (1962) por Álvaro Cepeda Samudio.

La insumisión en las expresiones de este fin de milenio se verifica en esa diversidad de tendencias que individual y simultáneamente cabrían en términos como recapitulación (vuelta sintética y evocativa del pasado histórico y cultural), eclecticismo (conciliación de lo aparentemente irreconciliable) y confusionismo e hibridación (fusión perturbadora de conceptos, temas o formas antagónicas y distintas), que implican una intrínseca heterodoxia expresiva del tránsito hacia el siglo XXI. (Kohut, 1997, p.48)

A la luz de las contradicciones sobre las relaciones entre la base económica determinante y superestructura ideológica, corrientes como el marxismo interpretaron las producciones artísticas e intelectuales como un reflejo directo de los conflictos económico-sociales y religiosos lográndose exigir la aplicación de técnicas realistas como corrector

también de la historiografía oficial para vehicular el compromiso político. Así las consideraciones que se tenían sobre filosofía, política, sociología e historia se renovaron al igual que el arte y la literatura lo que dio paso a que este último se convirtiese en un instrumento para analizar los fenómenos sociales en que se produjo una subordinación de los aspectos filosóficos e históricos al contenido, contrario a los presupuestos anteriores a los ideales occidentales de forma general y, en materia literaria, a los concebidos por el vanguardismo.

Para *La Casa grande* como novela histórica, esta técnica característica de este género permite demostrar mediante diferentes voces narrativas la perspectiva social, intelectual y psicológica de los personajes, pues como se observa en la obra unas representan al vulgo y otras al poder, una confrontación dialéctica entre los discursos de autoridad/antiautoridad, capitalismo/proletariado, permitiendo a su vez distintas visiones sobre los hechos históricos de la Masacre de las bananeras. Pues es en esta estructura narrativa en que cada personaje representa una clase social, la versión de estos hechos históricos y la realidad económica y socio-política de Colombia.

Por un lado, un pueblo sumido en la miseria a causa del despotismo de una empresa estadounidense, la élite de este país y el gobierno y por otro, los poderes terratenientes de la familia representantes de la explotación y de esta compañía extranjera, quienes además son ejecutores del poder político y económico cuyas ansias de poder y riqueza son exorbitantes.

Distorsión de la historia en *La Casa grande*

En *La Casa grande* el conflicto radica en la tensión existente entre el pueblo y la

burguesía cuya responsabilidad en los actos de la matanza reside en el dominio que la compañía frutera tenía sobre el gobierno colombiano y sus entidades, que en *La casa grande* el poder patriarcal representado asume las dinámicas de explotación y muerte hacia la población civil como legal. En los diálogos de la obra se observa este tipo de tensión entre el pueblo y la compañía.

Pero el autor dispone de ciertos elementos narrativos en que transforma el discurso cuantitativo para estructurar cada capítulo como independiente deformando el orden temporal y del lugar de los hechos. Así la estructura narrativa del texto no sigue un orden lineal sino que se dan anacronismos presentándose saltos en el tiempo que nos ubica a un hecho anterior o posterior al orden lógico de la trama, observándose además que en la obra existen fechas y lugares que no coinciden con la realidad histórica de la Masacre de las bananeras.

Esta técnica denominada *Distorsión de la historia* denominada por Seymour Menton como la segunda característica de la Nueva novela histórica se presenta en *La Casa grande* como forma de narrar los hechos trastocando algunas fechas y lugares, que aunque se desconoce la razón por la cual Cepeda decidió dislocar tanto el orden como las fechas y lugares, es visto que de forma general esta técnica característica de los novelistas de la historia utilizan estos hechos históricos para realizar todo tipo de exageraciones, anacronismos, trasposición de fechas y lugares para lograr abarcar ciertos sucesos que la historiografía ha omitido y tergiversado al igual para parodiar las inconstancias y deformaciones de carácter historiográfico.

En *La Casa grande* la masacre de las bananeras no ocurre en la madrugada del 6 de diciembre que ocurre un día jueves de 1928, sino que Cepeda en primer lo ubica para el día sábado entre las 7: 10 y 10: 00 A.M. como se presenta en el capítulo “Sábado” y cita el decreto

antes de los accidentes frente a la estación del ferrocarril de Ciénaga contrario a los datos históricos que demuestran que el Decreto Oficial No. 4 fue expedido por el general Carlos Cortés Vargas posteriormente a dicho accidente entre la 1:00 y 3:00 A.M. en respuesta a los saqueos e incendios provocados por la multitud y se publica en Ciénaga y no en Magdalena donde el autor transfiere el lugar como se muestra en el capítulo 5, “El Decreto”, que el autor no reproduce textualmente. Así las fechas y el lugar de expedición del decreto que se presentan en *La casa grande* están transpuestas y se puede reconocer este tipo de distorsión de la historia en dicha acta que cita:

Magdalena, diciembre 18 de 1.928

DECRETO No. 4 POR EL CUAL SE DECLARA CUADRILLADE

MALHECHORES A LOSREVOLTOSOS DE LA ZONA BANANERA. (Cepeda, 2015, p. 189)

En dicho documento el autor resalta las palabras PARA CASTIGAR POR LAS ARMAS aludiendo a la gravedad de los hechos. También existe un tipo distorsión histórica referente a la fecha exacta de la masacre ocurrida en la Plaza del ferrocarril, ya que Cepeda traspone el hecho para el día sábado al igual que el decreto que en la obra se expide en diciembre 18 en vez del 5 y 6 como demuestran documentos oficiales y que el autor sitúa que este genocidio ocurrió en Guacamayal en vez de Ciénaga donde sucedió realmente. Además, el autor pone El decreto en el centro de la obra para revelar el carácter histórico de la masacre.

De hecho, Cepeda reduce esta tragedia a solo tres días relatadas en los capítulos 6, 7 y 8 y que llevan por título “Jueves”, “Viernes” y “Sábado” respectivamente, una contradicción histórica pues luego de la masacre que dejó un saldo aproximado de 200 muertos y algunos heridos, en los días subsiguientes la cifra de muertos se contabilizaría por más de 1.000 en que el ejército por orden del gobierno y La United Fruit Company persiguió a esta “cuadrilla de

Malhechores” en esta y en las regiones aledañas a Ciénaga además de presentarse incendios, destrucción de casas sindicales, arrestos de los cuales muchos trabajadores tuvieron que huir y esconderse incluso fuera de Magdalena.

Una característica de la Novela histórica es el cuestionamiento sobre el uso y la reproducción mimética de la historia, que trata de explicar una sola verdad. En la obra se señalan estas distorsiones para parodiar la idea de una sola concepción de verdad por lo estipulado mediante una serie de puntos de vista representados en grupos humanos y en individuos que reflejan estos males sociales.

Polifonía

Para Mijaíl Bajtín, el estudio de la novela es esencial porque es un género que revela el contexto y el discurso social, revelando las formas del conocimiento y el lenguaje que el hombre utiliza desde su visión del mundo y la historia, contraponiendo la novela monológica con la novela dialógica, que refiere a una técnica en que se ubican pluralidad de voces en el texto para revelar cierto o ciertos momentos históricos y sus problemáticas, permitiendo un estudio más profundo sobre las cuestiones sociales y la otredad. Una teoría de la novela que desarrolló en primera instancia en *Problemas de la poética de Dostoievski* (1929), en que el filólogo demuestra que en las novelas del escritor ruso el argumento tiene una función auxiliar ya que es la base sobre la que se sitúan a los personajes en unas circunstancias concretas que descubren con cierta claridad los enfrentamientos sociales:

La estratificación interna de una lengua nacional en dialectos sociales, en grupos, en argots profesionales, lenguajes de género; lenguajes de generaciones, de edades, de corrientes; lenguajes de autoridades, de círculos y modas pasajeros; lenguajes de los días, e incluso de

las horas; social-políticos (cada día tiene su lema, su vocabulario, sus acentos); así como la estratificación interna de una lengua en cada momento de su existencia histórica constituye la premisa necesaria para el género novelesco: a través de ese plurilingüismo social y del plurifonismo individual, que tiene su origen en sí mismo, orchestra la novela todos sus temas, todo su universo semántico-concreto representado y expresado. (Viñas, 2002, p.464. Como se citó en Bajtín, 1989. p. 81)

Para *La Casa grande* como novela histórica, esta técnica permite demostrar mediante diferentes voces narrativas el deterioro intelectual y psicológico a causa de la degradación económica, religiosa y social que ha perdurado en este país, pues como se observa unas representan al vulgo y otras al poder en una confrontación dialéctica e ideológica entre los actores estatales y el mismo pueblo lo que permite no solo tener consciencia sobre los falsos valores y las políticas fraudulentas sobre los que se han erigido el Estado, la economía y la sociedad colombiana, sino además el grado de degradación humana y también señalar los daños psíquicos y físicos hacia una clase pobre en que se los ha visto como materia prima, sin duda uno de los más graves problemas de este país. Pues es en esta estructura narrativa en que cada personaje representa una clase social, la versión de estos hechos históricos y la realidad económica y socio-política de Colombia:

El Padre supo que podría contar contigo para reconstruir y perpetuar lo que había quedado roto, deshecho, acabado. Lo que no pudo resistir cuando sopló un viento fuerte y acre y podrido y extranjero —que no resistió porque no estaba construido sobre valores perfectamente establecidos sino sobre tradiciones débiles y cansadas— había que reconstruirlo. Reconstruirlo tercamente sobre los mismos carcomidos cimientos que habían cedido ya una vez, porque o era muy tarde para cambiarlos o no se conocían ni querían buscarse otros. (Cepeda, 2015, p.149)

El pueblo por un lado sumido en la miseria a causa del despotismo del gobierno, la

autoridad judicial, los terratenientes representados en la familia y la explotación de la compañía extranjera; por otro, quienes representan al poder político y económico y que deben su subsistencia al pueblo cuyas ansias de poder y riqueza son descomunales como ha sido en la realidad. *La casa grande* comienza con una conversación entre dos soldados donde se plasma precisamente el contexto socio-económico de Ciénaga antes de la masacre y a su vez, la ignorancia de estos en referencia a cuestiones políticas en una clara enajenación, poniéndonos en este contexto del pasado antes de la llegada de los soldados a Ciénaga, por lo que el autor en su obra plantea la historia poniéndonos en un contexto antes y durante la matanza.

—¿Tienes miedo? El teniente dijo que tienen armas, pero yo no creo.

—He estado pensando por qué nos mandaron.

—No oíste lo que dijo el teniente: no quieren trabajar, se fueron de las fincas y están saqueando los pueblos.

—Es una huelga.

—Sí, pero no tienen derecho. También quieren que les aumenten los jornales.

—Están en huelga.

—Claro: y por eso nos mandaron: para acabar con la huelga.

—Eso es lo que no me gusta. Nosotros no estamos para eso.

—¿No estamos para qué?

—Para acabar con las huelgas. (Cepeda, 2015, p.109)

La relación entre estas dos fuerzas, entre el discurso del poder patriarcal y el discurso de los oprimidos es la que da tensión en la obra. En los diálogos presentes en el capítulo “La Hermana” se observa dicha oposición entre ella, el Padre y otros miembros de la familia, “Fuiste la primera en darte cuenta de que la Hermana no iba a ser ya la misma: a la Hermana le había nacido una voz de palabras secas y seguras. Sobre todo seguras”. La

hermana es la única que se aleja del poder patriarcal. Aquí la voz de la Hermana se aleja del discurso de autoridad implantado por su padre y su clase social y se aprecia así el desencadenamiento de las fuerzas que figuran contra la autoridad.

El Padre por su parte se representa como un hombre “que tiene sesenta años y es fuerte y duro. Cuando se ponga de pies el Padre será de bajo estatura, las espaldas serán anchas, la nuca abultada, el pecho poderoso, la cintura delgada y las piernas ligeramente corvas.”(Cepeda, 2015, p. 161)

En este capítulo los segmentos que la componen dan cuenta del poderío de este además que cuenta con el apoyo de La Compañía y sus acciones; el discurso dialógico del pueblo que quiere asesinarlo mezclándose con la voz de otros narratarios, que como el resto de la obra esta multiplicidad de voces y personajes alternos unos con nombres genéricos, permiten entender el texto como una totalidad para entender el hecho histórico y la deformación intelectual de cada personaje desde su cosmovisión.

El capítulo “El pueblo” comienza con una descripción de este lugar por un narrador intradieгético que indica los espacios y el entorno: “El pueblo es ancho, escueto y caluroso. Las primeras casas comienzan de aquel lado de los rieles, sobre los playones resecos y cubiertos de una transparente pelusa de sal” (Cepeda, 2015, p. 185), en una técnica narrativa en que se brinda información sobre Ciénaga narrado desde una perspectiva bien sea que la polifonía textual advierta una ambivalencia hacia un narrador extradieгético que confiere otra descripción desde otra visión.

El capítulo 5 “El decreto” que el autor ubica en el centro de la obra para dar constancia de los hechos reales, se cambia la técnica narrativa para dar cabida a la voz del discurso autoritario representando a partir de este la veracidad sobre la represión de la huelga y

como uno de los motivos de la masacre. Aunque en la obra se invierte la cronología y el lugar de su expedición —Magdalena 18 de diciembre de 1928—, este cambio permite entenderse como el distanciamiento con los discursos oficiales donde se intensifica la narración al ubicarse después de la matanza de los trabajadores y que en los capítulos siguientes se irán develando las voces y las perspectivas de este hecho histórico también desde el drama familiar.

En los capítulos “Jueves”, “Viernes” y “Sábado” se narran los acontecimientos históricos antes y durante la masacre desde la perspectiva de los habitantes del pueblo en los dos primeros y que en el último se devuelve a la voz militar oficial similar a la del capítulo “El Decreto”, en que se da cuenta sobre los preparativos de la huelga donde se enlazan con las acciones de los soldados del primer capítulo en forma de analepsis para comparar las versiones de autoridad y antiautoridad sin que se mezclen, plasmando a su vez la visión de mundo de los oprimidos y su precaria condición:

Luego salió corriendo hacia la calle golpeando la puerta que se quedó batiendo en el aire violentamente. La mujer dijo:

—No lo vuelvas a hacer, por favor. ¿Por qué no quieres entender?

—¿Entender qué? Me olvidará fácilmente: lo mismo que tú.

—No quiero que lo hagas, simplemente eso: no quiero que lo hagas.

—No tengas miedo: todo te será fácil. (Cepeda, 2015, p.196)

En una técnica de hibridación en el que como se señaló se separan y se unen al tiempo los discursos históricos y los discursos entre los dos poderes enfrentados.

En los capítulos finales se regresa al discurso de las voces familiares donde se da cuenta de una hibridación del discurso del Hermano por parte de Cepeda para referir que la consciencia de resistencia y los actos de la Hermana deben subsistir. Pero el discurso de los

hijos es ambivalente:

—Ya no es el Padre; al Padre ni siquiera lo conocimos.

—Pero es la sangre del Padre la que nos trajo a esta casa: es la causa de nuestro nacimiento.

—Es el afán de ella de perdurar su memoria. (Cepeda, 2015, p. 252)

Demostrando que esta descendencia no reconoce acertadamente entre el bien y el mal, entre el odio implantado por el Padre y el poder de los valores patriarcales o el amor manifiesto determinado por la Hermana y el Hermano. El objeto es lograr con la multiplicidad de voces acercarse a la condición humana, a su degradación para valorar diversos puntos de vista en torno al hecho histórico de la matanza.

El universo donde se insertan los seres y hechos que conforman la historia en *La Casa grande* deviene desde una crítica a la temática del imperialismo en Colombia, donde se pone en tela de juicio tanto la moralidad del Estado como de sus personajes en el que cada uno tiene un relato propio y un dialecto que determinan además su consciencia de clase, intelecto, nivel socioeconómico, creando un ambiente realista sobre la condición personal y colectiva alrededor de este hecho histórico de la masacre en Ciénaga y su afectación psicológica que han sido generados por problemas como la pobreza, la explotación, la falta de oportunidades, el fanatismo, el analfabetismo, brindando un panorama claro sobre las condiciones en que vivía esta población por esa época, problemas que tienen su origen en las contradicciones económicas.

Unos personajes como se señaló, detentan un discurso que representan el poder hegemónico, El Padre, la hermana mayor, los soldados, donde estos últimos no solo trabajan para quienes se apropian la potestad económica sino que alaban sus actos sin poder reconocerlos y salen bien librados, hechos recurrentes y consabidos en la historia real de nuestro país; los otros representando un discurso contrario, deben sufrir con una tragedia

heredada al igual que la pobreza y falta de otros recursos que atañe al pueblo. Ambos mundos reflejan los vicios humanos y los males de la época; discursos polifónicos que tienen una función como revelación de un sistema fraudulento porque en este país además se ha fomentado la pobreza tanto material como espiritual y psíquica, cediendo la palabra a estos personajes para relacionar los males individuales con los colectivos, al Estado autoritario que más que ineficaz corrupto por el control capitalista extranjero.

La Casa grande al mezclar personajes de diferentes niveles sociales, asegura que cada uno actúe y discurra en una forma acorde a su condición, ideología, reflejando no solo las acciones de la naturaleza humana, sino los generales para comprender los condicionamientos económicos y sociales, las causas de los problemas individuales, dejando que los personajes dialoguen entre sí:

Como ocurre en la vida real, los personajes se presentan a sí mismos con sus actos y sus palabras y, a la vez, ayudan a perfilar la imagen de los otros personajes al referirse a ellos en algún momento. Para reflejar objetivamente la realidad de las relaciones sociales no se precisa nada que no puedan ofrecer los personajes novelescos por sí solos; la presencia de cualquier otro ingrediente podría enturbiar el principio de objetividad. (Viñas, p. 459)

Por otra parte en la novela se muestra el discurso ficcional de los oprimidos que permite entender la mentalidad, ideología, psicología, las acciones, las deformaciones y las problemáticas de estos personajes que no son ajenos a la realidad de este país y que funcionan para dar una visión general, a diferencia del discurso público y lineal implantado por la historiografía.

Ficcionalización de personajes

En *La Casa grande* todos los personajes son producto de la ficción, unos inspirados en la realidad como la familia Riascos Labarcés, amigos y vecinos de la infancia de Álvaro Cepeda en Ciénaga y de quien al parecer se relaciona con la familia protagonista de la obra, “A la mañana siguiente de nuevo el camino, no sin antes anunciar Mami me voy para la casa grande” (Bancelin, 2012, p.124). Pero existe un único personaje tomado de realidad, el general Carlos Cortés Vargas (1883 – 1954), militar quien alcanzó el grado de general y que al momento de la masacre se desempeñaba como comandante de las fuerzas del Magdalena, quien sería posteriormente culpado por la muerte de aproximadamente 47 personas. Investigaciones posteriores han estimado el número de muertos que oscilaba entre 47 y 2.000 personas. Telegramas y otras pruebas demuestran que el presidente de la República Miguel Abadía Méndez apoyó y aprobó las masacres así como el posterior encubrimiento de los crímenes transportando los cadáveres en trenes al mar y disponiéndolos allí. Se sabe por él en el capítulo 5 “El Decreto”.

Pese a perpetrar estos hechos y ser reconocidos mundialmente como un genocidio, el general Cortés sería ascendido a comandante por el ministro de Guerra, Ignacio Rengifo. El 9 de junio de 1929 en una protesta estudiantil en Bogotá sería asesinado Gonzalo Bravo Pérez, hijo de Julio Bravo, industrial nariñense quien era cercano al presidente Miguel Abadía Méndez, por lo que Ignacio Rengifo y Carlos Cortés Vargas serían relevados de sus cargos, renunciando este último el 10 de junio de ese mismo año.

Carlos Cortés Vargas sería catalogado por los entes hegemónicos y por las clases pudientes como un salvador de la patria a pesar de reconocerse la masacre como un crimen

de lesa humanidad y la gravedad de esto para la democracia y la justicia internacionales, en el que se declararía en una entrevista con *El Espectador* por Cortes Vargas: “La primera descarga se hizo sobre una multitud obrera inerme y pacífica” (El Espectador, diciembre 12 de 1928).

En la madrugada del 5 de diciembre, el General Cortés Vargas fue nombrado Jefe Civil y Militar de la provincia de Santa Marta en virtud del Decreto Legislativo No. I. Con este nombramiento se le otorgaron más atribuciones al General que le permitieron redactar los siguientes decretos: Número 1, artículo 1. “Se ordena perentoriamente la inmediata disolución de toda reunión mayor a tres personas”. En el Artículo 2, se le adjudicaría poder a la fuerza pública para disparar, si fuera necesario. Siendo este un personaje intelectualmente no apto para ejercer estos cargos, pero que en Colombia se ha utilizado esta clase de personalidades para que cumplan con las leyes estipuladas acordes con intereses extranjeros; un personaje relevante en la historia de Colombia, un héroe para la clase alta y las oligarquías porque por su ignorancia pudo ser manipulado para resolver un problema “a punta de bala”, acción característica tanto de los entes del poder como de su población.

LA CASA GRANDE Y LA NOVELA HISTÓRICA EN COLOMBIA COMO CRÍTICA A LA VIOLENCIA

Para este estudio se pretende revelar cómo esta obra es una crítica a modo de ficción hacia los estamentos del poder y un suplemento para la historiografía oficial que como novela histórica colombiana critica la matanza de 1928, el problema de las élites del poder y del Frente Nacional en relación a estos hechos de la Masacre de las bananeras y su incidencia en la literatura contestataria, ya que este tipo de obras eran un problema para los intereses e ideologías de clase imperantes de la época cuyo Estado además era movido por las élites, donde se realiza una indagación profunda y un análisis en bases de datos, repositorios académicos y bibliotecas sobre algunas fuentes que permiten entender la función de *La Casa grande* como novela histórica y su compromiso político y social con la Nación colombiana. Además se estudian algunos conceptos teóricos que ayudan a ahondar tanto en este genocidio determinado como uno de los antecedentes del periodo denominado La Violencia que aconteció entre 1946 hasta 1965, como en ciertos debates y conceptos literarios que se plasman y ayudan a entender esta novela.

La Casa grande es la única novela escrita del autor Álvaro Cepeda Samudio que fue publicada en el año 1962 en medio de ciertas renovaciones estilísticas que sugería el Grupo de Barranquilla (1940-1950) como propuesta alternativa de literatura en la que era primordial la crítica política y social y donde se consolidó un grupo de intelectuales, escritores, periodistas y filósofos destacados como el librero catalán Ramón Vinyes y Cluet, escritores como José Félix Fuenmayor, Alfonso Fuenmayor, Germán Vargas, Gabriel García Márquez, Cecilia Porras, Julio Mario Santo Domingo, Alejandro Obregón, Orlando Rivera “Figurita”, Álvaro Cepeda

Samudio, entre otros, con la edición crítica de su narrativa completa en la colección Archivos de la Unesco para el año 2015. Es de anotar que solo otros dos autores colombianos han logrado obtener esta nómina de ediciones, José Asunción Silva y Aurelio Arturo. Mediante la ficcionalización de la historia y la creación de ciertos hechos y personajes ficticios “sin existencia en la historia”, al que se le asocia un argumento basado en hechos históricos, se logra problematizar el pasado y reorganizarlo a la luz del presente.

La novela da cuenta de un drama de familia la cual goza de prestigio en Ciénaga, en La Gabriela, denominada *La Casa grande*, en la que cada miembro de la familia -el Padre, la Hermana, el Hermano- son sometidos a un terrateniente degenerado, el Padre y, que por causa de éste y la ola de violencia en medio de la Masacre de las bananeras, hallarán un destino cruel. La obra representa una encrucijada cronotrópica donde los nudos de las dos líneas argumentales de la familia y de la masacre de la zona bananera se enlazan, desenlazan, se entrecruzan y se separan dentro de un mundo dialógico en que circulan, se chocan y se separan diferentes heteroglosias:

Habían pasado todo el día en la estación: los primeros sentados en los bancos largos de madera, los otros tirados en el suelo, recostados a las columnas de hierro gris, en cuclillas a lo largo de la plataforma. Algunos habían dormido, otros habían mirado mucho tiempo los rieles vacíos que iban juntándose a medida que se alejaban y se perdían en un punto impreciso en la base de la montaña. (Cepeda, 2015, p. 34)

Cepeda Samudio reconstruye los hechos en una secuencia que comienza el día 5 y finaliza el 6 de diciembre con un saldo que dejó según algunos datos oficiales más de 1.800 muertos y 100 heridos en Ciénaga, Magdalena. Importante es reconocer sobre la contextualización histórica de lo que se plasma en *La Casa grande*, pues Cepeda ubica en el mismo año (aunque no en la misma fecha) la Masacre de las bananeras denunciando por este

medio las contradicciones del poder y la violación de los derechos humanos al plasmar tal como ocurrió, al Gobierno y Ejército Nacional ejecutando órdenes extranjeras de disparar contra una población vulnerable tal como consta en el capítulo 5 “El decreto”. La obra se divide en 10 capítulos en la que podemos ver las voces de los que están de parte del poder y de los que no: los del ejército, los subversivos, los obreros, la familia (la hermana, los hijos, el hermano), el padre, el “tú” destinatario, donde se plasma una nueva concepción de la novela histórica y la perspectiva de cada personaje que refleja un tipo de crítica, afín a los planteamientos del autor (Zapata, 2004).

–Pero es la sangre del Padre la que nos trajo a esta casa: es la causa de nuestro nacimiento.

–Es el afán de ella de perdurar su memoria. Aunque odiaba a la madre porque fue la primera que derrotó el odio al desafiar al Padre nos ha criado para que seamos parte de esta casa y de esta sangre y de este odio.

– Sí: y si caemos nosotros en el odio ella habrá ganado.

–Ya hemos caído; nos ha empujado a ello; ha empujado a la Hermana al odio. (Cepeda, 2015, p. 160)

Aunque ciertos análisis como los propuestos por Leo Pollmann en su estudio *La “Nueva novela” en Francia e Iberoamérica* (1971) que identifica cuatro períodos de la nueva novela en Latinoamérica: la novela abierta (1949-1955), la antítesis restauradora (1956-1959), la gran síntesis (1960-1963) y peligros y esperanzas (1963-1967), enfatizan que esta novela está clasificada más dentro de la Nueva novela histórica iberoamericana con sus raíces del *Nouveau Roman* propuesto en Francia entre 1948 y 1956 que dentro de las Novelas de la Violencia (1946- 1965), como se define en el artículo *La Casa grande en la construcción de la historia de Colombia* (2004) por Miguel Zapata Ferreira. Es de aclarar que dicha novela está enmarcada dentro de la Nueva novela latinoamericana (1949-1967) como narrativa del *Boom* como se especificará en este trabajo, ya que dicha obra permite rastrear una de las

causas que originaron este periodo conocido como La Violencia.

Por ende, *La Casa grande* es una novela con un alto referente político, histórico y testimonial que retrata y critica uno de los precedentes de la época de La Violencia de este país, propiamente una de sus principales causas, pues se está constatando los hechos de la Masacre de las bananeras cumpliendo así con una función política y social que mediante recursos de ciertos elementos de escritura la reflejan más dentro del marco de las narrativas del *Boom latinoamericano* (personajes innominados, diversos narradores, mezcla de géneros, abundancia de documentos), ya que toma ciertos elementos propios del “modernism” norteamericano y anglo-europeos que el *Boom* adoptó. Por tanto, es importante hacer un balance entre lo que es esta como novela que demuestra una de las raíces La Violencia y no en sí como Novela histórica de este periodo, pues es de aclarar que la literatura que precede a *La Casa grande* es la de la novela de la época de la Violencia y la literatura posterior a esta obra es la del *Boom* latinoamericano.

En este orden de ideas, se formulan varias constantes relacionadas con esta novela sobre el problema con la historiografía y las instituciones, las oligarquías tradicionales y la crítica literaria que por años han estado supeditadas al control e ideologías del poder político y de élites, entre esas la Iglesia Católica y medios de comunicación. Pues es importante reconocer el problema de trascendencia literaria de ciertas obras como *La Casa grande* que al exhibir ciertas problemáticas del país se han visto excluidas del panorama nacional pero no internacional, como el caso de *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez que han efectuado un trabajo para suplir las deficiencias de la historia y su verificación y cuyas obras actúan como labor de memoria. Por eso y citando a Zapata (2004): “Así, la sociedad tiene instituciones que favorecen un cierto tipo de ideologías presente en ciertas obras y

rechaza otras ideologías presentes en otras obras porque le resultan quizá peligrosas” (p.183).

Este trabajo de investigación analiza *La Casa grande* en cuanto esta contribuye a señalar y a su vez suplir con las inminentes alteraciones y omisiones presupuestas por la historiografía oficial colombiana en la formación del Frente Nacional, además como crítica política y social, advirtiendo que dicha obra se escribió en un ambiente altamente represivo cuya divulgación para mediar entre la política, historia oficial y lo testimonial al publicarse durante este pacto bipartidista, traza otros cuestionamientos sobre un período crítico de los problemas de carácter libero-conservador en el que existía un aparato fuertemente avasallador mediante la implantación del Estado de Sitio.

Criterios como ficcionalización de las figuras históricas y que en la obra la historia está narrada por personajes no reconocidos (un rasgo propio de la Nueva novela histórica) y cuya diferencia de la clásica en que la historia es respetada de manera milimétrica por la ficción, Cepeda toma un mismo acontecimiento y aborda un argumento de una manera distinta mediante voces polifónicas, diferentes enfoques e ideologías, permitiendo así una mayor cosmovisión de la propia historia y que en Colombia esa tendencia tuvo sus primeros acercamientos con *La Casa grande*. Por ende, al estudiar las problemáticas que se revelan en esta obra como la muerte, el odio, las violaciones, el poder patriarcal, el antipatriotismo, la explotación, como manifestaciones recurrentes en la obra y dentro del mismo devenir histórico y social de la época de la Masacre de las bananeras, se propala la violencia suscitada por el bipartidismo y como manifestación de la condición humana que ha visto a la muerte, la guerra y el odio como fórmulas recurrentes para su subsistencia; carácter connatural desde los entes que han controlado al país hasta los sectores más bajos de las sociedades que creían en la opresión en todos sus sentidos para sentirse poderosos y mantener una especie de

totalitarismo, como una forma de enajenación y empatía con las fuerzas extranjeras, elitista y patriarcal que han manejado este país.

El Hermano no ha hecho otra cosa que esperar. Ha esperado dieciocho años y nueve meses para saber seguramente lo que siempre debió intuir: que los cadáveres tirados a lo largo de los rieles y amontonados en las estaciones de los pueblos no significaban que había estado equivocado, que había sido vencido porque los que habían doblado los cuerpos de los campesinos sobre sus machetes enfundados tenían la razón. Ha necesitado todo este tiempo para derrumbarse la raza donde apoyaron los fusiles. (Cepeda, 2015, p.156)

Hay que señalar que en la obra como en la realidad se plasma cómo la masacre, la violencia, el orden patriarcal, la violación sexual, el odio, han actuado como mecanismos de control que se han ejercido no solo por las instituciones sino dentro del mismo entorno social y familiar, producto de la condición innata del ser humano que ha considerado la fuerza también como forma de construcción de las sociedades modernas y que han usado la violencia como clave de dominación y que como la masacre, las violaciones de los derechos humanos patentes en la novela, actúan como estrategias de exterminio político y social; mecanismos de control ejercidos junto a técnicas como asesinato, el boleteo, las masacres, para mantener intereses de cualquier índole. Por eso, se demuestra cómo este tipo de relaciones fraudulentas que se plasman son un reflejo de las distintas dinámicas de lucha de poderes que incluyen desde los aparatos estatales y sus agentes hasta las clases más bajas que no son parte del poder, pues cuya idea de “ser violento” como cultura propia de los colombianos han dado paso al odio hacia el otro— muchas veces de forma inculcadas, alienada como mencioné— y cómo se materializan estas dinámicas de sentirse “poderoso” han aniquilado las bases sociales, familiares y personales.

Por ello, es esencial estudiar *La Casa grande* en estas instancias porque la obra representa una parte histórica, otra política y otra psicológica de las falencias de la guerra y del

Estado mediante diversas polifonías, siendo asimismo una obra que repasa y postula las emociones de la guerra en Colombia, la Masacre de las bananeras como deterioro estatal pero igualmente social en el que se dan visos sobre las consecuencias de la violencia con sus variantes como las masacres, el incesto, las violaciones y esto se debe plantear como un asunto problemático concerniente tanto a las contradicciones de carácter político-económico como en el terreno histórico que permiten redefinir y ahondar un poco más sobre los hechos de 1928 como una de los antecedentes de La Violencia en Colombia y como signo de degradación.

In the case of Colombia, the question regarding the nation has always been a central one in literary criticism and in other humanistic disciplines. Endowed with an absolutely singular process of state building, Colombia, more than other countries, cannot afford to presuppose “literature and nation” to be concepts with clear and unequivocal referents. Precisely because Colombia has lived an uneven process of national unification— one that has been considerably more truncated and belated than those of other Latin American countries—it is imperative that the relationship between nation and literature not be posed as one in which the meaning of these terms are given in advance. The intersection between them takes extremely different forms in each one of the semi-autonomous regions that comprise nineteenth-century Colombia. (Idelbar, 1968, pp. 107-108)

Por ejemplo, al reconocer las diferentes voces de los marginados en la obra en la que Cepeda se toma libertades para reemplazar la versión del discurso histórico contado por personas comunes, se advierten las formas de la violencia estatal por un lado y del orden

patriarcal y familiar por otro, percibido esto como un tipo de experimentación personal por parte del autor quien fue testigo de estos hechos al trasladarse a Ciénaga luego de dos años ocurrida la matanza y quienes sufrieron las consecuencias de la guerra, desembocando mediante el testimonio no solo la verificación de hechos sino certificando en su labor de escritor y periodista aquellos vestigios de degeneración política, de delincuencia estatal, desigualdad social, ahondando más en el núcleo social y familiar tradicional, una tarea de memoria de los testigos de la masacre.

Por esta razón, en este ejercicio literario-periodístico se avisan los signos de aniquilación de cualquier vestigio de esperanza por parte del Estado colombiano como un ente corrupto y dominado por las élites por intereses económicos como lo constata la historia y la obra, factores que además son parte de un tipo de condena hacia el pueblo, hacia las mujeres y a la sociedad en general, pues es sabido que la violencia no ha permitido generar un verdadero progreso en que se ha sentenciado incluso a la pobreza y se ha aprovechado esta para fines económicos, a los niños y a las mujeres con la muerte, porque por décadas el pueblo colombiano ha sido visto solo como objeto, personas aisladas y a las que deben privárseles todos sus derechos. Temáticas que se manejan en el entramado de la novela y que sirven para entender la condición degradante de este sistema y sus entes al igual que la historia verdadera de Colombia, que por ejemplo en la tesis titulada *La soledad de las mujeres en La Casa grande de Álvaro Cepeda Samudio* (2008), por Bany Raquel Bañol y Diana Milena Barriga, se cita al respecto:

Todos estos personajes encuentran una forma de manifestar lo que desde su interior brota. Según lo dicho, unas se refugian en la rebeldía, otras en la muerte, otras en la inercia como también en el autoritarismo y así sucesivamente como consecuencia o prolongación de su inagotable soledad. (p.77)

Al bosquejar algunos aspectos de *La Casa grande* que son una parte históricos, otros políticos, otros para estudiar la parte ideológica y otra psicológica de quienes participaron y sufrieron con los horrores de la guerra, que debe establecerse como defectos del Estado y la condición humana por igual, ayudaría esto a pensar que estos problemas derivados de la violencia y sus consecuencias son parte de la historia, de la degeneración estatal, de la ideología con que tanto las clases altas como las bajas han obrado con oportunismo para alcanzar sus fines ante todo económicos, de la degradación e idiosincrasia de los colombianos, temas que permiten dilucidar la formación que ha tenido este país.

Por ende, la obra debe verse y estudiarse desde estos ámbitos: por un lado su crítica a la violencia estatal y sus contradicciones del poder siendo la Matanza de las bananeras una de los detonantes de la Violencia; por otra, su censura a las deformaciones historiográficas instauradas por la élite que en plena formación del pacto bipartidista Frente Nacional se consolidaba una política de tergiversaciones y omisiones de todo tipo para eclipsar tanto responsabilidades políticas como de índole testimonial; y su crítica hacia la opresión elitista que en los años y contexto en que la obra fue publicada, 1962, había un control de parte del Estado, Iglesia, medios de comunicación, cultura, etc., para oprimir tanto pensamiento como acción todo lo que no fuese acorde a los intereses de clase, por lo que obras como *La Casa grande* que reflejan los detrimentos problemas socio-políticos y humanos de este país tuvieran trascendencia en el exterior y no en Colombia, pues el tema de la violencia en la novela colombiana es una constante en la historia y crítica literaria pero es durante los años cincuenta del siglo XX cuando el fenómeno editorial accede a publicar algunas estas y surge por igual.

Dicho periodo conocido como La violencia, originó un fenómeno literario y editorial para la narrativa colombiana y representó un desafío para filósofos, sociólogos, economistas y

escritores por escribir sobre La Violencia y sus causas. *La Casa grande* que trata sobre la Masacre de las bananeras aparte de reflejar la situación socio-histórica de Colombia actuó como recurso histórico y crítica política exponiendo además las características propias de la novela histórica como los personajes innominados, mezcla de narradores y diversos géneros. *La Casa grande* al retratar parte de los problemas sociales y de la historia de Colombia, al evidenciar parte del contexto político y tratar temas como la violencia, la opresión, la pobreza, el patriarcalismo, la enajenación, el ansia desmedida por lo material, el odio bipartidista y de clase, nos hace ver que dichas problemáticas provienen más del interior, de la psicología de estos personajes que externamente, como ocurre en el caso de la obra *Cien años de soledad* (1967), donde la ausencia de personajes extranjeros y las escasas referencias a los Estados Unidos o a la compañía frutera resaltan como disonancia con la memoria histórica. Toda la violencia se circunscribe a lo familiar, a lo íntimo y primario, la herencia del orden patriarcal, que en la historia de Colombia por ejemplo ha sido un recurso de poderío más que infundido.

—Y por eso le vamos a matar: porque le tenemos miedo.

—No, no es por eso: es por todo lo que nos ha hecho, por todo lo que te ha hecho a ti y lo que me hará a mí si sigue viviendo: es por haber traído a los soldados para que nos mataran por lo que tenemos que matarlo a él.

—No, es por miedo. Y también porque es mejor que nosotros y él lo sabe.

—Tal vez es mejor que cada uno de nosotros, pero no mejor que todos.

—Es mejor que todos: por eso tenemos que juntarnos todos para matarlo. (Cepeda, p.172)

En adición, se estudió el artículo *La Casa grande o el eterno retorno del odio y la violencia. Una lectura en clave de memoria* (2018) por Laura Sofía Fontal G., que revela cómo en los relatos y diálogos de *La Casa grande* se observa el odio como motor ideológico, funcional y hasta festivo, que suple las necesidades y diferencias sociales y de clase, cuyos

personajes se identifican con el odio, siendo esta además una entidad que marca al pueblo, a sus habitantes, la casa y las conciencias públicas.

La Casa grande posee un valor testimonial por un lado y se reflexiona sobre el problema de la guerra y las insuficiencias del poder político en Colombia por otro, pues como Fontal define, según la idea de Friedrich Nietzsche sobre el Eterno retorno, ha existido y existe un sentido innato por perpetuar la violencia, el odio y el oportunismo, una realidad que refleja la idiosincrasia nacional y del ser humano, pues Cepeda al elaborar una memoria-relato pretende explicar la violencia como reflejo y efecto de ciertas minorías selectas para conseguir, mantener y hacer perdurar el poder, suscitando además otras perversiones patentes como la muerte y enajenación y que en este caso son un factor común preponderante en los personajes de la obra y esto ayuda a ahondar en los estudios históricos y sociológicos que presuponen los problemas de la guerra donde el pueblo, las clases más bajas que aparte de haber vivido por años sin protección estatal han sido objetos y silenciados por la guerra, donde al rastrear los hechos de la Masacre de las bananeras y sus causas se observa cómo el carácter testimonial de la obra permite acceder a buscar personajes y hechos indefinidos por la historia.

Un estudio del historiador y sociólogo Carlos Manuel Rama, en su libro *La Historia y la novela y otros ensayos historiográficos* (1947), afirmó que la historia llegó a ser de gran satisfacción en la demanda de ficción para los lectores de la Edad Media y para los del Renacimiento, por eso el público buscaba en los documentos históricos para su avidez de ficción. Y es así como la novela histórica colombiana marcó su punto culminante, puesto que con García Márquez y Cepeda— en este caso tomando *La Casa grande*— que el autor, con algunos conceptos del *Boom latinoamericano*, le permitió plasmar una visión crítica de estos hechos históricos y por otro lado, manifestó con las diferentes voces narrativas representar a

los diversos grupos en pugna que lo aleja de lo que sería el ideal de los odios bipartidistas de los sesenta. Estas “cualidades humanas”, vicios y banalidades de sus personajes y del contexto de la masacre y en que fue escrita la novela, surgen de un terreno histórico absorto para el país, lleno de abusos y degradación económica, socio-política y religiosa que estuvo claramente estructurado por las élites; esto nos señala las peculiaridades históricas del país, su corrupción característica y degradación e ideología imperante de una época no solo a través de un análisis sobre actitudes, ideologías o de una explicación sociológica del medio, puesto que mediante una amplia muestra de la descomposición estatal y del ser se plasma cómo las ideas, los sentimientos y ciertas conductas nacen de este terreno histórico que demuestra uno de los tantos y más graves niveles de degradación en Colombia en sí por el capitalismo extranjero.

Otro aspecto que conviene destacar es que en *La Casa grande* se alude al testimonio para socavar la memoria por medio de experiencias y lo recogido por Cepeda para reproducir tanto el periodo de la masacre como, por medio de esta experimentación narrativa faulkneriana, la psicología de estos tipos de personajes, unos sumidos en las creencias despóticas y en la tradición, otros en la pobreza y en la opresión, generando así un ciclo donde todos los personajes como en la vida real están y deben estar sumidos a esta tiranía, unos de forma consciente, otros enajenados para ejercer y mantener un control, otros por ser objeto material, el campesinado y los más pobres.

Por ejemplo, es destacable el artículo *Coordenadas para un plano de La Casa grande de Álvaro Cepeda Samudio* por Andrés Vergara Aguirre (2001), que enfatiza en formular dicha obra desde las técnicas narrativas y la época literaria en la que fue escrita, 1953 y 1961 y que ayuda a valorar y ubicar a *La casa grande* dentro de la “Nueva novela”, según formulaciones que hace el autor sobre los estudios de Leo Pollmann, en *La*

Nueva novela en Francia y en Iberoamérica (1971). Cabe destacar que esta demarcación que la crítica literaria ha hecho sobre este tipo de obras no siempre coincide con el derrotero latinoamericano y colombiano, pero que en el caso de la obra de Cepeda estos lineamientos y convergencias, al igual que el estilo literario, la multiplicidad de voces como la discontinuidad narrativa y discursiva que son otras formas contestatarias de ficcionalizar las realidades y de llenar vacíos historiográficos, formulan otros lineamientos en cuanto que esta obra se ha convertido en un escrito crítico de vasta información periodística y documental, no solo frente a las problemáticas de uno de los precedentes de la época de La Violencia, La Masacre de las bananeras, también como garante frente a las formulaciones falsas de la crítica literaria que habían estado subordinadas a las metas elitistas, pues como afirma Vergara (2001):

En esta obra la lucha obrero-patronal, la lucha entre la tradición y la renovación de una sociedad en transición, el incesto entre dos hermanos, la descomposición de una sociedad debido a la llegada de un gran capital extranjero, la complicidad del gobierno y de la iglesia con los poderosos y muchos otros aspectos, se mezclan y se confunden para convertirla en una compleja síntesis. (p. 76)

Asimismo, es vital acercar este estudio incluso para la clasificación de *La casa grande* a los orígenes de la novela moderna y sobre asuntos de la narrativa, la cuestión de novela histórica como *Novela abierta* (1949-1955) y la confrontación con el panorama político de la Masacre y de 1962 para criticar los estamentos del poder.

En el texto *El debate sobre las Bananeras. CUATRO DIAS DE VERDAD 3 al 6 de septiembre de 1929* (1988), que aborda las políticas y discursos de Jorge Eliécer Gaitán dictadas el 5 de septiembre de 1929 en relación con las denuncias hacia el Congreso de la República en la participación del Estado colombiano en la masacre de los obreros de las plantaciones, se presentan cargos y muestras contra ciertos personajes del orden político y

económico aliados que trabajaron con la United Fruit Co., responsabilidad que el autor adjudica a estos entes en la continuidad de la violencia histórica en Colombia y a determinadas prácticas sociales y se pretende explicar el carácter de inmoralidad que el ex abogado atribuye a la actitud anómica que ha caracterizado a Colombia, demostrando con dichos planteamientos una corroboración de los hechos no oficiales que eran “informados” por medios elitistas de la época sobre la Masacre de las bananeras entre los días del 5 al 6 de diciembre de 1928 cuyo debate exhibe la corrupción estatal mediante un estudio oficial con datos, fotografías e informes del episodio, cuando se presentó en la plaza de Ciénaga una tropa al mando del general Carlos Cortés Vargas informando a los huelguistas que la zona se declaraba bajo Estado de sitio ordenando dispersar a los manifestantes.

Como se observa, este estudio deja entrever cómo las comisiones de investigación encabezada por Jorge Eliécer Gaitán en representación del Congreso de la República, descubrieron fosas comunes permitiendo aseverar que las víctimas ascendieron a más de 1.500, siendo la más grave matanza de trabajadores en toda la historia del país; un estudio de denuncia frente a los perpetradores con algunos nombres propios—no todos pues hasta la fecha no se ha podido efectuar un número exacto de muertos y de nombres de todos sus responsables—, hechos constatables y testigos de esta aniquilación ocasionada por militares cuya participación se adjudica al Estado que estaba supeditada económica mente a la United Fruit Company, permitiendo contrariar lo que quería hacer creer el Congreso colombiano en su participación en la matanza, un tipo de conspiración que ligaba Estado, élite extranjera y colombiana, terratenientes y Fuerzas Armadas cuyos cargos aún no han podido esclarecerse.

Una vez que en Colombia en las postrimerías del Siglo XIX emerge la violencia como forma contestataria del proletariado como forma de lucha, la huelga, se pasa a la

formación de las ideas socialistas para apoyar a campesinos, obreros y trabajadores a frenar los conflictos de clase, que según estudios históricos y sociológicos demuestran la importancia de las huelgas como justificación a los derechos civiles representando otra etapa en la historia social para frenar la opresión. Estos ejes conflictivos que se materializan en parte en la obra de Cepeda donde se subvierten y a su vez dinamizan las estructuras políticas, sociales y familiares, es un intento por aclarar estas dos fuerzas en pugna desde las acciones de los personajes de la obra: la subyugación de índole patriarcal que ha revestido al Estado colombiano, a sus entes y simpatizantes contra el pueblo oprimido, empobrecido y desamparado que paulatinamente acoge la ideología socialista y la fuerza para hacer valer sus derechos, dos fuerzas en pugna que marcan parte de la historia de Colombia y redefinen en sí la ideología bipartidista y de odio entre las clases sociales, detonantes y una de las causas que desatarían a la ola de violencia en este país.

La Casa grande al revelar estas temáticas de odio, alienante y sacralizado, rebelión, opresión y muerte que definen tanto el ideal político, social y familiar de esta Nación, son temas recurrentes en las narrativas en Colombia que critican las fallas del poder y sus bases, cuyo modelo elitista y patriarcal han tenido una función de degradación para aniquilar las bases vitales para perpetuar el poder; estos cimientos estatales, sociales, jurídicos y familiares se han subvertido y subvalorado para beneficios económicos ajenos a los intereses reales de la Nación, donde el ser más pobre que son el campesinado, los obreros, las mujeres y los niños no estuvieron en las representaciones políticas y económicas sino que de forma contraria sirvieron solo como fuente económica, mano de obra barata, peones para la guerra y la causa ideológica, símbolos de las contradicciones y corrupción estatal y la posterior Violencia, en un país donde las

violaciones de todo tipo, masacres, degeneración, esclavitud, etc., fueron normalizadas por un gobierno manejado por décadas por transnacionales que veían al colombiano como un ser inferior y que solo servía para esclavizarlo, usarlo y asesinarlo.

Siendo en Colombia el primer el movimiento huelguístico el del Ferrocarril del Pacífico que ocurrió en 1878 y luego el de los trabajadores del Canal de Panamá en 1884, cuyos movimientos sociales posteriores fueron más intensos en la Costa Atlántica por su situación geográfica al estar menos aislada del resto del país que además recibió a viajeros e inmigrantes quienes propagarían ideas anarquistas y socialistas, fue el escenario de las primeras grandes huelgas para el país comenzando en 1910 con la huelga de Barranquilla; en 1918 paros y manifestaciones en Santa Marta, Barranquilla y Cartagena y la primera huelga contra la United Fruit Company en la zona bananera en Santa Marta y en 1928 la segunda huelga y gran Masacre de las bananeras.

Es importante analizar esta novela desde esta perspectiva para hacer frente a dichas problemáticas reales que no han podido elucidarse aún y solucionarse a cabalidad, conocerlas a fondo y demostrar cómo estos hechos que definen la obra han sido parte preponderante sobre un tipo de degradación en Colombia y de la sociedad estatal-elitista moldeada por siglos ante todo por intereses extranjeros a causa de la descomposición que trajo la “modernidad.” Aquellos efectos de desintegración social que generó el arribo de la compañía United Fruit Company y la Masacre de las bananeras plasmada en las obras de muchos escritores como crimen de lesa humanidad, revelan el atraso y degeneración de los entes del orden político y económico, pues como afirma Vega (2017):

Así, los comportamientos se ordenan acorde a unos imperativos categóricos, ya sean eclesiásticos, aristocráticos o militares, que no le permiten al sujeto constituirse como individuo. Este sistema que se ha denominado como patriarcal en el estudio es el que

caracteriza la axiología del patriciado, clase social que ocupa un lugar central en las tres obras. (p.71)

Adicionalmente hay que considerar cómo la corrupción de la sociedad colombiana, residuo y ruina de las sociedades extranjeras, trajo consigo una época mal denominada Moderna, una visión trágica del mundo y desesperanza al valorar la guerra, la muerte, la violación, la esclavitud, la degradación en todos sus sentidos, la ignorancia, la explotación, etc., como formas de mantener e incrementar el poder político y económico solo para ciertos sectores, algo que se normalizó en Colombia como un signo de falso progreso y se legitimó por un gobierno autoritario y dictatorial conservador donde la explotación inmensurable era un orden por las élites extranjeras y nacionales.

Por ende, resaltar la importancia de *La Casa grande* como novela histórica pretende asumir un estudio desde estos enfoques verídicos, pues como se señala y con estos datos propuestos, la novela funciona para criticar y suplir con las contradicciones y vacíos en materia política, económica, social e historiográfica, algo en que han coincidido algunos teóricos pues además que la obra demuestra un compromiso político, social y literario, se formulan otras bases para indagar cómo era concebida la política, la deformación bipartidista, la degradación y su ideología y la modernidad en Colombia que desde distintos niveles de narrativos, el tratamiento de sus personajes, los discursos y otras voces, se contrastan las estructuras del poder con la realidad y problemáticas de este país. Cuestionar el orden establecido y los problemas políticos, económicos, religiosos y sociales por medio de la novela histórica permite forjar entre otros criterios, un tipo de memoria y constatar hechos estadísticos, antropológicos y sociológicos de la realidad colombiana y latinoamericana.

La complejidad histórica, muchas veces simplificada, cuando no reflejada en forma

reductora y maniquea en el discurso político, histórico o ensayístico, aparece mejor reflejada en la mimesis del narrativo. La literatura tolera las contradicciones, la riqueza y polivalencia en que se traduce la complejidad social y psicológica de pueblos e individuos, lo que no siempre sucede en el ensayo histórico, en general más dependiente del modelo teórico e ideológico al que aparece referido. (Spang, 1998, p. 113)

Hechos que han derruido a la Nación, la razón y paz de los individuos, desde un legado de orden corrupto y de degeneración económica y social que han permanecido incluso como un valor y que han podido perpetuarse no solo por medio de sus entes oligarcas y agentes estatales como forma de no acabar con unas “dinastías”, una malograda tradición que ha sido incluso amparada a la fuerza por la Iglesia Católica, son formulaciones importantes para aclarar los vacíos historiográficos cuya ciencia ha estado supeditada a las élites y que cuyo origen de La Violencia se halla en sí por las contradicciones estatales que han olvidado y a su vez sacrificado al pueblo en aras de un falso progreso, un país donde se ha violentado, masacrado, violado y oprimido por gusto. Temáticas sobresalientes en la novela sobre las contradicciones del orden de viso patriarcal-tradicional como una de las bases que han compuesto el poder político, deben ser entendidas y estudiadas no solo desde la sociología, sino por igual desde la economía y la crítica literaria, pues estos asuntos patente en novelas históricas como *La Casa grande* permiten un acercamiento serio frente a la degradación en todos sus niveles que van desde lo estatal a lo familiar, demostrando como el falso orden y el poder se han mantenido para controlar económicamente donde los más pobres deben ser violentados, usados y sacrificados por intereses en su mayor parte extranjeros; un orden establecido mediante guerras, violaciones, masacres y demás vejámenes, demostrando no un proceso de modernización sino lo contrario, de máxima barbarie, algo que se quiere tratar en este estudio frente a esta novela que demuestra una vez más la ilegitimidad del poder

y la alta degradación humana, a su vez un compromiso político, social, histórico y literario frente a las problemáticas en Colombia.

La Casa grande evidencia una representación del pasado basándose en relatos históricos y de ficción buscando acercarse a la relación existente entre discurso literario y discurso histórico, certificando mediante su crítica a una de las realidades del país, las características más significativas de la Novela histórica tradicional y contemporánea tomando como base la Masacre de las bananeras.

Frente a esa inevitabilidad, el pensamiento de la Ilustración se vio empujado, como se había visto empujado el pensamiento histórico del siglo anterior, a considerar la escritura histórica como una especie de arte. Pero como la concepción del arte de la Ilustración era neoclásica — es decir, un arte que colocaba la causalidad y la ley en el centro de su visión del mundo, exactamente igual que la ciencia— la historiografía de la época fue impulsada por fuera hacia un modo de representación puramente satírico, así como lo fue, en general, la literatura de la época. (White, 1973, p.72)

Esta óptica que Cepeda Samudio aborda desde la perspectiva testimonial de este suceso que marcó a Colombia, así como su configuración literaria utilizando personajes ficticios que representan un modelo de la Nueva novela histórica, con voces propias que el autor consideró sufrieron este vejamen de la guerra y sus partícipes, plasma los días de esta barbarie que sería una de las causas de la época de La Violencia. Jorge Eliécer Gaitán en referencia a esto señaló: “La zona bananera es una verdadera Nicaragua colombiana. Allí no hay liberales ni conservadores, sino Díaz y Sandinos. Los unos se venden y los otros no” (Gaitán, 1928).

Asalta por igual la idea de divergencia entre la unión de los términos ficción y realidad. Dicho carácter obedecía a ciertos principios de formación intelectual y

respeto por la verdad e implicaba que, para creer en su fiabilidad, el escritor debía ser objetivo y haber tenido una experiencia directa del asunto sobre el cual se proponía tratar, lo que suponía una actitud testimonial y muchas veces crítica del autor permitiendo un criterio de autoridad del historiador, fuera su visión solo subjetiva e inmediata de los acontecimientos con lo cual eran asimilados tanto percepción y conocimientos. Este contraste es advertido por Aristóteles en su *Poética*, donde asevera existe una gran diferencia entre una rama y otra, pues este filósofo establece los hechos posibles como objeto de la escritura poética y los hechos ocurridos como objeto de la escritura de la historia, señalando que:

El historiador y el poeta no difieren en que uno utilice la prosa y el otro el verso, sino que la diferencia reside en que el uno dice lo que ha acontecido, el otro lo que podría acontecer. Por ello algunos literatos dicen que la poesía es más filosófica y mejor que la historia, “pues la poesía dice más lo universal”, mientras que la historia es sobre lo particular. (p. 85)

Aristóteles pretende comparar la historia con la poesía pues su ideología era la de separar los hechos del referente histórico o real de aquellos ficcionales. En la antigüedad clásica la historia inició como una forma de relato de tradición oral, como la *Odisea* y la *Ilíada*; no obstante ciertos relatos que no eran presentados como históricos recogían de estos elementos retórica que les concedían veracidad y además se presentaban como históricos relatos compuestos concebidos por la imaginación. Y de esta forma señala Carlos García Gual en su libro *Los orígenes de la novela* (1995), que la historiografía helenística estuvo casi siempre influida por la retórica y esto, con el desarrollo de escenas patéticas y e inclusión de ciertos discursos directos e indirectos, motivó en gran parte la aparición paulatina de los relatos ficticios.

Al hablar de novela histórica nos referimos a la “modalidad narrativa caracterizada por la representación, más o menos fidedigna de los caracteres, ambientes y hechos de una época pretérita que suele integrar en su universo ficcional los sucesos reales y personajes históricos con los enteramente ficticios” (Álamos, 2014, p. 82). Haciendo un breve repaso de su evolución desde los precedentes prerrománticos hasta sus últimas manifestaciones del siglo XX, Álamos concluye que:

La modalidad narrativa no es tanto la que narra o describe hechos ocurridos o existentes sino aquella que específicamente se propone reconstruir un modo de vida pretérito y ofrecerlo como pretérito y que, a consecuencia de este programa estético, el escritor adopta una actitud informativa, de orden intelectual, que irremediablemente desaloja o estorba la acción puramente creadora y poética. (p. 82)

Como subgénero narrativo la Novela Histórica surgió hacia finales del siglo XIX en Europa en que según ciertos teóricos la han definido como sucesora del Romanticismo, cuya evolución con el paso de los años y los estudios críticos literarios se ha formulado que hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX surge la Nueva Novela Histórica o Novela Histórica Contemporánea cuyo cuestionamiento de la historia, de la política y ciertos males humanos estudia este subgénero. Dichas obras que pertenecen a la Novela histórica se caracterizan por crear un argumento desde lo ficcional con materiales históricos, veraces, al igual que sus personajes. Como afirma Seymour Menton según el cual muchas Nuevas novelas históricas comparten “con las novelas claves del Boom el afán muralístico, totalizante, el erotismo exuberante y la experimentación estructural y lingüística (aunque menos hermética)” (Menton, 1993, p.30).

Cabe destacar que su método, cual es propio de los procesos en los que se acentúa la Nueva novela histórica, es decir, no solo como una base de réplica sino de plasmar una

realidad ajena a su tiempo que ha estado oculta y que el escritor reconoce mediante el estudio exhaustivo de distintos recursos históricos, los moldea para tratarlos como un recurso ficcional pero a la vez crítico, donde ve necesario mostrar sus ideologías, sea esta cultural, política, económica, incluso histórica, como lo podemos ver en la obra *La Casa grande*.

Los personajes protagonistas no poseen nombres propios, se les presenta como el Padre, la Hermana, el Hermano, la Madre, enfatizando en este los silencios, los vacíos y ausencias, es decir, lo que no se ha podido revelar en su totalidad. La trama sigue una secuencia temporal no cronológica y esto no significa que solo abunden las anacronías: algunos sucesos parecen anteceder y seguir a otros acontecimientos de forma contemporánea, logrando con esta técnica la imposibilidad de reconstruir en su conjunto la fábula (Secomandi, 2017).

Al existir diferencias de fondo entre los objetos de estudio de la historia y de la historia literaria, estas se traducen en diferencias metodológicas coordinadas y a su vez complementarias. La novela histórica trata sobre hechos pasados que son posibles reconstruir a través de sus vestigios, documentos y testimonios de toda clase y materia, pero ocurre que ese pasado al estar situado en un tiempo pretérito, la historia ficcional debe demostrar su autenticidad con la fidelidad histórica, un pasado vivo.

Tanto el historiador como el historiador literario accede a documentos *stricto sensu*, pero estos documentos son analizados y aprovechados para profundizar en la historia y los monumentos artísticos y realidades específicas que exigen por tanto una forma de conocimiento particular. Y a la vez ante los objetos específicos que son las obras literarias, el historiador no puede ni debe intentar abolir las reacciones de su imaginación y de su sensibilidad, como tampoco puede eliminar de las obras literarias aquello que representa la marca original e irrepetible de la personalidad que las creó. (De Aguiar, 1972, pp. 359-360)

Tales deformaciones historiográficas son un problema para el intelecto pues suponen un retorno a ciertos valores establecidos como la religión, la política, el lenguaje y que subvierten el sentido y la realidad para alienar y es en este sentido, que los rasgos primordiales de las novelas históricas deban ser acordes a la época y al contexto en que se sitúan, así como criticar las deformaciones sociales, políticas o filosóficas para que puedan reflejar una realidad histórica y filosófica.

—Ellos son los que tienen que respetar.

—¿A quién?

—A las autoridades, a nosotros.

—Nosotros no somos autoridades: nosotros somos soldados: autoridades son los policías.

—Está bien, pero los policías no sirven. Por eso nos mandan a nosotros.

—Lo que pasa es que los policías no han podido con ellos.

—¡Qué vaina! Que no tengo miedo, lo que pasa es que no me gusta eso de ir a acabar con una huelga. Quién sabe si los huelguistas son los que tienen razón.

—No tienen derecho.

—¿Derecho a qué?

—A la huelga.

—Tú qué sabes,

—El teniente dijo.

—El teniente no sabe nada.

—Eso sí es verdad.

—El repite lo que dice el comandante. (Cepeda, 2015, p. 110)

Lo que entendemos como historia se remite a la recolección y sistematización de datos para así crear un texto que nos cuente con exactitud fechas y eventos que pesen por

su importancia política; en cambio en *La Casa grande*, Cepeda ficcionaliza creando los personajes de la familia, del pueblo, los soldados, pero aquí la ficción tiene el papel de “contar” la historia ahondando en testimonios, noticias e informaciones reales y por este motivo es que esta novela se instala como una Novela histórica, precisamente porque se están retratando personajes comunes y ficticios y no a -grandes “personajes” o próceres con nombre propio. Cepeda le cede la voz a los silenciados y la historia se cuenta desde esta perspectiva, es decir, testimonia para además hacer una crítica del Frente Nacional. Precisamente la novela se escribe en este período (1958-1974), en el cual ocurre otro tipo de masacre, de índole bipartidista y Cepeda con la obra ficcional y la historia oficial, demuestra que la Masacre de las bananeras fue uno de los detonantes de La Violencia, hechos que los políticos de la época querían borrar y que en el contexto socio- político de Colombia se seguían solucionando los conflictos por la fuerza. Debe señalarse que las novelas de “La violencia” no son solo las que reflejan la situación socio- política de Colombia de las décadas del cuarenta y cincuenta, sino también las que narran y retratan las raíces de La Violencia y hechos y contradicciones anteriores a esta guerra.

Como dice Fernando Aínza en *Nueva novela histórica y relativización del saber historiográfico*, ensayo que el autor leyó en La Casa de las Américas el 29 de Noviembre de 1995: “La historia ha tendido puentes hacia la ficción y los sueños individuales y colectivos en que se reconoce la creación contemporánea.” Dichos puentes permiten entrelazar hechos reales, quizá inconexos, con momentos ficcionales que permiten contar una historia de mil formas distintas. En este punto, Aínza menciona además a Alejo Carpentier quien afirmaba para una entrevista, refiriéndose al *Recurso del Método*:

Soy Absolutamente incapaz de inventar una historia. Todo lo que escribo es un montaje de

cosas vividas, observadas, recordadas y agrupadas, luego, en un cuerpo coherente. Así, el Recurso Del Método responde a verdades, hechos, casos, observados durante mi ya larga vida, y cuando más inverosímil le pueda parecer un acontecimiento, puede usted estar seguro de que es tanto más cierto.

En efecto, la historia estudia objetos únicos, sin paralelo ni equivalencia y, por tanto, el historiador literario debe tener muy vivo el sentido de la singularidad, de todo lo que diferencia a una personalidad de otra o a un texto de otro. Pero esta singularidad nunca es absoluta, pues se realiza a partir de un sustrato de múltiples elementos pertenecientes a ciertas corrientes de sensibilidad, a determinadas corrientes ideológicas, ciertos géneros literarios, etc., por lo cual es necesario estudiar estos factores generales a fin de poder valorar bien aquella singularidad (De Aguiar, 1972). Es decir, el historiador literario no tiene que preocuparse sólo de lo individual y lo original, sino que debe prestar atención también a los diversos elementos supraindividuales que condicionan una obra literaria.

El cuento como unidad puede distinguirse con facilidad del relato; es precisamente lo opuesto. Mientras el relato se construye alrededor del hecho, el cuento se desarrolla dentro del hecho. No está limitado por la realidad ni es totalmente irreal: se mueve precisamente en esa zona de realidad-irrealidad que es su principal característica. (Cepeda citado por Gilard en Secomandi, p.76)

La Casa grande representa un gran logro de la Novela histórica en Colombia donde se presenta una crítica a las bases gubernamentales de este país, denunciando la violencia, el antipatriotismo, la explotación extranjera y los atropellos de la élite colombiana para la época de la matanza en 1928 y, por otra parte, delatar las posibles tergiversaciones historiográficas, los defectos políticos y socio-economicos y la opresión elitista que no solo se circunscribía al ámbito material sino también intelectual, esto para 1962; una novela en

que se incluyen distintas voces del conflicto histórico pero sin que la voz autorial tome partido en los hechos históricos.

Igualmente hay que recordar que esta obra está basada en las vivencias y hechos de sus personajes ficticios contados a manera de tradición oral, el cual es un rasgo que difiere de la historia oficial, hechos que demuestran los procesos coyunturales y específicos de divulgación y de crítica sociales que revelan la evolución de la Novela histórica. Por su parte, el reconocimiento del estudio histórico- literario no se identifica con un estudio de documentos archivísticos.

El ideal consiste en reconocer los derechos de la subjetividad y de las impresiones personales a fin de someterlas mejor al “control” del método y de la inteligencia, pues siempre será menos peligroso un subjetivismo conocido y cuyos límites se saben, que un subjetivismo que se ignora y se infiltra insidiosamente en la argumentación que pretende ser estricta y objetiva. (Lukács, p. 481).

La Casa grande se puede traducir como una valiosa reinterpretación de la historia de Colombia, donde el estilo es también acorde con la realidad y las normas de la novela en que podemos ver que tanto historia y literatura coinciden con una relación causa-efecto y que el drama histórico y social están determinados por la violencia, donde es tan especial tanto su contenido crítico como su estilo literario. Además, podemos ver que el aspecto de la técnica narrativa, como el hecho de poner testigos para contar la historia, los sucesos y fechas al narrar los días de la masacre, los diversos puntos de vista (interiores y exteriores) y el desarrollo de un espíritu colectivo del pueblo, son criterios que están adecuados al concepto estético y a su vez a una problemática socio-económica. En esta novela crítica, Cepeda plantea una relación en la técnica narrativa y el tipo de sociedad en que se publica, es decir, entre la

sociedad en la que se produce la obra y su género y el asunto que trata, puesto que en la época en que se escribe (1962), hay que recordar que este tipo de “lenguaje indirecto” hace alusión a los atropellos y vejámenes que sufría el campesinado, siendo esto prácticamente visto en toda la historia de Colombia.

Por otra parte están las instituciones del poder del Frente Nacional, periodo crítico y represivo de los estatutos del Estado de Sitio y ciertas ideologías sociales y políticas y es en aquel contexto histórico en el que se recibe la producción artística de la Literatura de La Violencia, donde se silencia lo que huele a izquierdismo. Los soldados, La Hermana, El decreto, El Padre, etc., asumiendo que cada lector, fuese liberal o conservador, debe asimilar su concepto del mismo porque en la historia de Colombia nunca han convergido los puntos de vista de ambos partidos, invitando al lector a sobrellevar su postura.

Tanto lector como historiador pueden toparse con un texto ambiguo, con contradicciones, complementos, cuestionamientos y hechos verídicos, pero que en sí representan la labor común del hombre de letras que en su necesidad de ver tergiversada la historia oficial trata por medio de la novela reflejar no solo su punto de vista, sino ser un complemento de la propia verdad.

Cepeda se esfuerza por traer a la memoria aquellos sucesos funestos desde la imagen histórica de sus personajes mostrando a cada uno como protagonista y el esclarecimiento que el autor da es una aterradora realidad de lo que fue el desarrollo social durante La Masacre de las bananeras. Así pues, Cepeda recurre a la justificación por medio de textos históricos representando un “referente” anterior y lo transforma en un discurso literario, es decir, “referido”; este escritor acude igualmente al testimonio y revelaciones de personajes que recoge de la ficción (unos tomados de la realidad al igual que ciertos sucesos y lugares), para

representar y explicar un pasado histórico, además de plasmar la novela como evocación puesto que el acto último aparece al principio de la obra y así instantáneamente y tanto hechos pasados como la misma Masacre de las bananeras se convierten en remembranzas.

Los habitantes del Magdalena que en gran mayoría siempre insistieron en permanecer aislados de la guerra —nos referimos al campesinado, la clase más pobre—, tuvieron que levantarse en armas durante y después de la masacre y que significaron un estorbo para las oligarquías y para el gobierno de turno que buscó siempre dominarlos y castigarlos de la manera más cruel. Como podemos ver en la historia y las voces de los personajes anexos al poder, soldados, etc., ordenaron cruentos ataques contra el pueblo colombiano bajo las órdenes del presidente Miguel Abadía Méndez (1867-1947), constituyéndose en un espantoso cuadro de brutalidad y terrorismo desencadenados contra una población analfabeta, desamparada y cada vez más empobrecida.

No que tú, o que el Padre, le impidieran regresar. O que él mismo, por su propia voluntad, obedeciendo a lo que creía que era su deber: quedarse con los destrozados, metiendo su vida tercamente dentro de los que no tendrían ya valor, ni ganas, de tratar nuevamente; porque al Hermano podría ocurrírsele que era también su deber el restaurar en cada casa, en cada cadáver, lo que había sido quitado, la vaga e innominada noción que los había puesto en movimiento, que había empujado a cada uno de los hombres y a cada uno de los cadáveres fuera de la tierra y de la casa que ni siquiera les pertenecía, para buscar la poca tierra o la poca casa o la poca muerte que habría de pertenecerles: y esto, el quedarse entre los que habían fracasado, porque él era el único que sabía que no los habían vencido apenas doblado sobre los andenes calientes de las estaciones, doblado por el peso caliente de las balas, pero no vencido y hubiera decidido no regresar: obedeciendo no ya a esto, no ya a lo que podía

ser o no su deber, sino a la simple memoria de la sangre quieta y voluntariamente provocada: que ni siquiera podría llamarse incesto: apenas la propia sangre libertada dentro de un cuerpo que podía ser su mismo cuerpo: que no necesitó mezclarse porque era su misma sangre retornando. (Cepeda, 2015, pp.145-146)

Por ende, *La Casa grande* como novela histórica es un cuestionamiento a las contradicciones y falencias estatales de la época de la matanza de 1928 y a la época en que esta fue publicada, 1962, hacia las posibles falsificaciones de la historiografía oficial abanderadas por la élite y sus detractores y a los problemas sociales y humanos como la alienación y la degradación, rastreando mediante un ejercicio testimonial así como la capacidad del discurso para aprehender estas realidades históricas y plasmarlas; además presenta una visión por la permanencia sobre la memoria histórica y problematizar no sólo el papel que han desempeñado los documentos en la novela histórica determinando así una relación y función entre ficción e historia. Hay que resaltar que estas estrategias narrativas no son meras fórmulas literarias, pues esto ha traído consigo ahondar lo que documentos historiográficos han tergiversado y omitido respondiendo además a plasmar no solo una única visión historiográfica sino que analiza esto para criticar y plasmar posiciones diversas sobre los cambios históricos y las razones sociales, políticas, económicas y filosóficas.

Por eso, este estudio de *La Casa grande* vemos otro planteamiento importante en referencia a la Novela histórica: se reconoce que no solo la historia de Colombia sino también la crítica literaria se ha visto opacada por intereses ideológicos y de clase de las oligarquías, que por temor a que se sepa la verdad han controlado los medios literarios como el periódico *El Tiempo*—no sólo por aquella época—, Mass media y algunas editoriales. Esto ha ocultado la verdadera historia de nuestro país y ha hecho que la función crítica y social no fluya y de ahí la importancia de una novela histórica en Colombia. En el caso de *La Casa grande*, se refleja el decadentismo no solo político también social y humano que,

además como relato novelístico cumple la función de hacer memoria porque la historia ha sido tergiversada en este país y se han omitido datos relevantes por algunos “intelectuales” que han estado desde un principio de la mano de los gobernantes pero más todavía con la aristocracia, hasta la actualidad.

La Casa grande es una obra de gran importancia tanto para la literatura como para la historia colombiana pues al plasmar los hechos de la Masacre de las bananeras se está denunciando no solo tales acontecimientos para detractar las contradicciones políticas y socio-económicas, sino que acorde a la fecha en que la obra se publicó en 1962 en pleno apogeo del Frente Nacional cuyo presidente de turno Guillermo León Valencia (1962- 1966), se estaban develando aquellas falencias políticas que presuponía este tipo de coalición al permitir que dicho acuerdo borraría todas las ofensas y víctimas que había ocasionado la ola de violencia tratando que el pasado se superara de esta forma y se ofreciera solo una visión, es decir política, de los sucesos de La Violencia.

Por tanto, esta constitución de dicho régimen bipartidista pretendía en vez de esclarecer los hechos ocurridos durante el periodo de La Violencia, de devolver las tierras robadas a los campesinos quienes además fueron obligados por la guerra a refugiarse en distintas zonas urbanas del país, conservadores, liberales, terratenientes y Fuerzas Armadas, (quienes no robaron predios, compraban a bajos precios las parcelas abandonadas) o de ayudar a las familias económicamente de los más de 300.000 muertos y demás víctimas que dejó esa barbarie, tal pacto fue una renuncia a solucionar aquellos problemas por no querer solventar tanto política como económicamente a miles de damnificados. Lo que se pretendía con el Frente Nacional era “indemnizar” al Estado de sus responsabilidades económicas, sociales y morales al querer borrar de la memoria de muchos colombianos, del pasado, presente y futuro, los crímenes atroces que tienen su origen en las fallas políticas y de las

élites que controlaban al país desde años atrás y con esto se pretendió tergiversar y borrar ciertos datos y sucesos históricos, tanto de la época entre 1946-1965, como para los problemas políticos, económicos, sociales y de muertes anteriores a la época de “La violencia”, entre estos la Matanza de las bananeras.

Pese a que la instauración del Frente Nacional redujo La Violencia y el gobierno permitiera cierta tolerancia hacia las organizaciones populares, esta matanza de niños, mujeres y personas inermes y cada vez más pobres y super explotadas por estos dos sistemas, la empresa extranjera estadounidense y su élite colombiana con sus agentes, congregados en la madrugada del 6 de diciembre en la Zona bananera en Ciénaga fue un genocidio que no debió quedar impune como efectivamente ha sucedido en muchos otros casos en la historia de Colombia. Por eso conviene revivir la memoria nacional frente a estos hechos inenarrables para que esta historia no quede en el olvido como querían sus perpetradores y los defensores de un orden corrupto que ha caracterizado al Estado en conformidad con lo material e intereses extranjeros antes que con la autonomía del país.

CONCLUSIONES

La Casa grande es una novela que promueve a pensar sobre la degradación política, económica y social por las que ha pasado el país y permite reflexionar sobre aquellos poderes gubernamentales, élite, Iglesia Católica, terratenientes, que no solo se han consolidado por intereses económicos extranjeros cometiendo en conspiración todo tipo de delitos, robos, masacres, sino que aparte de este tipo de control material han logrado consolidar un dominio intelectual. Como se ha observado en Colombia, dichos poderes para garantizar su hegemonía y preservar sus bienes han requerido oprimir, asesinar y subsecuentemente manipular a las masas ideológicamente de la mano de ciertos “intelectuales” de su misma clase social o simpatizantes que han promulgado una adhesión a esta élite más que a su propio pueblo.

Esto como un síntoma de degradación y corrupción, pues al hablar sobre un poderío ejercido por esta oligarquía desde hace años y que no solo han promovido la violencia, el robo, las violaciones y las masacres hacia su propio pueblo de la mano de entes y gobiernos extranjeros y que han podido fortalecerse porque las leyes lo han permitido, también se trata sobre cómo dichos entes de poder han logrado ejercer un tipo de opresión intelectual al tener que silenciar a todo aquello que ha sido ajeno a sus intereses e ideales. Una oligarquía que ha forjado un orden represivo para imponer sus fines materiales y perdurar su ideología también por la fuerza en que el pensamiento, la crítica a los problemas reales, revelar y hablar la verdad y la escritura contestataria, han supuesto un deterioro intelectual que no solo han conferido a estas un carácter rebelde y peligrosas sino que han permeado en la ideología perdurando una política del error.

Cuando se habla de *La Casa grande* se reconoce que la Matanza de las bananeras

quedará en la historia como uno de los hechos más atroces perpetrados en Colombia y que permitió reconocer estos poderes en su falsedad; poderes que a su vez han promovido los odios bipartidistas y La Violencia siendo este peor conflicto por el que ha pasado este país y en que se ideó un tipo de configuración para dominar intelectualmente.

Para este trabajo *La Casa grande y la Novela histórica en Colombia como crítica a La Violencia*, se tomó en consideración nombrar estas contradicciones del poder político que suscitó la Masacre de las bananeras como signo de una degradación y un antecedente del periodo denominado La Violencia, sino también como para la época en que se publica esta novela para 1962, el dominio ideológico era patente no permitiendo que tanto escritos como pensamiento crítico que reflejasen estos males fueran vetados porque suponían una clara amenaza a estos estamentos establecidos.

La Casa grande es una novela que permite entender cómo en la historia de Colombia se ha evidenciado un tipo de degradación no solo en los terrenos político, económico, religioso, social, humano, sino que se han mantenido dichos poderes dominando también la parte intelectual para quitar validez al verdadero pensamiento que critique estas falencias, como un mal que ha tenido sus raíces en una élite corrupta que ha logrado consolidarse por la fuerza y que ha dominado para perpetuar sus intereses materiales afines con los extranjeros, también en el terreno intelectual para oprimir, matar y silenciar a aquellas verdades que promuevan un cambio y que generen otras ideas para poder erradicar estos males.

BIBLIOGRAFÍA

- Álamos, F. (2014). *Los subgéneros novelescos. (Teoría y modalidades narrativas)* Editorial Universidad de Almería, D.L.
- Aristóteles. (2000). *Poética*. Biblioteca Nueva.
- Aínza, F. (1991). *La reescritura de la historia en la nueva narrativa Latinoamericana*. Cuadernos americanos. 4 (28), 13-31.
- _____. (1994). *Nueva novela histórica y relativización transdisciplinaria del saber histórico*. In: América : Cahiers du CRICCAL, n°14, Histoire et imaginaire dans le roman latino-américain contemporain, v2. pp. 25-39.
- Aldana, L. (2015). *Masacre, incesto y odio en La Casa grande, de Álvaro Cepeda Samudio: un texto fundacional en la literatura del Caribe colombiano*. pp.71-94. Visitas Al Patio, (9), 71–94. Department of Languages, Literatures & Cultures SUNY New Paltz.
- Archila, N., Torres, L. (2009) *Bananeras: Huelga y masacre 80 años*. Universidad Nacional de Colombia.
- Avelar, I. (2004). *The letter of violence: essays on narrative, ethics, and politics*. PALGRAVE MACMILLAN.
- Bancelin, C. (2012). *Vivir sin fórmulas: la vida intensa de Álvaro Cepeda Samudio*. Editorial Planeta Colombiana S.A.
- Bañol, B., Barriga, D. (2008). *La soledad de las mujeres en La Casa grande de Álvaro Cepeda Samudio*. [Tesis Trabajo de pregrado UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA, FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN. LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA].
- <file:///C:/Users/USUARIO/Downloads/8093B221%20.pdf>

Bastas, E. (2006). Del odio de la casa caribe a la tragedia de la casa andaluza: La Casa Grande de Álvaro Cepeda Samudio y La casa de Bernarda Alba de Federico García Lorca. *Estudios de Literatura Colombiana*, 61-77.

<https://revistas.udea.edu.co/index.php/elc/article/view/17387/14997>

Brushwood, J. (1993). *La novela hispanoamericana del siglo XX : Una vista panorámica*. Fondo de Cultura Económica.

Castrillón, A. (1929). *120 días bajo el terror militar o la huelga de las bananeras*: (exposición ante el Congreso), Bogotá: Talleres de la Revista Universidad.

Cepeda, A. (2105). *La Casa grande*. Panamericana editorial.

Cortés, C. (1979). *Los sucesos de las bananeras*. Editorial Desarrollo.

Chapman, P. (2007). *Bananas: How the United Fruit Company shape the World*. Canongate Books.

De Aguiar, V. (1972). *Teoría de la literatura*. Editorial Gredos.

Echeverri, A. (2007). *Orígenes y desarrollo de la violencia en Colombia*. Revista IUSTA vol. 1, núm. 26, enero-junio, 2007, pp. 136-151

<https://www.redalyc.org/pdf/5603/560358684008.pdf>

Escobar, A. (1996). *Literatura y violencia en la línea de fuego*. En: Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX.

Fontal, L. (2016). La Casa grande o el eterno retorno del odio y la violencia. Una lectura en clave de memoria. *Universidad del Valle*.pp.180-195.

<https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/server/api/core/bitstreams/277dfad2-9097-446e-b87f-9b6ef2c53d78/content>

- Gaitán, J. (1988). Sección III El Tercer día de verdad (5 de septiembre de 1929). *El debate sobre las Bananeras. CUATRO DIAS DE VERDAD 3 al 6 de septiembre de 1929*. pp. 68-95. Centro Jorge Eliécer Gaitán. Editorial Retina, Bogotá.
- García, C. (1988). *Los orígenes de la novela*. Ediciones AKAL.
- Gilard, J. (2005). *Zone Bananière de Santa Marta: les planteurs de l'or vert*. Source: Caravelle (1988), No. 85, Grandes plantations d'Amérique latine: Entre rêvet commerce (Décembre 2005), pp. 95-114 Published by: Presses Universitaires du Midi Stable <https://www.jstor.org/stable/40800337>
- Gilard, J., Rodríguez, F. (2015). *Obra literaria Álvaro Cepeda Samudio*. Alfaguara.
- Goldmann, L. (1975). *Para una sociología de la novela*. Editorial Ayuso.
- Grützmacher, L. (2006). Las trampas del concepto “la nueva novela histórica” y de la retórica de la historia postoficial. *Acta Poética* 27 (1), 141-167. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=358045914006>
- Gual, C. (2022). *Los orígenes de la novela*. Editorial Gredos.
- Guzmán, G., Fals, O. y Umaña, E. (1962-1964). *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Ediciones Tercer Mundo.
- Idelbar, A. (2004). *The letter of violence: essays on narrative, ethics, and politics*. PALGRAVE MACMILLAN
- Jitrik, N. (1995). *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Editorial Biblos.
- Kohut, K. (1997). *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Editorial Iberoamericana.
- Lukács, G. (1955). *La novela histórica*. EDICIONES ERA.
- McGrady, D. (1961). *La novela histórica en Colombia (1844-1959)*. Indiana

Melo, J. (1996). *Historiografía colombiana: realidades y perspectivas*.

<https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/362/1/MeloOrlando2009HistoriografiaColombiana.pdf>

Mena, L. (1978). *Bibliografía Anotada Sobre el Ciclo de la Violencia en la Literatura Colombiana*. Latin American Research Review. Vol. 13, No.3 pp. 95-107.

_____. (1972). *La Casa Grande: El fracaso de un orden Social*.
Hispanamérica, (2), 3- 17. University.

Menton, S. (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina. 1979-1992*. Fondo de Cultura Económica.

Moreno, J. (2015). *Novela histórica colombiana e historiografía teleológica a finales del siglo XX*. Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle.

Pollmann, Leo. (1971). *La “Nueva novela” en Francia y en Iberoamérica*. Biblioteca Románica Hispánica.

Pons, M. (1999). La novela histórica de fin del siglo XX: de Inflexión literaria y gesto histórico, a retórica de consumo *Perfiles Latinoamericanos*, 15, 138-169.

Rama, C. (1970). *La historia y la Novela y otros ensayos historiográficos*. Editorial Nova.

Rueda, J. (2016). Balance historiográfico de la novela histórica en Colombia. Una aproximación al ámbito regional. *HiSTOReLo*, Vol. 8, No.15, 15-59.

Samper, M. (2018). *La miseria en Bogotá*. Ministerio de Cultura: Biblioteca Nacional de Colombia.

Secomandi, Alejandro (2017). Álvaro Cepeda Samudio, Obra Literaria, Edición crítica. *Archivo digital. Dialnet*. 74-93.

- Spang, K. (1998). *Apuntes para una definición de la novela histórica*. En La novela histórica: teoría y comentarios. Coord. por Kurt Spang, Ignacio Arellano Ayuso, Carlos Mata Induráin, ISBN 84-313-1569-5, 51-87.
- Valencia, A. (2012). Memoria y Violencia. A los cincuenta años de “La Violencia en Colombia” de monseñor Guzmán et al. *Sociedad y economía*, 23, 59-84.
- Vega, W. (2017). Visión trágica, tradición y desesperanza en tres novelas de Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio y Héctor Rojas Herazo. *Visitas Al Patio*, (4). <https://doi.org/10.32997/2027-0585-vol.0-num.4-2010-1621>
- Vélez, M. (1999). *Novelas y no-velaciones. Ensayos sobre algunos textos narrativos colombianos*. Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Vergara, A. (2001). Coordinadas para un plano de La Casa grande de Álvaro Cepeda Samudio. *Estudios de Literatura Colombiana No. 8*. Universidad de Antioquia.
- Viñas, D. (2012). *Historia de la Crítica Literaria* (2002). Editorial Ariel, S. A.
- Whyte, H. (1992). *METAHISTORIA. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, S. A.
- Zapata, Miguel (2004). *La Casa grande en la construcción de la historia de Colombia*. Estudios de Literatura Colombiana, núm. 16, enero-junio, 2005, 181-206. Archivo digital.